

Primavera en
Kingeston House 2

Un MARQUÉS para Daisy



ENCARNA MAGÍN

Selecta

Un marqués para Daisy

SERIE

Primavera en Kingeston House 2

Encarna Magín

Selecta

Capítulo 1

Londres, invierno de 1812

Habían pasado dos años desde que Rose se casara con Garrett, y su hermana Daisy anhelaba tener la misma suerte. La cena había finalizado hacía apenas unos minutos y la muchacha estaba en el salón familiar de Kingeston House con sus otras dos hermanas, Lily y Violet. Daisy deslizaba los dedos sobre las teclas de marfil del clavicémbalo con la maestría que le otorgaban las numerosas clases de música. Permanecía sentada con elegancia en la butaca larga, tapizada en color crema con rayas granates. En ese momento tocaba una sinfonía romántica de Beethoven, que hacía las delicias de sus hermanas. Ambas permanecían acomodadas, una al lado de la otra, en uno de los sofás de estilo neoclásicos piamontés, lacados en dorado, con el mismo tapizado que la butaca en la que estaba sentada Daisy. La menor, Violet, de catorce años, bordaba un pañuelo con sus iniciales, y Lily, de dieciséis años, ojeaba un folleto sobre moda. La muchacha seguía sin tener destreza en el arte de la costura; en realidad, lo odiaba y eran pocas las veces que se la veía con una aguja entre los dedos.

Un lacayo con peluca blanca, calzas claras y librea verde esmeralda entró portando una bandeja de plata con un servicio de té. Pasó por el lado de Daisy y dejó en el ambiente el aroma de la infusión especiada con canela y naranja. La dama inspiró, el delicioso olor penetró en sus fosas nasales y alivió por un instante la incertidumbre que la había acosado todo el día, ya que esa misma noche sabría quién sería su futuro esposo. De hecho, no tardaría en aparecer su tía Alexia, la duquesa de Kingeston, pues estaba haciendo los preparativos para escoger un pretendiente, tal como ocurriera dos años atrás con su hermana Rose.

Daisy retiró los dedos del teclado, se levantó y siguió al lacayo hasta la mesa de té, se dejó caer en el otro sofá, ubicado delante de aquel en el que estaban sus hermanas, y los tirabuzones rubio oscuro con reflejos rojizos de su recogido se agitaron en su cabeza.

—¿Ha llegado mi hermana Rose? —preguntó Daisy al sirviente mientras agarraba una humeante taza.

—No, señorita, todavía no.

La muchacha no pudo evitar que en sus preciosos ojos turquesa brillara la desilusión. Quería

que su hermana estuviera con ella esa noche, pero era evidente que su vida de casada y su reciente papel como madre de un retoño de apenas dos meses la acaparaban por completo. Se consoló cuando meditó que, en no mucho tiempo, ella estaría igual; entonces la comprendería.

—Debe estar atareada con el pequeño Garrett —habló Lily al ver la pesadumbre inundar el rostro de su hermana—. Ya sabes cómo es Rose: le gusta encargarse de su bebé. No entiendo por qué ha contratado a dos niñeras si las tiene sin hacer nada.

—¡Oh, yo tengo ganas de ver a mi sobrinito otra vez! —exclamó Violet.

—¡Pero si has estado esta mañana en Hampford! —increpó Lily antes de llevarse su taza a los labios.

El lacayo se marchó, no sin antes hacer la oportuna inclinación.

—Es tan mono... —explicó la menor de las hermanas evidenciando en su tono el amor que sentía por el infante.

—La verdad es que sí —corroboró Lily risueña, su mirada negra se cubrió de dulzura—. Ha heredado los ojos color avellana de los Hampford. Te enamora nada más mirarte.

—Será todo un seductor —aventuró Daisy entre risitas, recuperando su buen humor.

—Bueno, muchachas, ya estoy aquí —irrumpió tía Alexia entrando a paso decidido al salón familiar. Llevaba un vestido de terciopelo granate de cintura alta y su vaporoso peinado rubio ceniza estaba adornado con un sencillo *bandeaux*. Alzó la mano mientras decía—: Aquí traigo el cáliz que hará los honores una tercera vez. Primero fui yo, luego Rose y ahora te toca a ti, Daisy. —Sonrió abiertamente mirando a la sobrina—. En definitiva, esta reliquia familiar debe tener algo mágico para que nos esté funcionando tan bien.

Las sobrinas se levantaron, Daisy miró el cáliz de oro con zafiros rojos y azules incrustados. A la luz de las velas de los candelabros, ubicados por toda la estancia, las piedras preciosas parecían resplandecer mucho más. El brillo multicolor rodeaba la pieza, que la dotaba de una aureola de fantasía. Dentro había unos papelitos con los nobles casaderos de la nueva temporada que comenzaría en unos días. La duquesa se había asegurado de que todos los escogidos reunieran las aptitudes que buscaba para que su querida sobrina consiguiera un futuro tan venturoso como el de su hermana mayor.

—Espero tener suerte... —mencionó Daisy notando como el corazón incrementaba el latido, tenía un mal presentimiento y no podía evitar que todo su cuerpo temblara.

—¿Y por qué no ibas a tener suerte? —interpeló Lily—. Eres la dama más buena y romántica de todo Londres, y, además, hermosa. Tú siempre ves lo mejor de la gente, nunca piensas mal de nadie. Estoy segura de que tu futuro esposo te adorará. —Le sonrió con calidez.

—Oh, yo también lo creo —aseguró Violet.

—Soy vuestra hermana, es normal que me veáis con buenos ojos.

—Coincido con ellas, Daisy —intervino la duquesa, se acercó a ella y, con la mano libre, acarició la mejilla de su sobrina—. No tienes ni un gramo de maldad en el cuerpo.

—¡No empecéis sin mí! —exclamó Rose, la flamante condesa de Hampford, irrumpiendo en

el salón familiar, entre jadeos debido a la carrera.

El rostro de Daisy se transformó: sus ojos almendrados, de un turquesa que evocaban los mares más cálidos del planeta, brillaron de felicidad. Corrió hacia su hermana y la abrazó con fuerza. A pesar de ser menor que Rose, era más alta y le sacaba una cabeza.

—¡Qué bien que hayas podido venir! —exclamó Daisy.

—¿Y perderme el día más importante de tu vida? —mencionó la lady, deslizó su brazo por la cintura de su hermana y caminaron hacia la tía abrazadas.

—Había entendido que no podrías venir.

—He dejado al pequeño Garrett dormido, así que tengo un rato de tranquilidad.

Daisy adoró a su hermana Rose; bueno, siempre la había adorado. Desde que se había casado dos años atrás con Garrett, el conde de Hampford, toda ella resplandecía como un diamante. Su pelo castaño rojizo brillaba con más intensidad que nunca, en sus labios rosados siempre había una sonrisa y sus ojos redondos negros hablaban por sí solos y evidenciaban que, en su interior, habitaba la felicidad en todos sus matices. Estaba rodeada de un halo luminoso y atraía todas las miradas. Era feliz, sin duda, y a Daisy le complacía verla tan dichosa, pues merecía lo mejor. Su hermana mayor siempre las había protegido; aún se acordaba del día en que la arropó entre sus brazos cuando su madre murió al poco tiempo de haberlo hecho su padre. Se habían quedado huérfanas, pero Rose hizo todo lo posible para apartar aquella sensación de soledad y de abandono que cubrió sus corazones, y consiguió que, tanto ella como Lily y Violet, se sintieran seguras a su lado. Incluso había intentado renunciar a casarse para velar por ellas, algo que, por suerte, no consiguió gracias a tía Alexia.

—¡Ahora ya estamos todas! —habló su excelencia mirándolas con alternación y su semblante se tornó serio—. Esta temporada será la presentación en sociedad de Daisy, no hace falta que os repita lo que mencioné hace dos años de los riesgos de no cumplir con las expectativas.

—Sí, tía Alexia —empezó a decir Daisy—, debemos evitar a toda costa formar parte del grupo de bobas insensatas que se ponen siempre en ridículo en busca de diversión y que solo ansían satisfacer sus vanidades.

—No piensan que los años pasan —siguió Lily añadiendo a sus palabras algún que otro gesto teatral— y que su belleza se va perdiendo entre risas y coqueteos, y especulan tanto con sus pretendientes que estos, hartos de esperar, buscan a...

Alexia se carcajeó.

—¡Qué sobrinas más aplicadas! —mencionó con humor.

—No somos unas bobas insensatas, tía Alexia —prorrumpió Violet, con sus ojos almendrados turquesa, iguales que los de Daisy, brillantes de resolución, alzando su nariz respingona a fin de enfatizar sus palabras, y que arrancó las risas de sus hermanas y de la duquesa.

—Entonces será mejor no alargar la agonía de Daisy, ¿no creéis? —mencionó su excelencia acercándose a la chimenea, donde crepitaban los troncos ardiendo.

—¡Oh, sí, por favor, los nervios me están comiendo viva! —reconoció acercándose a la

duquesa, incluso sentía los latidos de su propio corazón.

Lily, Rose y Violet se colocaron al lado de tía Alexia y miraron a la hermana alargar el brazo mientras la duquesa hacía lo propio para que la sobrina alcanzara el cáliz; entonces su excelencia sacudió el recipiente con suavidad para mezclar los papelitos. Daisy tragó saliva, introdujo su mano en la copa y empezó a temblar con ligereza. El mal presentimiento seguía azotándola sin piedad, como si su subconsciente le advirtiera de que ella no tendría la suerte de su tía o de su hermana Rose. Sin embargo, no era el momento de flaquear, de modo que se cargó de valor y, en un gesto impulsivo, cerró los ojos y cogió el primer papelito que rozó las yemas de sus dedos. La duquesa sonrió y dejó el cáliz en la repisa del hogar.

—¿Quién será el afortunado? —expresó la menor de las McJones, llevándose las palmas de las manos a las mejillas en un gesto excitado.

—Pronto lo sabremos... —mencionó Alexia cogiendo el papelito que Daisy le entregó.

Las muchachas observaron, paso a paso, cómo su tía desplegaba el papel con reverencia. No era para menos, el momento era especial y marcaría el futuro de Daisy. La duquesa entornó su mirada gris claro, se había olvidado su monóculo en la biblioteca y maldijo en silencio. Apartó un poco el papel y estiró el cuello; a pesar de tener sesenta y dos años y de haber perdido facultades visuales, aun así, logró leer el nombre con nitidez.

—Cameron Wood, el marqués de Befast.

***

Alexia, la flamante y poderosa duquesa de Kingeston, se dirigió a Befast Palace, la residencia en Londres del marqués Cameron Wood, en uno de sus carruajes. Dos años antes había procedido de la misma manera con Garrett, pero en esta ocasión la situación era diferente. Si por aquel entonces nadie conocía a sus sobrinas y tuvo que presionar a Garrett Price, conde de Hampford, para acordar un matrimonio con Rose, con Cameron Wood la situación sería la contraria. Si una cosa estaba clara como el agua de un manantial era que a Daisy le habían llovido los pretendientes, Cameron entre ellos. Alexia había recibido muchas insinuaciones de nobles que buscaban una esposa como ella. No solo se trataba de la belleza de la dama en cuestión, ni tampoco de la dote de veinticinco mil libras que la acompañaba, sino que emparentarse con la gran duquesa de Kingeston se convertía en un aliciente poderosísimo, más incluso que el dinero y la belleza.

Pero para ella lo importante era que su sobrina encontrara la felicidad junto a un buen hombre y que, con el tiempo, surgiera la chispa del amor. Tanto era así que la noche anterior se había asegurado de que en el cáliz solo hubiera nombres de los nobles más adecuados para Daisy. Y la suerte hizo el resto, una suerte que parecía estar bendiciendo a las mujeres de la familia.

Ya casi había llegado a su destino. La parte de atrás de la propiedad, situada al noroeste de Londres, estaba bordeada por el Támesis. La distancia por recorrer no era muy grande, por lo que

la duquesa había escogido un carruaje de ciudad con cobertura rígida y tirado por cuatro hermosos caballos blancos. La noble se arrebujó en los asientos de terciopelo azul, apartó las cortinas de seda, del mismo tono que el tapizado interior, y divisó los muros que circundaban la parte delantera de la propiedad.

El vehículo lujoso no tardó en atravesar la intrincada verja por la cual se accedía a los dominios del marqués. Atravesó los jardines por un camino enlosado que llevaba a la entrada del palacio. Los cascos de los équidos chocaban sonoramente en los adoquines húmedos debido a la llovizna que caía y supo que habían llegado al palacio cuando el cochero, vestido con librea oscura, tricornio y calzas claras a media pierna, ordenó a los animales disminuir la marcha. Miró de nuevo por la ventana y admiró el palacio de ladrillo rojo de tres plantas y una cuarta en forma de altillo. El tejado de pizarra era de dos aguas en color negro con varias chimeneas circulares. Algunas escupían volutas de humo blanco, que corrían raudas en una carrera sin meta para terminar diluyéndose. Las ventanas a cuadros eran de forma rectangular y también había algunas semicirculares, cuyos marcos estaban construidos en madera blanca.

El vehículo se detuvo por completo. Un lacayo vestido con librea verde esmeralda, calzas y peluca blanca abrió la puerta adornada con el escudo de los Kingeston, de forma rectangular, con los vértices inferiores redondeados y terminados en punta, en cuyo interior había un dragón coronado con las alas extendidas. El sirviente llevaba un paraguas negro en la mano, con la otra libre ayudó a su excelencia a descender del carruaje. El criado alargó el brazo para que el paraguas cubriera a la duquesa, a fin de que la ligera lluvia no humedeciera su moño rubio ceniza, alto, vaporoso y con trenzas, y la acompañó a la entrada de la vivienda. La batiente se abrió de inmediato y el mayordomo dio la bienvenida a su excelencia, que la ayudó a quitarse la capa gris que llevaba; después la acompañó hasta el salón principal.

La duquesa miró a su alrededor antes de encaminarse al sofá rococó. La estancia era amplia, en la pared del fondo había dos puertas francesas que daban a una terraza. Las paredes estaban recubiertas con paneles blancos en la parte inferior, y la parte superior, hasta el techo, lucía un papel pintado con motivos vegetales en unos tonos verdosos y amarillos pasteles. El sofá rococó y las sillas a juego lucían un tapizado en damasco dorado y marrón oscuro; con ese mismo patrón habían vestido las puertas acristaladas a cuadros. La chimenea, ubicada en la pared izquierda, estaba enmarcada en mármol rosado, en cuyo interior ardía un buen fuego. Sin duda, al marqués lo asesoraban profesionales en temas de decoración.

Alexia, complacida por el lujo que la rodeaba y por la tibieza del ambiente, tomó asiento y dejó su ridículo junto a ella. Al instante, un lacayo entró portando un servicio de té y unos tentempiés. El mayordomo se encargó de servir a la duquesa, ella agarró con elegancia el asa de la taza y se llevó el borde a la boca al tiempo que el sirviente se apostaba al lado de la puerta. Nada más terminó de dar el primer sorbo, apareció Camerón Wood, el marqués de Befast.

—Buenos días, excelencia —saludó el noble acercándose al sofá, hizo la protocolaria reverencia y ella alargó la mano—. Me alegro de verla en Befast Palace.

—Buenos días, milord. Es un placer estar aquí. Esta estancia es exquisita.

El marqués hizo un gesto a su mayordomo para que le sirviera una taza de té y se sentó en la silla que había perpendicular al sofá.

—Espero que su visita tenga relación con lo que hablamos a principios de año —manifestó él, agarrando la taza que su sirviente le ofrecía.

—Desde luego. Si no recuerdo mal vino a presentarme sus respetos y mi permiso para cortejar a mi sobrina, la señorita Daisy McJones.

—Así es, no escondo mi intención de casarme con su sobrina, excelencia —manifestó el marqués después de dar un sorbo a su bebida caliente.

—Como sabrá he recibido muchas ofertas.

—Lo sé, a mi favor puedo alegar que mi familia jamás ha sido salpicada por ningún escándalo. Llevamos formando parte de la aristocracia más de quinientos años. Además, puedo asegurarle que mi salud financiera es más que loable y poseo dinero y propiedades para darle a mi futura esposa una vida cómoda y lujosa.

La noble hizo un gesto de conformidad con la cabeza.

—No creerá que iba a entregar a mi amada sobrina a cualquier noble. Sé que sus negocios aquí en Londres y sus minas en el Nuevo Continente marchan muy bien. —Percibió cómo el conde, sorprendido, alzaba las cejas oscuras; de hecho, siempre había sido un hombre muy discreto con sus asuntos, sin embargo, los sirvientes de las distintas familias hablaban entre ellos y todo se acababa sabiendo, era algo que no podía evitarse—. Ya sabe cómo va esto, milord, los cotilleos viajan rápido en nuestros círculos y quiero para mi adorada sobrina un futuro venturoso, sin privaciones de ninguna clase. Así que, como comprenderá, me estoy asegurando de que así sea.

La duquesa dejó el té en la mesa auxiliar redonda situada al lado del sofá. Observó al marqués: tenía unos ojos almendrados, tan oscuros como el fondo de un profundo lago. Además, se había dejado una ligera barba que cubría el mentón y parte de las mejillas, y le otorgaba un halo más estricto, si cabe. Como siempre, vestía de negro, a excepción de la camisa blanca, que resaltaba sobre su indumentaria tan oscura.

Alexia hizo una ligera mueca que pasó inadvertida a su interlocutor. A primera vista Cameron era un varón atractivo, pero su carácter rígido y taciturno causaría cierto rechazo a una persona tan romántica y buena como Daisy. En un principio, no lo consideró como un posible pretendiente, aun así, a última hora, lo había incluido en la lista, pues, a diferencia de los demás, había detectado en las intenciones del noble un interés sincero. Incluso, había logrado atisbar en la oscura profundidad de sus ojos la chispa reluciente del amor cuando observaba a su sobrina con disimulo. Desde luego, solo se trataba de un ligero destello que con el tiempo podía convertirse en un enorme sol, o, por el contrario, extinguirse por completo debido a la frustración de no encajar con su sobrina.

Porque a simple vista Cameron y Daisy eran muy diferentes. Si bien él representaba la rigorosa seriedad de su estatus, el cual necesitaba para desempeñar su papel como marqués, ella

simbolizaba la felicidad de la primavera y la bondad de un ángel. Daisy era un ser demasiado soñador y, también, demasiado romántico. No podría sobrevivir en un ambiente tan estricto donde imperaban las formas y el protocolo las veinticuatro horas del día. Sería como negarle los rayos del sol a una hermosa flor, encerrándola en una oscura habitación sin ventanas. Sin embargo, precisamente por esas diferencias podían formar la pareja perfecta. Eran como el día y la noche, donde luz y oscuridad se unían para formar hermosos amaneceres y atardeceres. Sus virtudes y sus defectos se complementarían a la perfección si eran capaces de buscar el equilibrio.

La duquesa cogió su ridículo, sacó un pequeño sobre y se lo alargó al marqués.

—Milord, celebro una cena y un baile en Kingeston House para presentar a mi sobrina en sociedad y está usted invitado.

El noble sostuvo el sobre de un blanco roto, lacrado con la heráldica de la familia Kingeston, y lo contempló durante unos segundos. En su interior estaba la invitación; levantó la vista y sonrió.

—Será un placer asistir, excelencia.

—Usted será mi invitado de honor y se sentará al lado de mi sobrina.

El marqués parpadeó de satisfacción. Bien sabía lo que eso significaba: la duquesa lo había escogido para que cortejara a su sobrina. Sin embargo, ocultó bajo una máscara de seriedad lo complacido que se sentía.

—No se arrepentirá de su decisión, excelencia.

—Estoy segura de que se esforzará al máximo. Pero no es a mí a quien tiene que convencer, milord. —Se levantó y él lo hizo inmediatamente después; se miraron—. Mi sobrina tendrá la última palabra, si ella no lo acepta buscaré a otro pretendiente. —Percibió la exhalación larga e intensa del marqués; había creído tenerlo todo hecho, pero no era así, pues tendría que enamorarla y, teniendo en cuenta que él era lo opuesto al galante y romántico caballero por el cual toda dama suspiraría, supo que la tarea sería tediosa para un hombre como Cameron—. Ahora me tengo que marchar, debo atender unos asuntos con urgencia.

Era cierto, había quedado con su administrador, pues el detective Will Baley hacía casi dos años que estaba investigando por tierras irlandesas el paradero de su hijo, al que secuestraron de su cuna cuando apenas tenía dos semanas de vida. Ella le estaba costeando todos los gastos al detective, este necesitaba más dinero y debía asegurarse de que el administrador le enviara el necesario.

La dama volteó el sofá y el marqués la acompañó hasta la salida. Se quedó en la puerta, resguardado de la lluvia que había arreciado y miró, con su porte serio y con las manos cruzadas en la espalda, el carruaje de la duquesa alejarse. Después, se dirigió a su estudio. Se trataba de una estancia rectangular, había muchas estanterías con libros de todos los tamaños y colores. En la pared lateral se ubicaba una chimenea, enfrente se hallaba un enorme escritorio y perpendicular a este había una puerta acristalada, a la cual se acercó. Vio su reflejo en el cristal y se observó. Tenía veintinueve años y, consciente de que no podía esperar más, había decidido

casarse esa temporada. Era el momento de perpetuar su linaje concibiendo un heredero.

Pero no se conformaba con cualquier dama y desde el momento en que vio a la señorita Daisy McJones, junto a sus hermanas y su tía en Vauxhall Gardens viendo a unos malabaristas realizando equilibrios, la deseó como esposa. Daisy se reía de las acrobacias con unas risas contagiosas y dulces que fueron música para sus oídos. En ese instante, algo en su interior se removió con tanto énfasis que lo dejó sin aire. La duquesa hizo las pertinentes presentaciones y de cerca aún le cautivó más. Ella era hermosa, delicada y tenía una sonrisa de ángel. Sin embargo, lo que más le fascinó fue su mirada turquesa de la que le fue imposible despegarse. Solo la inocencia de la dama logró que no se percatara de lo mucho que le agradaba en todos los sentidos. Sin duda, era la mujer perfecta como esposa; aun así, la duquesa le había advertido de que su sobrina tendría la última palabra. En ese momento le hubiera gustado tener el talante seductor de su gemelo Orson, que era capaz de que las más bellas damas se rindieran ante su galantería.

Cameron cabeceó y desterró tales pensamientos. La señorita Daisy McJones no merecía un hombre que la embaucara, tal como hacía Orson con todas las mujeres que conquistaba. Se presentaría ante ella enseñando su verdadera naturaleza, porque solo la verdad podía construir unos buenos cimientos, si ella decidía escogerlo como esposo. Tal vez no tendría muchas oportunidades; era consciente de sus defectos debido a una educación estricta y al dolor de saber que su hermano gemelo lo odiaba. Todo junto había esculpido una personalidad malhumorada que no resultaría atractiva a una dama como la señorita McJones. Sin duda, podía ofrecerle una vida digna de una marquesa, tal vez eso sería suficiente para cualquier otra, pero no para ella, lo intuía. Aun así, la verdad era su riqueza más preciada, y eso le ofrecería.

***

Alexia y su querida amiga, Lousia Foster, la marquesa de Wendy, estaban en el enorme comedor de gala escogiendo los centros de mesa. Quedaba un día para la gran cena y baile que había organizado Alexia en Kingeston House para presentar a su sobrina Daisy. Acudirían al evento más de seiscientas personas, todos pertenecían a la élite de Londres.

Lousia, una dama de cabello blanco recogido en un regio moño bajo, caderas anchas y bajita, tenía sesenta y cinco años y su rostro arrugado daba fe de ello. Miraba con sus ojos azules y una mueca en los labios los centros de flores; con el índice se golpeaba la barbilla.

—Y bueno, Lousia, ¿cuál te gusta más? —preguntó Alexia agudizando su mirada encapotada, debido a su párpado caído, sobre los preciosos centros.

—Yo creo que este —contestó señalando la composición floral de su derecha, con margaritas y *liliums* en tonos blancos y verdes—. Es ideal para tu querida Daisy.

La duquesa mostró una sonrisa de par en par.

—También es el que me gusta más. Es un poema visual que hace honor a su nombre.

—¿Y qué hay de una taza de té, querida amiga? —refunfuñó la marquesa—. ¿No has abusado bastante de mí? Me tienes sedienta y hambrienta.

La duquesa soltó una carcajada.

—Ooooh, eres una exagerada, Lousia. No vas a hacerme sentir culpable. Y no te quejes tanto que ambas sabemos lo mucho que te gusta todo esto. Anda, vamos al salón familiar a descansar un poco, pediré que nos sirvan una taza de té con unos dulces.

Hizo una señal a uno de los lacayos apostados y pidió el té y los dulces.

—Que me gusten estas cosas no quiere decir que me tengas horas escogiendo flores, vajilla, cristalería... Ya tengo una edad, querida, y a las piernas les cuesta sostenerme durante mucho rato.

Ambas mujeres echaron a andar hacia la estancia.

—Te lo recordaré cuando me pidas ayuda en alguna de tus fiestas —mencionó deslizando su mano por el brazo de su amiga—. Además, tengo a mis sobrinas ayudándome en lo más tedioso, incluso Rose ha venido a colaborar.

—Ya sabes que quejarme es mi afición favorita —soltó palmeando la mano que colgaba del codo—. Los años me han hecho más gruñona.

—Lo sé, lo sé... Por eso no te hago caso.

—Ooooh... —exclamó ofendida—. Como si tú no fueras gruñona. ¿Tengo que recordarte que tienes solo tres años más que yo?

—¿Me estás llamando vieja gruñona?

—Sí, somos unas viejas gruñonas, esa es nuestra realidad.

Ambas mujeres soltaron unas sonoras carcajadas mientras cruzaban la puerta doble por la cual se accedía al salón familiar, una estancia que se dividía en dos partes: la zona de música, presidida por un clavicémbalo en un tono marrón oscuro con detalles ornamentales dorados, y la zona de descanso, donde, frente a la chimenea, se hallaban dos sofás de estilo neoclásico piamontés.

Las nobles se fueron a sentar en el sofá tapizado en color crema con rayas granates. En el hogar ardían los troncos con vigorosidad y aportaba una calidez al ambiente muy acogedora. El mayordomo les sirvió un té y unas pastas.

—A pesar del tedioso trabajo de organizar una cena y un baile para tantas personas —dijo su excelencia—, no puedo evitar sentirme muy feliz.

—La verdad es que tus sobrinas han sido una bendición para ti y para Londres —reconoció removiendo la cucharilla dentro de la taza.

Alexia asintió dándole la razón.

—Kingeston House ha revivido con ellas, es como si este lugar se hubiera convertido en un paraíso. Todo son risas y amor, esas muchachas merecen lo mejor.

—Ya te estás encargando de que así sea. —Dio un sorbo a su té.

—Solo espero que Daisy sea tan feliz como Rose —mencionó en un tono pesaroso; en su

mirada gris brillaba la preocupación.

Lousia entrecerró sus ojos azules.

—No te veo muy convencida, querida.

—No me malinterpretes. Cameron Wood es un hombre muy atractivo, sin embargo, es tan frío y serio, y Daisy es tan cariñosa y alegre que temo que ella lo rechace.

—Bueno, si hay que hacer honor a la verdad, el marqués de Befast tuvo unos padres horrorosos. Fueron muy duros educándolo y eso se ha plasmado en su carácter.

—Al menos no es como su hermano Orson, su gemelo, que vive en América —mencionó con desdén su excelencia al recordar el comportamiento que tuvo el lord con la hija de un baronet amigo de la familia Kingeston; por suerte era algo que no había transcendido y había quedado en el más absoluto anonimato. Ni tan siquiera Lousia se había enterado, que ya era decir.

—Los Befast son reconocidos por no crear escándalos, su historia familiar es impoluta. Pero dicen las malas lenguas que fue Cameron quien echó a Orson, le dio un ultimátum cuando empezó a vivir una vida de excesos: o se marchaba o lo dejaba en la miseria. Sin duda, fue una sabia decisión, porque hubiera sido cuestión de tiempo que el díscolo Orson hubiera puesto al marqués en un serio aprieto.

—¡Oooh, pues que se quede allí para siempre! Si se atreve a regresar y a mirar a alguna de mis sobrinas lo despellejo vivo.

—Querida, pareces un tabernero utilizando semejante lenguaje.

Las damas se rieron a mandíbula batiente. Ambas, cuando estaban solas, se dejaban llevar y apartaban la seriedad de su estatus.

—Mañana veremos cómo encajan esos dos —dijo la duquesa encogiéndose de hombros—. De todas formas, este ajetreo me recuerda a mi debut en sociedad.

—¡Y a mí! Añoro esa época tan feliz. ¿Te acuerdas cuando te cortejaba tu esposo? —preguntó la marquesa alargando la mano a la bandeja de dulces y cogió una galleta.

Alexia sonrió.

—¡Cómo olvidarlo! Con Edward encajé desde la primera mirada. Él siempre fue muy especial para mí. Me trataba como si fuera un tesoro.

Lousia sonrió con calidez y las arrugas de sus labios delgados se tensaron suavizando esas líneas finas fruto de la vejez.

—A mí me pasó lo mismo con mi esposo. Encajamos desde el primer momento —confesó en un suspiro largo.

—Cambiando de tema, quiero contarte una cosa...

La marquesa dejó la taza en la mesita de té y se acomodó en su asiento.

—Cuenta.

—El detective Will Baley regresará a Londres en breve, después de haber pasado casi dos años investigando en Irlanda el paradero de mi hijo Edward; por fin me traerá buenas noticias. —En su tono se advertía el nerviosismo mezclado con felicidad.

Lousia parpadeó varias veces.

—¡Cielos, esto sí que es una buena noticia!

—No quiero hacerme ilusiones, tal vez quede en nada.

La marquesa asintió.

—Edward no tenía más de dos semanas cuando lo secuestraron de su cunita. Si lo ha encontrado, ¿cómo lo reconocerás?

—Esa pregunta también me la hago yo. No tengo ni idea.

—¿Confías en ese detective lo suficiente?

—Salvó a mi esposo de sufrir un asalto y a partir de entonces se hicieron muy amigos. ¿Por qué no tendría que confiar en él?

—Porque a veces las personas no son lo que aparentan, son mucho peor.

Alexia agitó la mano en el aire.

—Oh, querida, no es el caso del señor Will Baley. Él no haría nada que me perjudicara, ha estado todos estos años desatendiendo su trabajo como detective en Bow Street para dedicarse de pleno a la búsqueda de mi hijo.

—Recuerda que no lo hace gratis, le estás financiando generosamente para que lo haga.

—¡Oh, por favor, no seas aguafiestas!

—No lo soy, de hecho, te admiro y te aprecio demasiado. Solo quiero que sepas que yo estaré aquí para lo bueno y para lo malo. Ya lo sabes.

A la duquesa se le empañaron los ojos de lágrimas. Hacía toda una vida que se conocían y nada, ni nadie, había podido perturbar esa relación que iba más allá de una simple amistad. Si no hubiera sido por Lousia, se hubiera derrumbado cuando secuestraron a su bebé y cuando murió su esposo debido al disgusto que le produjo la desaparición del pequeño Edward.

Pero no podía evitar sentirse eufórica por lo que el detective le había escrito en la última carta. ¿Había encontrado a Edward? Ella esperaba que sí, sin embargo, tendría que esperar a que él regresara.

Capítulo 2

Daisy estaba en su alcoba frente al espejo. Sus hermanas, Violet y Lily, y la doncella la rodeaban. Todas estaban ocupadas dándole los últimos retoques. La sirvienta arreglaba los mechones de su peinado. Lily alisaba un pliegue rebelde de su vestido mientras Violet extendía la cola, que caía en cascada de la cintura alta del vestido, que más tarde ella, una vez que recibiera a todos los invitados, se quitaría.

La doncella se marchó y sus hermanas se apartaron para que la debutante se mirara en el espejo. Se había acicalado con un vestido de cintura alta de muselina blanca con adornos brillantes. Complementando el atuendo llevaba un delgado cinturón bajo los senos, con incrustaciones doradas y plateadas. Los zapatos y los guantes, que llegaban hasta los codos, eran de satén blanco. El pelo rubio oscuro con reflejos rojizos se lo habían recogido en un moño alto trenzado y estaba adornado con cintas satinadas y varios adornos brillantes. Su hermoso rostro lo enmarcaba una cascada de pequeños tirabuzones.

—Estás preciosa, Daisy, pareces un ángel —mencionó Lily; estaba detrás de su hermana y sus ojos, unos turquesas y los otros negros, se encontraron en el reflejo del espejo—. Espero lucir tan hermosa el día de mi presentación.

—Lo estarás —dijo esbozando una amplia sonrisa.

—Yo no tengo tu bondadoso corazón y dudo de que mi aspecto sea tan angelical.

—¿Me dejarás este vestido? —preguntó Violet, que estaba tumbada boca abajo en el lecho ubicado sobre una tarima, con los codos hincados en el colchón y la barbilla reposaba en las manos enlazadas—. Rose estaba espectacular el día de su presentación, pero me gusta más tu vestido.

—Dentro de cuatro años querrás uno nuevo, porque este ya no estará de moda —mencionó Daisy volteando el rostro en dirección a su hermana—. Además, dudo de que tía Alexia te deje repetir con mi vestido, su estatus social no se lo permite.

—¿Qué no me permite mi estatus social? —preguntó la duquesa que acababa de abrir la puerta de la alcoba.

Daisy y Lily se dieron la vuelta y centraron su atención en la tía. Se había ataviado con un

vestido de seda brocada en violeta y dorado. Llevaba un collar y unos pendientes con diamantes engarzados, que imitaban la forma de las plumas. Las piezas resplandecían sobremanera a la luz de las velas ubicadas por la estancia. El cabello rubio platino lo llevaba peinado con un recogido muy elegante con bucles altos que le aportaban volumen, tal como a ella le gustaba, y que había adornado con cintas en los mismos tonos que su atuendo.

—El día de mi presentación en sociedad llevaré el vestido de Daisy —comunicó Lily y, dando un salto fuera de la cama, se acercó a su tía—. Quiero tener su mismo aspecto.

—Tus hermanas tienen razón —arguyó su excelencia en un tono cariñoso, acariciando la mejilla de la muchacha—. No puedes llevar el mismo vestido que tu hermana. ¿Qué pensarán los demás nobles? No quiero que murmuren que no tengo dinero para un guardarropa nuevo.

—Pero me gusta el de Daisy —contradijo Violet, alzando su naricita respingona en un gesto rebelde—. ¡No me importa lo que digan los demás!

La duquesa cabeceó dejándola por imposible. Violet no solo era la viva imagen física de su madre Jane —incluso la expresión suave de su rostro y la armonía que acompañaba sus gestos eran idénticas también—, sino que poseía el mismo carácter rebelde y tozudo que dio tantos dolores de cabeza a la familia.

—Oh, muchacha, debe importarte. Cuando llegue el momento de tu debut, no quiero que nada lo arruine. Aun así, tendremos esta conversación dentro de cuatro años y, entonces, hablaremos del tema, ¿te parece?

Violet torció la boca y pensó que no tenía sentido mantener esa conversación en ese momento, quedaba demasiado tiempo todavía.

—De acuerdo. —Giró el rostro y miró a Daisy, que la contemplaba también, y le brindó una sonrisa tierna—. Pero su vestido me encanta y seguirá gustándome dentro de cuatro años, estoy segura.

La duquesa miró a Daisy con ojos amorosos.

—Querida, tus padres hoy se sentirían orgullosos de ti.

—¿Crees que están en el cielo mirando a Daisy? —preguntó Violet.

—¡Claro que sí! Sin duda, deben estar muy felices —contestó su excelencia.

Lily y Violet sonrieron al acordarse de sus difuntos padres; la duquesa las miró y dijo:

—Bueno, ya es hora de que vosotras dos os vayáis a dormir. —Ambas asintieron. Alexia alzó el dedo para advertirlas—: Y no se os ocurra espiar, que os conozco.

Las dos hermanas salieron de la alcoba emitiendo unas carcajadas, como preludio de que no iban a obedecer y, en cuanto pudieran, saldrían a hurtadillas de sus alcobas para curiosear.

—Creo que no te van a hacer caso, tía Alexia.

—Yo también lo creo —aseguró la aristócrata acercándose a la muchacha—. Pero debía intentarlo. —Colocó las manos sobre los hombros de su tierna sobrina—. Estás preciosa, querida. Bien parece que un ángel ha descendido del cielo para iluminarnos con su bondad.

—Oh, tía Alexia, estás exagerando. Pero te lo agradezco, dices esas cosas tan bonitas porque

me quieres. Solo espero que el marqués de Befast también me vea como tú.

La duquesa sonrió.

—Lo hará.

—No estaría tan segura. Habrá muchas damas hermosas esta noche —mencionó con sus mejillas teñidas de carmesí, evidenciando su timidez.

—Sin embargo, él solo tendrá ojos para ti. He visto cómo te mira, querida.

—Ah, ¿sí?

—Te lo presenté cuando acudimos a Vauxhall Gardens, ¿te acuerdas?

—Oh, sí, me acuerdo. Pero me miró del mismo modo que mira a cualquiera. Creo que lo dices porque sabes que estoy muy nerviosa y quieres tranquilizarme.

Alexia pensó que su sobrina era tan inocente que era incapaz de detectar en los ojos de un hombre la pasión de la primera mirada.

—¿Te gusta Cameron, querida?

La sobrina miró el suelo y sus mejillas enrojecieron. La duquesa arqueó las cejas al descubrir que a ella le gustaba, algo que la tranquilizó. Alexia alzó la barbilla de su sobrina para que la mirara a los ojos. Comprendió que Cameron había despertado en la muchacha ese anhelo pasional que descubriría cuando se casaran.

—A juzgar por cómo te has sonrosado deduzco que te atrae mucho —apuntó la tía.

—Claro que me gusta... —manifestó con voz trémula debido a la vergüenza—. Es un hombre muy, muy, muy...

—¿Viril, querida? No debes avergonzarte de sentir un cosquilleo en el cuerpo cuando piensas en él. Y tampoco debes sentir vergüenza al explicármelo, sabes que puedes confiar en mí y preguntarme lo que quieras al respecto

Daisy abrió sus párpados dejando que el brillo turquesa de su mirada iluminara la alcoba.

—Entonces, ¿es normal que sienta esas cosquillas y que el aire se atasque en mis pulmones?

—Claro que es normal, no te desesperes por eso —comentó toqueteando los tirabuzones rubio oscuro que enmarcaban el rostro juvenil.

—Lo cierto es que me alegré mucho de que fuera él el escogido.

—Pues hoy podrás conocerlo un poco más.

Los ojos de Daisy se entristecieron de golpe y la duquesa quiso saber el motivo.

—Querida, acabas de decirme que Cameron te gusta, ¿a qué viene esa mirada tan triste?

—Estoy tan nerviosa porque tengo un mal presentimiento, tía Alexia. Creo que todo va a salir mal.

La noble cabeceó.

—Pamplinas, todo saldrá bien. Y, si no sale bien, buscaremos a otro pretendiente. Me he propuesto que seas tan feliz como Rose.

—Gracias, tía... —susurró abrazándola.

Alexia se dio por satisfecha cuando notó a su sobrina más tranquila.

—Es hora de ir abajo y recibir a los invitados. En nada estarán aquí. Cameron es muy puntual y no me extrañaría que fuera el primero.

***

Los invitados, casi todos pertenecientes a la aristocracia, a excepción de unos cuantos —pero tan poderosos como cualquier noble— fueron llegando a Kingeston House. Tal como imaginó Alexia, Cameron fue uno de los primeros. En cuanto Daisy y el marqués cruzaron sus miradas, saltó a la vista la atracción física que sentían el uno por el otro. Sin embargo, en los ojos negros de él, se atisbaba algo más profundo, y que complació a la duquesa.

A ella le preocupaba que el carácter frío y taciturno de Cameron fuera una barrera para que su sobrina conectara con él. El noble había sido educado desde muy niño con mano dura. Sus padres fueron muy estrictos, habían valorado, por encima de cualquier cosa, el honor del apellido familiar y lo habían criado entre los corsés rigorosos de su estatus. Tanto era así que no le extrañaba que Cameron hubiera reprimido sus sentimientos ya desde la infancia, al creer que era lo correcto, porque así se lo habían enseñado sus padres. En parte, lo comprendía, ya que dentro de su círculo primaban las apariencias. Sin embargo, en la intimidad, consideraba que un hombre y una mujer debían desnudar sus sentimientos. ¿Y Cameron sabría hacerlo cuando estuviera con Daisy? Ella misma lo hizo con Edward, y él con ella; y ese había sido el secreto de un matrimonio feliz. Aun así, le daría una oportunidad al marqués para que encandilara a su sobrina.

Si bien a la duquesa le preocupaba la manera en que se desarrollaría el cortejo, la certeza de que si Cameron no cumplía con las expectativas buscaría a otro pretendiente le daba la tranquilidad necesaria para no darle más vueltas. En realidad, no debía olvidarse de que no dependía de ella, sino de Daisy y Cameron. Ellos tenían que escribir su propia historia.

Sin más, los invitados se congregaron en el comedor de gala de Kingeston House, y que no tenía nada que envidiarle a uno de la realeza. La estancia era enorme decorada en dorado, blanco y rojo, con esculturas de mármol. El suelo de madera estaba cubierto por lujosas alfombras púrpuras. El techo era alto en forma de cúpula, decorada con espectaculares pinturas neoclásicas, del que colgaban enormes arañas de cristal. Había cinco mesas rectangulares muy largas que daban cabida a más de los seiscientos comensales. Perpendicular a estas había otra, menos larga, que acogía a los anfitriones y a los invitados de honor. En ella se sentaría Rose, su esposo Garrett y Lousia Foster a la derecha de la duquesa; a su izquierda, como invitado de honor, estaría Cameron y la romántica Daisy.

Todos tomaron asiento; como se trataba de una cena de etiqueta y de mucha clase, había varios platos. Empezaron a servir una sopa, siguieron el cordero, las carnes de caza, los acompañamientos de verduras, salsas, encurtidos y jaleas, y terminaron con varios platos de dulces como púdines, pasteles y tartas. Todo ello regado con refinados vinos.

Sin embargo, a pesar de que Cameron y Daisy estaban sentados uno al lado de otro, no

conversaron mucho. La incomodidad de la pareja fue palpable por casi todos. Ellos intentaron disimular, sobre todo Cameron, que enderezó su espalda y mostró un semblante serio el resto de la cena, que no extrañó a nadie, pues siempre solía exhibir una hosquedad evidente en sus facciones.

No obstante, hubo un instante en el que el brazo enguantado de ella rozó el de Cameron y este no pudo evitar que su cuerpo se encendiera con ese mero roce. Empezó a sudar y apretó los dientes en su intento por controlar su deseo. Nunca había tenido ningún problema con su cuerpo, que mantenía bajo control, incluso cuando sus instintos más primarios lo instaban a buscar a una de las tantas viudas a las que acudía. Pero Daisy lo alborotaba por dentro; tenerla tan cerca y su aroma suave, dulce y tentador —que le recordaba a un pastel bañado con un toque de crema de whisky— hacía que su tortura creciera a cada minuto. Por eso fue un alivio cuando la cena terminó y los invitados fueron todos al salón de baile.

Cameron se tomó un respiro y salió por una de las puertas acristaladas al jardín a tomar el aire. Se encontró con varios caballeros, que también habían salido y conversaban entre ellos. Pero no tardaron en entrar, ya que era una noche gélida de inicios de marzo. Él no tenía ganas de charlas; tampoco le importaba el frío, por lo que se alejó a un lugar más tranquilo, tan apartado que la luz del interior, de las velas de las arañas de cristal que colgaban del techo, no lo alcanzaba y su cuerpo quedó rodeado de penumbra. A decir verdad, él lo prefería así, ya que debía recuperar el control. Temía comportarse como esos nobles que actuaban como atolondrados abejorros sobre flores buscando la atención de las damas casaderas, hasta el punto de ponerse en ridículo con sus charlas y puestas en escena.

Cameron cabeceó, ¿a quién quería engañar? En realidad, estaba asustado porque muchos de esos abejorros, y que tanto criticaba, sabían más de seducción que él. Nunca había cortejado a una dama, ya que siempre creyó que su apellido y su fortuna serían suficientes para conquistar a cualquier debutante, que no tendría en cuenta su frialdad en el trato. Y en ese instante temía que se cumpliera la leyenda de la mitología romana, cuando Vertumnus, el dios de los huertos, quedó encandilado de la ninfa Bélides, y esta, para escapar de las atenciones de un dios que detestaba, se transformó en una margarita.

Cameron estaba tan concentrado en sus pensamientos y en su miedo a que ella lo rechazara que no oyó que alguien se acercaba a él.

—Hola, Cameron.

El marqués se dio la vuelta, vio que se trataba del conde de Hampford. Estaba a un par de metros de él, donde la luz del interior todavía no había perdido influencia.

—Hola, Garrett.

—No he podido evitar ver que salías. —Se encogió de hombros al percibir el frío filtrarse por sus lujosos ropajes—. ¿Te encuentras bien?

Cameron dio dos pasos hacia él y salió de la oscuridad.

—Sí, muy bien —declaró al tiempo que emitía un suspiro que no pudo retener en su interior.

Garrett arrugó el entrecejo.

—No lo dices muy convencido.

Cameron desvió su mirada negra a la puerta acristalada abierta de par en par. A él llegaba la melodía de la orquesta. Lo cierto era que no, no estaba bien.

Estaba asustado. Aterrado.

Porque por primera vez en su vida deseaba algo con todas sus fuerzas y temía fracasar. Estaba acostumbrado a conseguir cualquier reto que se proponía. Daisy era todo lo que había ansiado, era la mujer que había estado esperando. Pero dudaba mucho de que él fuera el hombre con el cual ella habría soñado casarse.

Miró al que podría ser su cuñado en un futuro. Nunca contaba a nadie sus problemas y no empezaría en ese momento, aunque el conde le cayera bien. Al pertenecer a la misma clase social eran muchas las veces que coincidían en los lugares y lo conocía desde que eran niños. A pesar de que se tuteaban, guardaban ciertas distancias debido a su personalidad fría.

—Hace tiempo que no te veo por el White's —comentó el marqués buscando cambiar de tema.

—Entre el pequeño Garrett y mis negocios estoy muy atareado.

Cameron sonrió, algo raro en él teniendo en cuenta que casi nunca lo hacía. Pero, al hablarle de su hijo, se imaginó a él y a Daisy con un bebé. Aun así, desterró tales pensamientos y pronto recuperó su temple de siempre. Se cuadró de hombros y su rostro recuperó esa expresión arisca que alejaba a cualquiera que se acercara a él.

—Espero verte pronto, entonces. Si me disculpas, voy a entrar —mencionó con sequedad el marqués.

—Si me aceptas un consejo...

—Gracias, pero no necesito consejos. Si me disculpas, vuelvo adentro, hace mucho frío aquí fuera.

El conde siguió con su mirada castaña a Cameron hasta que entró por la puerta. Estaba haciendo honor a su fama de taciturno, por lo que Garrett no se lo tomó a mal. Consideraba que el marqués era un hombre capaz de arreglárselas solo en todos los sentidos. Buena muestra de ello era la enorme fortuna que había amasado valiéndose de su olfato; y nunca había pedido ayuda a nadie.

Sin embargo, el semblante gélido en su persona y en su carácter, esa noche, parecía que le sobrepasaba. Se había dado cuenta en la cena, tanto él como su esposa Rose, de las miradas nerviosas que le dirigía Cameron a Daisy, como si no supiera de qué hablar con ella o cómo tratarla. Era evidente que le gustaba, como a todos los caballeros solteros de esa temporada que percibían que la debutante no sucumbiría a Cameron por su manera de ser y se lanzaban a ella como lobos sobre un cordero. Lord Befast era consciente de que tendría mucha competencia. El dinero y el buen nombre que acompañaba al marqués, Daisy no los necesitaba teniendo a la duquesa de Kingeston como tía. Así que para triunfar tenía que desplegar todos sus encantos a

fin de conquistarla, unos encantos que no poseía.

Mientras, dentro estaba Daisy que había ido al salón familiar a recomponerse. Rose la había visto casi huir del salón de baile y la había seguido. Cuando entró en la estancia se la encontró sentada en uno de los sofás neoclásicos estilo piamontés, cabizbaja y con las manos sobre su regazo.

—Daisy, ¿qué te sucede? —preguntó sentándose al lado de su hermana, deslizó su brazo por los hombros y la atrajo hacia ella—. Eres la estrella esta noche, no puedes quedarte aquí y esconderte, no sería nada cortés. —La debutante no dijo nada, y añadió—: Anda, alegra esa cara, seguro que lo que te ha pasado no es tan malo.

Daisy alzó el rostro y miró a la condesa, en sus preciosos ojos turquesa había lágrimas sin derramar.

—No le agrado a Cameron... —pronunció con voz temblorosa y alzó su muñeca—. Tengo el carnet casi lleno y aún no me ha pedido un baile. No sé si estoy haciendo bien de guardarle dos bailes. Tal vez debería olvidarme de él y decirle a tía Alexia de escoger a otro pretendiente.

—Oh, Daisy, no puedes esperar a que se rinda a tus pies de inmediato —mencionó para animarla.

—Los demás caballeros son muy atentos conmigo y es evidente que les agrado. —Cabeceó desilusionada—. Cameron apenas me ha dicho nada durante la cena y eso que estaba sentado a mi lado.

Rose torció su boca; su hermana estaba causando un gran revuelo, todos querían acaparar sus atenciones, pero ella solo se fijaba en el marqués de Befast.

—Bueno, Cameron es un hombre peculiar, diferente a los demás. Garrett me ha estado explicando que sus padres fueron muy exigentes con él y eso ha provocado que sea tan arisco y frío, y un hombre de pocas palabras.

—Entonces, ¿crees que debo darle una oportunidad?

—Creo que sí. Ponte en su lugar y piensa que para él todo esto debe ser nuevo.

—Supongo que está tan nervioso como yo. ¡En el fondo somos iguales! —Sonrió al darse cuenta de que había encontrado una explicación; así era ella, optimista y romántica—. Sí, debe ser eso, somos dos almas gemelas —se convenció.

Rose la miró con sus ojos negros brillantes de ternura. Daisy tenía un carácter tan dulce que le daba miedo que la lastimaran. De hecho, no entendía cómo su tía Alexia había incluido a Cameron en la lista de posibles pretendientes cuando ambos eran tan distintos. Ella no quería ver a su hermana infeliz junto a un hombre que no supiera valorarla, tenía que aceptarla tal como era: un ser excepcional sin un gramo de maldad en el cuerpo.

—Daisy, sé que tarde o temprano encontrarás a ese hombre con el que formar una familia. No pasará nada si no es Cameron.

—No te entiendo, hace un momento me has dicho que sería bueno darle una oportunidad y ahora me estás desanimando. —Miró a su hermana con intensidad—. ¿Acaso tú también tienes la

misma sensación que yo de que algo va a salir mal? ¿Por eso me estás diciendo estas cosas?

Rose negó con la cabeza y los tirabuzones castaño rojizo se agitaron alrededor de su hermoso rostro.

—¡Desde luego que nada va a salir mal, sácate esas cosas de la mente, que no te van a hacer ningún bien! —Agarró la mano enguantada de su hermana y entrelazaron los dedos—. Sigo pensando que debes darle una oportunidad, pero no te conformes con poco, Daisy. Quizá, cuando lo conozcas, no te acabe de agradar como tu futuro esposo, y si no te agrada no debes sentirte mal por ello. Sé que no te gusta desilusionar a nadie, piensas más en los demás antes que en ti misma, pero debes priorizar tu vida y tu futuro, en lo que es mejor para ti. ¿Lo harás?

—Sí, Rose. Aunque Cameron me gusta mucho. —Su rostro se iluminó, soltó un suspiro largo y apasionado—. Es muy apuesto. ¿No crees?

—Sí, reconozco que es muy apuesto. Pero debes exigir mucho más en un candidato. Una fachada bonita no es suficiente.

—Te tengo a ti y a Garrett de ejemplo, así que deja de preocuparte —declaró y sonrió con tanto énfasis que en su rostro parecía que habitaba la felicidad en todos sus matices.

—Será mejor que regresemos al baile antes de que empiecen las murmuraciones —sugirió.

Rose se levantó y su hermana la imitó. Se cogieron de la mano y se dirigieron al enorme salón de baile decorado ostentosamente. Tan pronto entraron, se toparon con Cameron. Daisy lo miró y se sostuvieron la mirada unos segundos. El marqués no era un hombre de bailes, de hecho, casi nunca bailaba y si lo hacía era por cortesía. Pero dejó a un lado su mal humor y dio un paso hacia ella.

—Señorita Daisy McJones, me honraría si bailara el siguiente cotillón conmigo.

La muchacha miró a su hermana mayor, ambas sonrieron.

—¡Por supuesto!

Cameron agarró la mano de su pareja y, en cuanto sintió la calidez de la piel calentar sus dedos fríos, no pudo evitar emitir un gemido de placer, que ocultó carraspeando de inmediato. Eran tan intensas las sensaciones que ella despertaba en él con un simple roce que pensó que no había sido buena idea pedirle un baile.

La música empezó a sonar, se movían agarrados de la mano y, de tanto en tanto, se unían a otras parejas entre compases y movimientos de pies, tal como exigía la coreografía del cotillón. Iban de aquí a allá y se dedicaban fugaces miradas.

—¿Le gusta bailar, milord? —preguntó ella siguiendo el compás de la música; se puso nerviosa cuando el aroma de cedro almizclado con un toque fresco herbal llegó a sus fosas nasales.

—No.

La respuesta dejó petrificada a Daisy, tanto que dio un traspié; por suerte, fue imperceptible y recuperó el paso rápido. Sin duda, él decía lo que pensaba y lo expresaba de una manera fría, como si no le importara el efecto que causaban en los demás sus respuestas. Estuvo a punto de

guardar silencio, sin embargo, se había propuesto conocer a Cameron.

—¿Por qué no le gusta bailar, milord?

Él le echó un vistazo rápido antes de seguir con los pasos de la danza.

—Porque los bailes existen solo para promover el coqueteo entre damas y caballeros; ellas se disfrazan de inocentes y cándidas féminas y ellos de galantes pavos reales. Y no creo que una dama y un caballero consigan averiguar si son compatibles entre baile y baile.

—Entonces, ¿usted qué sugiere para que una dama y un caballero se conozcan?

—Mucho me temo que las normas existentes hoy en día impiden un trato más personal. Será después del matrimonio cuando una dama y un caballero tengan la oportunidad de conocerse de verdad.

Daisy comprendió que Cameron si todavía no estaba casado era porque veía a todas las damas iguales: criaturas que se disfrazaban con vestidos preciosos simulando ser cándidos ángeles con el único objetivo de atrapar a un caballero. Supuso que a ella la vería igual y los ojos se le llenaron de lágrimas.

El baile terminó y Cameron se inclinó mientras decía:

—Ha sido un verdadero placer bailar con usted, señorita McJones.

Sin embargo, cuando recuperó la postura, el marqués vio a Daisy alejarse como si huyera de él y arrugó el entrecejo. ¿Acaso había dicho algo que la había molestado? Casi estaba seguro de que sí, no obstante, por más que rememoraba la escasa conversación que había mantenido con ella, no lograba adivinar qué era lo que la había perturbado de esa manera. Cameron contempló como otros caballeros la rodeaban, a algunos les había reservado una danza y no tardó en entrar a la pista de baile, de nuevo. De vez en cuando le lanzaba una mirada, pero en sus ojos azul turquesa logró ver la decepción y él apretó los dientes al darse cuenta de que estaba fracasando.

No quiso desesperarse, por lo que se fue a un salón donde estaban un grupo de caballeros, todos ellos casados, que fumaban puros y hablaban de política y negocios.

Mientras, Daisy seguía en la pista de baile. Acababa de bailar un reel con un joven que le arrancó la más absoluta indiferencia. Se tomó un descanso y divisó a su tía; cuando iba hacía ella se topó con lady Julie Cooper. La lady estaba en su sexta temporada y todos empezaban a considerarla una solterona. La dama era hermosa, tenía unos ojos grises vivaces, un cabello moreno brillante y lucía una silueta delgada y elegante. En ese momento llevaba un vestido satinado en rosa de cintura alta con perlas de adornos.

—Te he traído una limonada; te he visto cara de agobio y he pensado que necesitas unos minutos para recuperarte —manifestó la lady.

—Oh, muchas gracias. Cierto, estoy algo tensa y también tengo calor —reconoció Daisy agarrando su vaso de refresco.

—Estos caballeros pueden resultar bastante tediosos.

Daisy miró a Julie, que no gozaba de muy buena reputación. Además, el día que la conoció, dos años atrás en el parque de Hyde Park, se comportó groseramente con sus hermanas y ella.

Aun así, en ese momento la estaba tratando con mucha amabilidad y empezaba a caerle bien.

—Te confieso que tengo ganas de que acabe el baile —manifestó la debutante.

—¡Pero si eres la estrella esta noche!

Daisy miró el interior de su vaso.

—Pero no he brillado lo suficiente... —susurró alzando la mirada.

Julie arrugó el entrecejo.

—El marqués de Befast es un ogro, no le hagas caso. Creo que mereces otro tipo de pretendiente.

—¿Tú crees?

Julie se acercó a ella y deslizó su mano por el brazo de Daisy en un gesto de camaradería.

—¿Qué te parece si mañana vengo a buscarte y vamos las dos a dar un paseo? Te puedo hablar de todos los nobles y cómo son, así te harás una idea y podrás escoger al mejor.

A Daisy le brillaron los ojos. No podía creerse que ella se tomara tantas molestias. Empezó a pensar que la gente que hablaba mal de ella estaba equivocada.

—¡Me encantaría!

Por el rabillo de ojo, Daisy vio a su tía hacerle un gesto con la mano en el aire, le hizo una señal para que se acercara. Su tía formaba parte de un corrillo de damas.

—Me tengo que ir, la duquesa me necesita. Entonces, ¿nos vemos mañana? —quiso asegurarse la debutante.

—Por supuesto —dijo la lady esbozando una larga sonrisa.

Daisy asintió y se marchó. Julie dejó de fingir y la fulminó con la mirada mientras caminaba hacia la tía. Se había prometido vengarse de las hermanas McJones. Desde que esas muchachas pisaran Londres todo le había ido de mal en peor. Rose le había arrebatado a Garret Price y, también, por culpa de la condesa su hermana Olivia se había casado con Conrad Price. Solo de pensar que ella estaba viviendo feliz en Georgia junto a su marido se le encendía la sangre. No entendía cómo Olivia, que carecía de la belleza lozana por la cual ella destacaba, había podido atrapar a un hombre. Después de todos los esfuerzos que invirtió en Garrett, unos esfuerzos que se fueron al traste por esas escocesas, su rabia crecía a cotas peligrosas. Ooooh, pero, aunque fuera lo último que hiciera en la vida, encontraría la manera de vengarse. Y empezaría por Daisy.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Alexia en cuanto su sobrina se unió a ella y a las demás ladies; apartó a su sobrina del corrillo—. No me fío de Julie, vigila con ella —mencionó en un tono bajo para que solo lo escuchara la muchacha.

—No te preocupes, tía Alexia, Julie no es como dicen. Además, no hay nada de malo en fraternizar con ella un poco. De hecho, ha sido encantadora y mañana pasará a buscarme para dar una vuelta por el parque.

Alexia no pudo replicarle y decirle que no le gustaba Julie, pues las interrumpió una dama.

—Es usted una joven hermosa —mencionó la sexagenaria mirando a la muchacha—. Y su vestido es precioso, señorita McJones.

—Estoy de acuerdo —mencionó otra mientras se abanicaba el rostro.

Pero la duquesa no prestaba atención a los cumplidos que empezó a recibir su sobrina de todas las damas. Tenía la mirada puesta en Julie, a la que vio desaparecer entre la gente. No se fiaba de esa mujer, era como una tarántula que se acercaba a su presa en sigilo y atacaba por sorpresa. Y Daisy era una presa demasiado inocente que terminaría devorada por una mujer que respiraba maldad. Ya hacía tiempo que se había dado cuenta de que la animadversión de Julie contra sus sobrinas, y que traspasaba toda comprensión, no traería nada bueno. Su amiga Lousia la mantenía informada de las falsedades que solía comentar de sus muchachas en los actos a los que esta acudía. Por suerte, su lengua de víbora no había podido envenenar a nadie y cada vez se encontraba más sola.

De hecho, esa noche no la hubiera invitado si no hubiera sido por sus padres, los barones de Merrick. A decir verdad, no entendía cómo su hermana Olivia era tan diferente teniendo los mismos padres. Era una mujer que no necesitaba la belleza exterior de la cual gozaba Julie, porque su gran corazón y su carácter cariñoso y dulce resplandecían por sí solos. Tanto era así que el hermano de Garret, Conrad Price, se había quedado prendado y terminaron casándose. No quiso pensar más en Julie; esa noche era importante para su amada sobrina y nada lo estropearía. Sin embrago, la vigilaría de cerca para evitar que hiciera daño a Daisy.

Capítulo 3

Cameron Wood llegó a Befast Palace montado sobre un semental tan negro como su atuendo, ojos y cabello. Había salido a media mañana para invitar a Daisy a dar un paseo por Hyde Park, pero ya había salido con lady Julie Cooper. El marqués ordenó a su caballo que se detuviera frente a Befast Palace.

No hacía falta decir que se puso de mal humor, porque era consciente de que la noche anterior, durante la cena y el baile, no había progresado en su objetivo de conquistar a la dama y quería disculparse al considerar que no estuvo demasiado atento, quizá, incluso, fue brusco. Lo sospechaba por la manera en que la muchacha se alejó de él cuando terminaron de bailar el cotillón. Después de darle muchas vueltas durante la noche en su lecho, concluyó que la había ofendido cuando le habló de que los bailes promovían el coqueteo entre damas que se disfrazaban de inocencia y caballeros que actuaban como pavos reales. Sin darse cuenta la había insultado y estaba dispuesto a subsanar ese error. De hecho, para redimirse, pensaba organizar una cena y le mostraría que no era tan descortés como debía imaginarse en esos momentos.

Lo cierto era que no podía dejar de pensar en Daisy. Aún lo perseguía el aroma suave, dulce y tentador que desprendía cuando bailó con tan exquisita dama. Le recordaba a un pastel bañado con whisky, que dejó todos sus sentidos ebrios de pasión. Había algo en ella que lo enloquecía y lo arrastraba hacia un lugar desconocido. Debería tener miedo, pero no era así, ya que su interior cobraba más fuerza, como si en él habitara un león.

Cameron entregó su semental al mozo de cuadra y entró a su hogar. En el *hall*, el mayordomo lo ayudó a quitarse el abrigo y la levita. Inmediatamente después, el marqués empezó a deshacerse del gorro y de los guantes mientras decía:

—Voy a invitar a la duquesa de Kingeston, a su sobrina la señorita Daisy McJones y a los condes de Hampford a cenar. Quiero que reúnas al servicio para darles órdenes al respecto, todo tiene que salir bien.

—Como usted ordene, milord. —Se aclaró la garganta mientras agarraba las prendas de su señor—. Tiene una visita en la biblioteca.

El tono comedido y el carraspeo del mayordomo pusieron sobre aviso al noble.

—Si se trata de una visita indeseable informe de que hoy no puedo atenderla.

—Milord, no puedo hacer eso. Se trata de su hermano, lord Orson Wood, lo espera en la biblioteca.

El cuerpo de Cameron se tensó como una cuerda a la que ponían al límite y que amenazaba con romperse. La mandíbula se le quedó rígida y sus ojos se encendieron de furia. Maldijo con tanto ímpetu que el mayordomo palideció al darse cuenta del mayúsculo enfado del marqués.

Con pasos largos y firmes, que resonaban por los anchos pasillos enmoquetados, se dirigió a la biblioteca. La puerta de doble batiente y manillas doradas estaba abierta. Cameron se quedó allí de pie bajo el dintel.

La biblioteca era enorme, las paredes estaban forradas por estanterías de roble que llegaban hasta un techo cubierto con plafones donde había representaciones pictóricas de la antigua Grecia. Los estantes permanecían repletos de libros y había una escalera, que se desplazaba de un lado a otro, para poder llegar a los volúmenes de la zona superior. Su hermano Orson estaba frente a la enorme chimenea de mármol rojizo custodiada por unas columnas romanas. Sobre la repisa, en la pared, estaban el escudo y la espada con la que su antepasado había luchado en la guerra de los Cien Años. Orson había descolgado la espada y miraba el filo plateado completamente abstraído.

—¿Se puede saber qué haces en Londres? —preguntó en un tono furioso Cameron mientras se acercaba a él; este se dio la vuelta con brusquedad, el marqués detuvo sus pasos cuando su hermano posó la afilada punta en su corazón; se desafiaron con la mirada—. ¿Quieres terminar el trabajo que no pudiste finalizar hace diez años cuando salimos con un grupo de nobles a cazar?

Orson sonrió con sorna.

—Tuviste suerte ese día. —Miró el pecho robusto de su hermano—. Un centímetro más abajo y te hubiera dado de pleno en el corazón.

—Sigues sin arrepentirte de tan deleznable acto, ¿verdad? —le recriminó Cameron, la cicatriz quemaba en su pecho.

—Solo me arrepiento de no haber tenido buena puntería —aseveró con una mirada gélida.

—Casi conseguiste tu objetivo, estuve entre la vida y la muerte durante días. Y ni mi sufrimiento logró sembrar en tu corazón un poco de arrepentimiento.

—Por favor, no me aburras con tus lecciones morales —dijo entre risillas burlonas—. Yo no tengo corazón, Cameron. Parece mentira que aún conserves esperanza de que me convierta en un hombre cabal. ¿Te creías que cambiaría al enviarme a Georgia?

—Sedujiste a la hija de un baronet y tuve que arreglar el asunto. —Cabeceó al tiempo que las aletas de su nariz se ensanchaban de furia; su hermano era sinónimo de dolores de cabeza, de hecho, sabía cuál era el motivo de su odio—. Nunca aceptaste que fuera yo el marqués de Befast.

—Lo eres solo por diez minutos. ¡Diez malditos minutos! —pronunció con furia—. El título me pertenece tanto a mí como a ti.

—Diez minutos de diferencia entre mi nacimiento y el tuyo fueron suficientes para

convertirme en el marqués de Befast. Además, el título en tus manos perdería toda la grandiosidad amasada durante generaciones debido a tu disoluta vida. —Lo miró de arriba abajo y abrió las manos para enfatizar sus palabras—. Solo hace falta mirarte para darse cuenta de ello.

—Y lo haría con gusto, créeme. —Miró a su alrededor—. La vida sin vicios no merece ser vivida. Yo al menos vivo, Cameron, tú eres incapaz de hacerlo; cuanto más mayor, más te pareces al ogro de nuestro padre.

Orson se dio la vuelta y dejó la espada en su sitio, junto al escudo en cuya superficie había representado el blasón familiar: un león de perfil se sostenía con las dos patas traseras, y sus fauces abiertas mostraban unos colmillos fuertes y enormes. Después, se centró en su hermano.

—Sigues siendo un ser despreciable —soltó entre dientes Cameron fulminando a su gemelo con la mirada.

Sin embargo, a Orson poco le afectaban las críticas.

—Llevamos la misma sangre y somos hermanos, aunque te pese.

—Esa es mi desgracia, Orson. Si no fueras mi hermano estarías pudriéndote en la cárcel.

—Hasta para eso fuiste un cobarde. No tuviste valor de delatarme y todos creyeron que fue un accidente de caza.

Cameron dio un paso al frente, se miraron a los ojos, apenas los separaba un palmo de distancia. Eran gemelos y se parecían como dos gotas de agua: cara redonda, ojos almendrados en un tono oscuro y cabello negro, ondulado y ligeramente largo, que los hermanos peinaban hacía atrás. La única diferencia era que el marqués tenía la barbilla y parte de las mejillas cubiertas por una ligera barba que le otorgaba más seriedad, si cabe, y su gemelo tenía la cara bien rasurada.

—Tú lo llamas cobardía, yo lo llamo responsabilidad —se defendió el marqués—. Por nada del mundo pondría nuestro apellido en un aprieto. La vergüenza hubiera sido enorme.

—Nuestros padres te enseñaron bien...

—¡Cállate! Ya tengo bastante —dijo a voz en grito interrumpiéndolo; inspiró en un intento por calmarse y continuó—: No eres bienvenido en Befast Palace. Quiero que regreses ahora mismo a Georgia.

—No puedo irme. —Se dirigió a la puerta acristalada que daba al exterior, cerca había un aparador con una licorera con whisky y se sirvió un trago—. Se me ha terminado el dinero y necesito más. —Se bebió el contenido del vaso de golpe.

Cameron se acercó a él en ademán amenazante; si bien en el exterior estaba nublado, había suficiente luz para apreciar que en los ojos oscuros del marqués refulgía la cólera.

—Te di dinero suficiente, Orson. Hicimos un trato, ¿recuerdas?

—Yo desaparecía de tu vida a cambio de una renta anual.

Se sirvió otro trago; Camerón le arrancó la licorera de las manos.

—Quedamos que te daría quince mil libras al año. Es una cifra más que considerable y te da suficiente para vivir con lujos y poder permitirte todos tus vicios.

—¡Es una limosna comparada con lo que tienes! —aulló tirando el vaso al suelo, se hizo añicos; ninguno de los dos pestañeó.

Cameron dejó la licorera en el aparador.

—Trabajo duro para hacer crecer el patrimonio de nuestros antepasados. Mientras, tú te dedicas a vivir la vida, ese tipo de vida que hace un momento me has echado en cara, como si vivir de esta manera fuera una virtud. —Cabeceó al tiempo que hacía una mueca de asco—. No sirves para nada, Orson. Pertenecer a la casta de los Befast significa respetar y respetarse, algo de lo que no tienes ni idea. Nuestros padres se dieron cuenta y por eso fueron más duros conmigo. Había que proteger como fuera la dignidad de nuestro título y sabían que yo estaría a la altura.

Orson alzó la mano para propinarle un puñetazo, sin embargo, el marqués lo agarró de la muñeca, impidiendo que lo golpeara.

—Te lo advierto, Orson. Hace diez años me cogiste desprevenido, pero ya nunca más. —Su hermano se debatió por liberar su brazo, pero el marqués se lo impidió—. No dudaré en devolverte los golpes, y es una amenaza. —Fue entonces cuando lo soltó.

Orson se dirigió a la salida, se detuvo y se dio la vuelta.

—No voy a irme hasta que me des más dinero. —Dicho esto, se marchó.

Cameron respiraba con agitación, pues sus temores se habían hecho realidad: Orson había regresado. Ya unos años atrás, cuando llegaron a un pacto, supo que no sería suficiente para perderlo de vista para siempre. En el momento que Orson aceptó sus condiciones de marcharse lejos para recibir el dinero cada año, dio por hecho que, tarde o temprano, regresaría de América exigiendo más. Su hermano gemelo nunca cumplía su palabra, la maldad era una cualidad en su persona. Nunca cambiaría y sabía que le haría la vida imposible.

Cameron se acercó a la pared donde había una anilla colgada de una cadena dorada, tiró de ella sabiendo que abajo una campanilla avisaría al mayordomo para que acudiera a su llamada.

El sirviente no tardó en aparecer.

—¿Necesita algo, milord? —preguntó haciendo una reverencia.

—Quiero que el servicio vigile a mi hermano mientras permanezca en Befast Palace. Es capaz de robar, incluso de envenenarme si tiene ocasión, así que estad alerta.

El mayordomo no hizo ningún gesto de sorpresa, evidenciando que todos en esa casa sabían cómo era Orson Wood, un hombre que era mejor tenerlo lejos.

***

La duquesa estaba sentada en uno de los sofás neoclásicos de la estancia frente a la chimenea encendida. En el exterior la lluvia había dejado de caer y esa mañana habían descartado salir a pasear un rato, por lo que sus sobrinas y ella se quedaron en casa.

—Tía Alexia, ¿cuál vestido te gusta más? —preguntó Daisy irrumpiendo en el salón familiar de Kingeston House.

Alexia levantó el rostro del diario *Quarterly Review*. Reconocía que no era una lectura demasiado apropiada para una dama como ella, pero le gustaba estar al tanto de lo que pasaba en Londres. Su excelencia miró a través del monóculo el vestido que su sobrina sostenía en su mano derecha, una exquisita pieza en color rosa malva con adornos centelleantes, y en la otra sujetaba un maravilloso vestido plateado.

—¿Es para la cena de esta noche en Befast Palace? —indagó la duquesa dejando el diario sobre su regazo.

—Sí.

Lily y Violet estaban en el otro sofá neoclásico, ambas estaban leyendo un folleto sobre moda francesa, pero lo habían dejado a un lado para centrarse en los vestidos de su hermana.

—A mí me gusta el rosa —opinó Lily.

—Y a mí el plateado —señaló Violet.

Su excelencia hizo una mueca.

—Con cualquiera de los dos impresionarás al marqués —aprobó la noble y esbozó una franca sonrisa.

—Creo que aunque fuera desnuda a la cena llamaría su atención —declaró la debutante haciendo un mohín.

A la duquesa se le cayó el monóculo debido a que alzó las cejas sorprendida por el atrevido comentario.

—¡Daisy, por lo que más quieras, no escandalices a tus hermanas con tales comentarios! —la riñó la tía.

Las dos hermanas se taparon la boca con la mano para evitar que se les escapara la risa.

—Excelencia, el detective Will Baley quiere verla —irrumpió el mayordomo haciendo la reverencia de rigor.

La duquesa se levantó y el *Quarterly Review* cayó al suelo.

—Hazlo pasar aquí —ordenó.

El sirviente se acercó a su señora y cogió el diario; mientras hacía una reverencia, dijo:

—Como usted ordene, excelencia.

—Vamos, queridas, quiero hablar a solas con el señor Baley —pidió la tía mirando a sus sobrinas mientras el sirviente salía del salón familiar.

Las muchachas asintieron; entre tanto caminaban hacia la salida, seguían discutiendo cuál era el mejor vestido para la cena. Sus voces fueron desapareciendo a medida que se alejaban por el pasillo.

Alexia se sentó en el sofá y se llevó la mano a la frente, estaba tan nerviosa que empezó a sudar. Era un sudor frio y pegajoso que la hizo sentir incómoda. Se removió en el asiento y rezó en silencio para que el detective trajera buenas noticias.

El mayordomo entró y se apartó a un lado para dejar pasar al detective.

—Buenos días, excelencia —saludó Will agarrando los dedos que ella le extendía para

proceder con el protocolario saludo.

—Buenos días, señor Baley. Por favor, tome asiento —dijo la dama señalando el sofá de enfrente.

—Como guste, excelencia —expresó el hombre, se apartó los faldones de su levita y tomó asiento.

—Tráiganos un té y unas galletas —ordenó la duquesa al mayordomo.

Su excelencia miró al detective. Si bien habían mantenido correspondencia para informarla sobre la investigación de su hijo, no lo había visto desde hacía dos años y reconocía que no había cambiado mucho. A sus sesenta y dos años, seguía teniendo un porte elegante. Mantenía en la cabeza una envidiable mata espesa de cabello rubio oscuro en el que predominaban las canas. De hecho, el único cambio destacable en ese tiempo sin verlo era que los cabellos blancos ya superaban los de color. Bueno, y alguna arruga más cerca de sus ojos pardos. Por lo demás, los años parecían no castigarlo demasiado.

—Señor Baley, me dijo que traería buenas noticias —mientras hablaba se restregaba las manos en un gesto evidente de nerviosismo—, así que excuse mi poca cortesía, pues la incertidumbre me tiene en un estado nervioso bastante agitado, y no tendrá problema en ir al grano; de hecho, se lo pido.

—Contaba con ello, excelencia. Y no tiene por qué disculparse.

Hizo una pausa que a la duquesa le resultó eterna.

—Por favor, siga... —pidió con voz temblorosa ella.

—He encontrado a su hijo.

La duquesa se alzó y se llevó la mano al pecho. En ese instante, el mayordomo entró y depositó el servicio de té en la mesita. Alexia sintió que su mirada se desenfocaba y empezó a tambalearse. El detective se levantó y la agarró por el codo.

—¿Se encuentra bien, excelencia?

La mujer miró al detective con sus ojos gris claro vidriosos.

—No mucho...

—Siéntese.

—Traeré el bote de sales —mencionó el mayordomo al percatarse del desvanecimiento de su señora.

Alexia notaba que todo a su alrededor daba vueltas; poco a poco la estancia se difuminaba ante sus ojos como si fuera niebla que espesara a cada segundo. El detective le había dicho que había encontrado a su hijo Edward y temía haberlo escuchado mal. Notaba latir su corazón tan deprisa que le dolían las costillas. Su respiración era tan intensa que la escuchaba en sus oídos de una manera fantasmagórica. Estaba al borde de desmayarse y sacó fuerzas para mantener su conciencia despierta y no desplomarse al suelo.

Apareció el mayordomo y abrió el botecito de cristal, lo puso bajo la nariz de su señora. Ella inspiró el vaho que desprendía y el aroma fuerte filtró en sus fosas nasales. El latigazo que

experimentaron todos sus sentidos ahuyentó los nubarrones que se habían instalado en su mente y su mirada. Con la mano, apartó el bote y, entonces, recuperó la compostura.

—¿Se encuentra mejor, excelencia? —preguntó el detective con el rostro contraído debido al susto.

—Sí, gracias. Por favor, déjenos solos y cierre la puerta al salir —ordenó ella al mayordomo; no quería hablar de su hijo frente al servicio, era consciente de que el cotilleo se extendería como la pólvora.

El sirviente tapó el bote de sales aromáticas y se marchó.

—Puedo venir más tarde —sugirió el detective mirando el rostro ceniciento de su excelencia.

—Ni lo sueñe...—Las lágrimas aparecieron en los ojos de la dama—. Háble me de mi hijo.

El detective se sentó de nuevo.

—Dejó a su familia y abandonó Irlanda para buscarse un futuro mejor en Londres.

—¿Lo ha visto?

—No, pero le estoy siguiendo la pista y pronto sabré dónde está.

Ella asintió.

—En cuanto lo sepa, venga a buscarme, quiero verlo —dijo con una desesperación que le estaba resultando imposible ocultar.

—Excelencia, no creo que eso sea prudente, debo cerciorarme de que sea él y no otro.

—Pero...

—Excelencia, ha esperado muchos años, solo le pido unos días más. Debemos llevar este asunto lo más discretamente posible. Nadie puede enterarse, de momento.

La duquesa miró las llamas y meditó. Suspiró al percatarse de que el detective llevaba razón.

—Está bien, pero no se demore, por favor.

—No, solo serán unos días más, no más de una semana.

Will Baley no tardó mucho en despedirse. El mayordomo lo esperaba a la salida y le entregó su gabán y sombrero. Un lacayo aguardaba en el exterior para ayudarlo a subir a su faetón, un carruaje con las dos ruedas delanteras más pequeñas que las traseras y tirado por un par de caballos. Will se animó a comprárselo porque era un vehículo muy práctico en ciudades grandes como Londres y porque le gustaba alardear de ser un hombre rico y respetable a pesar de no formar parte de la aristocracia.

Después de sentarse y taparse las piernas con una manta, ordenó a los équidos ponerse en marcha agitando las riendas sobre los lomos de los animales y puso rumbo a la prisión Fleet, ubicada en la orilla del río que le daba nombre. El trayecto fue húmedo y frío, de tanto en tanto caía alguna gota. Su vehículo no tenía capota, pero, en el cielo, las nubes parecían adelgazarse más y más, y presagiaban que no volvería a llover por el momento. A medida que se acercaba a su destino, las calles adoquinadas dejaron paso a unos caminos llenos de barro y charcos. No tardó en divisar los muros altos y rojos del edificio.

El vehículo se detuvo frente a la prisión y él se apeó. Le encargó a un agente que le vigilara el

carruaje. Caminó deprisa a fin de no mojarse, sobre todo, tuvo cuidado de no pisar ninguna charca, pues no quería ensuciar sus relucientes botas nuevas. Will Baley era de gustos caros y hacía años que había encontrado la manera de mantener su elevado nivel de vida. Todos creían que era fruto de su trabajo, el cual le había abierto muchas puertas, sobre todo en negocios de éxito. Lo cierto era que siempre había sido realista, pues un agente de la ley no ganaba lo suficiente para vivir como un noble, así que había sido «creativo».

Los guardias que custodiaban la entrada lo reconocieron, ya que Will era un reputado detective en Bow Street y habían sido muchas las veces que había acudido al lugar para interrogar o encerrar a algún maleante. El alcaide lo recibió con amabilidad y el detective le pidió que sacara a Humphrey Pyn del calabozo —que compartía con unos cincuenta delincuentes más — y lo llevara a una dependencia aislada, ya que quería hablar con él. El alcaide no tuvo problema en satisfacer las demandas del famoso detective.

Will entró en una pequeña sala donde solo había una mesa y dos sillas bastante deterioradas. El reo lo esperaba sentado en uno de los asientos y ni siquiera se molestó en levantarse. El detective se acercó y se sentó en la otra silla, frente a él. Arrugó el entrecejo, el delincuente olía a mofeta; se sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su levita y se tapó la nariz, cosa que arrancó las risillas burlonas de Humphrey.

—¿Tienes fama de ser un tipo duro y no aguantas que un hombre apeste? —soltó el reo, observó los ropajes caros de Will e hizo una mueca de asco—. Veo que te has convertido en uno de ellos. Qué decepción, lástima que nadie vea cómo eres en realidad.

Will lo miró, tenía el aspecto de no haberse aseado durante meses. Llevaba los ropajes tan sucios que no se apreciaba el color, y la cara la cubría una pátina de mugre negra que hacía resaltar el verde intenso de sus ojos.

—¿Y cómo soy en realidad? —le increpó el detective, todavía con el pañuelo tapando su nariz, que provocó que las palabras quedaran amortiguadas.

—Eres un ladrón como yo, pero de peor calaña. Tendrías que estar encerrado en Fleet también, ambos lo sabemos.

Will echó la cabeza hacia atrás y se rio. Se guardó el pañuelo en el bolsillo, podría soportar esa peste un rato más.

—Y eso lo dice el hombre que seducía a las damas para robarles.

—Un dinero y unas joyas que tú te quedaste. ¿A cuántos más les hiciste lo mismo?

La sonrisa torcida del detective delató que se lo había hecho a muchos más.

—El magistrado que dictó tu sentencia dice lo contrario: fuiste condenado por ladrón y nadie creyó tu versión —espetó Will.

—Una vez en la vida que dije la verdad y no me sirvió de nada. —Tenía las manos con grilletes entre sus piernas, las alzó y las puso sobre la mesa con fuerza; el sonido de las cadenas resonó por las cuatro paredes—. ¡Y por tu culpa me estoy pudriendo en esta cárcel! —Miró a la puerta que tenía unos barrotes, nadie los estaba escuchando, y se le pasó una idea por la cabeza...

Los grilletes no eran impedimento para matarlo—. No sabes las ganas que tengo de estrangular tu cuello ahora mismo —amenazó entre dientes.

—No lo harás, porque vengo a sacarte; será la única oportunidad que tendrás de salir libre —hizo una calculada pausa— y sin cargos.

Humphrey achicó los ojos y estudió el semblante del detective para averiguar sus verdaderas intenciones. Sin embargo, no pudo llegar a ninguna conclusión, pues él era un maestro en ocultar su verdadera naturaleza ruin. Todos lo agasajaban creyendo que era un hombre de honor que atrapaba a los delincuentes más peligrosos, pero no era mejor que él o que cualquier otro preso que había en la maldita cárcel.

—Vaya, ¿te remueve la conciencia? —se burló el reo.

Will lo ignoró.

—La mayoría de los que están en Fleet los he apresado yo, no te necesito Humphrey; de hecho, me sirve cualquier otro. Pero tú sí que me necesitas. ¿Quieres salir de este agujero?

El delincuente hizo rechinar los dientes, bien sabía que no tenía alternativa.

—Sí, ¿qué tengo que hacer?

—Te harás pasar por el hijo perdido de la duquesa de Kingeston.

Capítulo 4

Mientras Cameron esperaba a sus invitados en la biblioteca, meditaba si había sido una buena idea celebrar esa cena. Orson lo odiaba y haría todo lo posible para que la velada fuera un fracaso. Si una cosa haría feliz a su hermano, era ver cómo fracasaba en su empeño de buscar esposa y engendrar herederos.

—Milord, los invitados han llegado —informó el mayordomo desde la puerta doble abierta de par en par.

Cameron bufó; como imaginaba, Orson no estaba preparado y haría acto de presencia a media cena, un gesto muy descortés de su parte, y muy típico de él. Aun así, casi le resultó una bendición, con un poco de suerte no aparecería en toda la velada. Se levantó y fue a la entrada a recibirlos.

En ese momento el carruaje se detuvo y un lacayo abrió la portezuela. Descendió Garrett Price, el conde de Hampford, que ayudó a su esposa Rose a apearse; después, a la duquesa y, por último, a Daisy. En cuanto la muchacha cruzó sus ojos azules turquesa con los negros de él, Cameron sintió la sangre hervir en sus venas, pero obligó a su cuerpo a recuperar el temple.

Después de saludarse, entraron y las damas se deshicieron de sus capas. Cameron miró disimuladamente a Daisy, estaba preciosa con su vestido rosa malva con adornos centelleantes. Llevaba un tocado floral en el cabello recogido en una cascada de tirabuzones. Toda ella era poesía para su mirada.

Caminaban todos hacia el comedor por el ancho pasillo cubierto de alfombras cuando hizo acto de presencia Orson.

—Buenas noches, damas y caballeros —saludó alargando las sílabas; los invitados y el anfitrión se dieron la vuelta.

—Entonces, son ciertos los rumores acerca de su regreso, milord —meditó la duquesa mirándolo de arriba abajo.

—Regresó hace un par de días para arreglar un asunto e irse de nuevo —explicó el marqués.

Sin embargo, Orson no prestaba atención ni a uno ni a otro; en cuanto vio a Daisy, sus ojos se quedaron pegados a la mujer. Así que era cierto lo que había averiguado en los pocos días que

hacía que estaba en Londres. La dama que cortejaba su hermano era de una belleza que cortaba el aliento. Incluso tenía el permiso de la duquesa para que se casara con ella. Pero él no lo iba a permitir.

—Si hubiera sabido que en Londres había una dama tan hermosa, sin duda hubiera regresado antes —manifestó con la mirada encendida—. Hermano, ¿no vas a presentarme a esta diosa?

Daisy enrojeció y agachó la cabeza, sus ojos quedaron ocultos tras sus largas pestañas. Cameron miró a uno y a otro, apretó los puños a su costado y reprimió el impulso de apartarlo de Daisy de un empujón.

—Señorita McJones, le presento a mi hermano, lord Orson Wood —informó el marqués, apretó los labios cuando su hermano besó los dedos enguantados de la dama, después miró en dirección a los demás invitados—. A su excelencia y al conde ya los conoces, y ella es su esposa, la condesa de Hampford, que es la hermana de la señorita McJones.

—Encantado —manifestó Orson inclinándose frente a la condesa y besó su mano.

Pero él solo prestaba atención a Daisy. Encontraba a la joven muy hermosa y apetecible. Tenía pensado disfrutar de su cuerpo cuando se la arrebatara a su hermano delante de sus narices. Cameron casi dedujo sus pensamientos y, como lo tenía al lado, le dio un empujón con disimulo para alejarlo un poco de ella y para que dejara de mirarla tan descaradamente, algo nada adecuado. El gesto no pasó inadvertido por la duquesa, Rose y Garrett, que se miraron entre ellos.

—Sin duda, los comentarios que he escuchado sobre su belleza, los pocos días que hace que estoy aquí, no le hacen justicia, señorita McJones —expresó Orson; disfrutaba viendo la cara agria de su hermano—. La primavera palidece ante su presencia.

—Es usted muy galante —murmuró la muchacha complacida.

—Oh, milord, guárdese sus cumplidos —increpó la duquesa dejándole claro a Orson que no permitiría que cortejara a su sobrina—. Tal vez sus palabras causen efecto en las jovencitas, pero yo ya soy una vieja loba con experiencia y usted sigue siendo el mismo sinvergüenza de siempre.

Garrett y Rose tuvieron que esforzarse en ocultar las risas. Sin duda, tía Alexia era la mejor guardiana que podía tener Daisy.

Orson ocultó su rabia y simuló una sonrisa cordial.

—Excelencia, es usted una dama muy exigente —le replicó—. Y puedo asegurarle que no soy el mismo muchacho alocado de antes.

—Discúlpeme, pero lo dudo mucho —sentenció fulminándolo con la mirada.

Cameron contempló a ambos. No negaría que disfrutaba viendo como la duquesa marcaba distancias entre su sobrina y su hermano. Orson decía que había cambiado, pero los hombres como él nunca cambiaban y su excelencia, por suerte, parecía saberlo también.

—Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad —espetó Orson, obligándose a emplear un tono tranquilo, volteó el rostro y miró a Daisy—. Señorita McJones, ¿cree que una persona puede redimirse?

Daisy abrió los ojos sorprendida por que quisiera saber su opinión.

—Claro que sí, la bondad reside dentro de nosotros; algunas veces tarda más tiempo en aflorar.

Orson miró a la duquesa.

—Excelencia, su sobrina es más compasiva que usted.

—A diferencia de mi sobrina, yo tengo más años a cuestas y mi experiencia con la vida me ha demostrado que hay casos perdidos con los que no vale la pena perder el tiempo.

—Sé que sabe tocar muy bien el clavicémbalo —mencionó Cameron a Daisy, intentando, con el cambio de tema, suavizar el ambiente tenso—. Después de la cena, podría deleitarnos con alguna pieza.

—Será un placer, milord.

Sin embargo, Daisy no miraba a Cameron, sino que estiró el cuello para observar por encima del hombro del marqués a Orson, al que le dedicó una sonrisa recatada. Lord Befast notó como la rabia inflamaba sus venas, sin embargo, no podía hacer nada por evitarlo.

—¡Por favor, hermano, no atosigues a nuestra invitada! —exclamó Orson y, apartando a Cameron con un ligero empujón, le ofreció el brazo a Daisy—. Concededme el placer de que la guíe hasta el comedor.

Daisy enrojeció de nuevo al tiempo que posaba su pequeña mano enguantada en el pliegue del codo. Ella no entendía cómo Cameron y Orson, que eran como dos gotas de agua, en el fondo fueran tan diferentes. El primero era serio y autoritario, vestía siempre de negro y creaba a su alrededor un halo oscuro. Además, mostraba una personalidad inaccesible, como si viviera recluido en una cueva alejado del mundo y la gente. En cambio, el segundo era vivaz y alegre, y sus ropajes estaban muy lejos de ser lóbregos; esa noche lucía unas calzas claras, un chaleco granate y una levita azul claro. La única diferencia física entre los hermanos era que Cameron lucía una ligera barba y Orson tenía el mentón y las mejillas bien rasuradas. A su inocente corazón le atraía el entusiasmo de Orson, capaz de arrancarle las más radiantes sonrisas cuando le dedicaba comentarios tan galantes.

El marqués soltó un disimulado gruñido al verlos tan juntos, que, por suerte, no oyeron los invitados, salvo la duquesa, que era la que estaba más cerca de él. Aun así, su excelencia disimuló no haberlo escuchado.

Mientras la pareja caminaba delante de los demás, a nadie le pasaron inadvertidas las sonrisas luminosas que le dedicaba Daisy a Orson. Cameron se sintió frustrado, pues a él todavía no le había sonreído de esa manera en la que sus ojos parecían dos brillantes piedras turquesas. Se esforzó en no darle importancia, más que todo porque quería impresionarla esa noche y necesitaba no ponerse de mal humor.

La duquesa también era consciente del impacto que había causado Orson en su inocente sobrina. Él era un mal bicho, pero Daisy no veía la maldad en las personas y temía que ese hombre desplegara sus estrategias para conquistarla. Sabía que su objetivo no sería otro que

fastidiar a su hermano Cameron, al que siempre había odiado. De hecho, era algo que todos sabían, además, el marqués había evitado, en más de una ocasión, que su gemelo causara algún escándalo que pusiera en aprieto el buen nombre de la familia. Como en aquella ocasión cuando Orson sedujo a la hija de un baronet y, después de deshonrarla, se negó a reparar el daño casándose con ella. El baronet casi lo bate a duelo, pero la rápida intervención del marqués de Befast evitó el escándalo. Encontró a un pretendiente rico y con título que no dudó en casarse con ella, a pesar de la falta. La dama tuvo suerte, no cualquier hombre hubiera aceptado una mujer mancillada, pero existían los milagros. A su hermano lo envió a Georgia para que no le causara más problemas a cambio de darle una renta cada año. Ella era de las pocas personas que sabían eso, pues el baronet fue un buen amigo de la familia de su esposo Edward y se lo comentó, sabiendo de antemano que ella guardaría el secreto.

Sin más, entraron en el comedor que había escogido Cameron para la ocasión. A Daisy le fascinó lo amplio que era: los suelos estaban cubiertos por alfombras de calidad en tonalidades azul oscuro y ocres, había molduras en paredes y techos blancos. Las ventanas las vestían cortinas de terciopelo en las mismas tonalidades que las alfombras. Una enorme mesa rectangular estaba ubicada en el centro, cuyas sillas tenían el respaldo cuadrado y estaban tapizadas en colores terrosos. Del techo colgaban dos arañas; la luz de las velas se filtraba por los pequeños cristales y creaba motas centelleantes por toda la estancia, como si fueran pequeñas estrellas.

No obstante, Orson siguió agasajando a Daisy, a pesar de la advertencia velada de la duquesa.

—Señorita McJones, ¿me concederá el placer de sentarse a mi lado?

La muchacha no le dio tiempo a contestar, ya que Cameron intervino.

—La señorita McJones es mi invitada de honor, así que se sentará a mi derecha.

Orson miró a su hermano y dejó que él viera la furia que destilaban sus ojos negros. Observó como acompañaba a la dama a su lugar y retiró la silla para que se sentara. Garrett hizo lo mismo con su esposa; se acomodaron al lado izquierdo del marqués ubicado en el cabezal de la mesa. Orson se vio obligado a ofrecer asiento a la duquesa, esta se colocó junto a Daisy. Como era de esperar en una cena de etiqueta, empezaron con una sopa.

—¿Le gusta Georgia, milord? —preguntó Garrett mirando a Orson, estaban frente a frente.

—Lo suficiente —mencionó después de tragar la cucharada de sopa.

—¿Por casualidad ha coincidido alguna vez con mi hermano Conrad y su esposa Olivia?

—No, no he tenido el placer —contestó con sequedad.

—Tengo entendido que mi cuñado ha dado varias fiestas con muchos invitados —añadió Rose, a la que le resultaba extraño—. Es curioso que no lo invitara. Conrad suele ser un hombre muy cortés y le encanta recibir invitados en su hogar.

—Además, mi hermano sabe que vive en Georgia —puntualizó el conde.

Orson dejó la cuchara sobre la mesa, pues no le apetecía más sopa.

—Georgia es muy grande, lord Hampford, no debería extrañarle que no haya visto al

honorable Conrad Price.

—Lo sé, pero mi hermano, en sus cartas, me habla de lo bien avenida que está la comunidad británica instalada allí, de ahí mi sorpresa.

Orson guardó silencio, su irritación afloraba en su interior, pero, por suerte, la mantuvo oculta. Aun así, Cameron percibió su musculatura tensa, una clara muestra de que no quería seguir hablando del tema.

—¿Y cuándo ha dicho que regresará a Georgia? —preguntó la duquesa iniciando otra conversación tan embarazosa como la anterior.

Los sirvientes vestidos con libreas ocres y doradas, pelucas blancas y calzas negras fueron retirando los platos de sopa.

—No lo he dicho. —Miró a Daisy—. Pero después de conocer a este ángel ya no me apetece regresar.

Alexia percibió cómo asomaba en los ojos de su sobrina un sentimiento nuevo y no le gustó.

—Seguramente habrá muchas damas felices con su decisión —mencionó su excelencia en un tono seco aludiendo a la naturaleza seductora del joven.

—Oh, duquesa, ya le he dicho que soy un hombre nuevo —replicó agitando las manos.

Alexia le lanzó una mirada inquisitoria. Entre tanto, otros sirvientes entraron con bandejas de carne asada y salseras con salsa de arándanos. El aroma flotó en el ambiente e hizo las delicias de los comensales.

—¿Tan poca estima le tiene a su hermano que pretende interferir en mi deseo y en el del marqués de que mi amada sobrina sea su esposa? —soltó la duquesa; todos los presentes se enderezaron en sus asientos. Ella siempre había sido clara y no pensaba reprimirse en ese momento; odiaba a Orson, no solo por lo que le hizo a la hija de su buen amigo el baronet, sino por lo que le podía hacer a Daisy.

—Tía Alexia, lord Orson Wood solo está siendo amable —intervino Daisy.

Su excelencia se centró en su sobrina.

—Querida, hay dos tipos de caballeros: los considerados y los despreciables. En esta mesa hay dos caballeros considerados y uno despreciable.

—Déjeme adivinar —se mofó Orson entre risas—, yo soy el caballero despreciable.

El ambiente se tornó tan tenso que ninguno prestó atención a las bandejas humeantes que los sirvientes habían dejado en el centro de la mesa.

—Por favor, Orson, sé amable con nuestros invitados —advirtió el marqués al percibir las facciones endurecidas de su hermano; estaba a punto de perder el control.

—Ha sido la duquesa que me ha insultado —puntualizó en un tono duro tirando la servilleta sobre la mesa—. ¿Vas a permitir que me falte el respeto en nuestra casa y nuestra mesa?

La duquesa giró el cuello y lo observó de frente.

—Yo no he insultado a nadie, ha sido usted que ha llegado a dicha conclusión —se defendió ella—. ¿Qué va a hacer, milord? ¿Retarme a duelo? —inquirió con cinismo; miró a Cameron y

después a Orson—. Lo dudo, su hermano seguramente arreglará el asunto para que no haya males mayores, ¿verdad? Los cobardes siempre huyen y son los demás los que solucionan los problemas que han creado.

Orson la observó a ojos cegarritas y supo que tenía conocimiento sobre el asunto de la lady que deshonró, hija de un baronet. Giró el rostro y miró a su hermano creyendo que había sido quien le había contado a su excelencia lo sucedido, pero parecía tan sorprendido como él mismo. De hecho, no tendría que extrañarle; la gran duquesa de Kingeston tenía tanto poder en Londres como el mismo regente, y alguien de su entorno se lo habría contado.

Por su parte, Camerón tenía los músculos de la cara tan endurecidos que habían tomado un aspecto anguloso amenazador. Todo se estaba echando a perder por culpa de su hermano; tal y como había imaginado en el momento que supo que había regresado. Sus sueños de casarse con Daisy habían recibido un terrible mazazo y se habían resquebrajado por todas partes. Se estaba dando cuenta de que a ella le agradaba su hermano y poco podría hacer a partir de ese momento para ganarse su cariño.

—¡Oh, esta carne tiene un aspecto muy apetecible! —exclamó Rose viendo que su hermana estaba al borde del llanto debido a los acontecimientos; la velada se estaba estropeando y debía hacer algo por arreglarlo—. ¿Le he dicho, lord Befast, que mi esposo y yo estamos buscando una cocinera nueva? La que tenemos se va a vivir a Francia con su hermano que ha enviudado recientemente.

Las facciones tensas del marqués se suavizaron, le agradeció con un ligero gesto de cabeza la intervención.

—¿Me está amenazando, milady? —dijo con humor.

—Bueno, yo solo le advierto que no se sorprenda si decide irse de sus cocinas —mencionó con gracia, arrancando las risas de los demás comensales.

—Me aseguraré de aumentarle el sueldo para que eso no suceda.

Las bromas y las risas lograron apaciguar los ánimos y a partir de ese momento degustaron la cena con tranquilidad. Sin embargo, una vez que hubieron terminado de apreciar la buena mano de la cocinera del marqués, la duquesa arguyó no encontrase bien y decidieron retirase. Su excelencia guardaba hermosos recuerdos con el baronet y su hija, y verse obligada a cenar junto al hombre que había mancillado el buen nombre de una familia a la que apreciaba había revuelto su estómago.

Mientras salían del comedor y enfilaban a la entrada, la duquesa quedó regazada expresamente y agarró del brazo a Cameron para que se detuviera. Cuando creyó que los demás no podían escucharla, le dijo:

—Vigile a su hermano, milord, porque, si se atreve a lastimar a mi adorada sobrina, no tendré piedad y arrasaré con el buen nombre de su familia.

A Camerón no le gustó que lo amenazara, sin embargo, entendía su preocupación.

—Excelencia, jamás permitiría que lastimaran a la señorita McJones. Es más, pretendo

convertirla en mi esposa, algo de lo que ya hablamos. ¿Recuerda?

—Entonces, apresúrese en sus planes por conquistarla y de paso libérese de su hermano enviándolo de nuevo a Georgia. Y esta vez asegúrese de que no regrese en la vida. —Dicho esto, retomó el paso y no tardó en reunirse con los demás.

Los lacayos asistieron a las mujeres a ponerse las capas. El carruaje los esperaba a la salida y Garrett ayudó a las damas a subir. Se despidieron deseándose una feliz noche; la última mirada de Daisy fue para Orson, este le brindó una radiante sonrisa.

Los dos gemelos esperaron a que se alejara el carruaje, después entraron.

—Deja en paz a Daisy —amenazó Cameron con la mandíbula rígida, otorgando a sus palabras una dureza que hubiera puesto los pelos de punta a cualquiera.

Sin embargo, dicho tono no causó impacto en Orson.

—No pienso hacerlo, hermano. —Guardó unos segundos de silencio—. No hasta que me des lo que pido.

—¿Y qué quieres por dejarla en paz?

—Todo.

Cameron arrugó el entrecejo.

—¿Todo?

—Sí, todo: el título, las posesiones, el dinero y... tu vida.

Cameron parpadeó y comprendió que nada lo detendría para lastimarlo, así tuviera que utilizar a Daisy de la manera más ruin posible. Bien sabía que, aunque le diera lo que le pedía y se quedara en la miseria más absoluta, lo odiaba de una manera tan enfermiza que ese destructivo sentimiento solo se vería satisfecho viéndolo muerto.

—No permitiré que la lastimes —declaró el marqués remarcando cada sílaba.

Orson se limitó a reírse a mandíbula batiente mientras su hermano se alejaba camino a su alcoba. Después, cuando el carcajeo cesó, ordenó al mayordomo que le prepararan un carruaje. La noche era joven y tenía ganas de divertirse. Por primera vez en mucho tiempo sentía que, en esta ocasión, la vida le había dado la baza ganadora.

***

Cameron estaba leyendo el *Quarterly Review* mientras desayunaba, sin embargo, no prestaba atención. Había dormido mal durante la noche y tenía que leer dos veces la misma frase para asimilarla. Al final, dejó el diario sobre la mesa emitiendo un sonoro gruñido. Levantó la mano para que el sirviente le llenara de nuevo la taza de café. Vertió dos cucharadas de azúcar y, mientras removía el líquido oscuro con la cucharilla, miró el exterior a través del enorme ventanal que tenía las cortinas corridas. Hacía una mañana luminosa, de esas que invitaban a pasear. A lo lejos se divisaba el río Támesis, los rayos matutinos dotaban a la superficie de un manto brillante.

Estaba solo en el comedor de desayunos, la estancia era la más acogedora de todo Befast Palace. Las paredes estaban paneladas en un tono pastel aguamar y el suelo enmoquetado en un tono crema. Todo unido creaba en el ambiente una sensación de paz que logró calmar algo sus crispados nervios. En uno de los laterales se ubicaba la chimenea donde refulgían las llamas.

Su hermano todavía no se había levantado y supuso que había estado hasta altas horas de la madrugada divirtiéndose, que era lo único que sabía hacer. Nunca había mostrado respeto por el apellido que tenían en común, aunque reconocía que la dureza de la educación que habían recibido había hecho mella en él y lo había convertido en un ser sin escrúpulos, solo pendiente de satisfacer sus necesidades a cualquier precio. Orson podría haber tomado otro camino y, a pesar del atentado que sufrió por su parte en el pasado, durante una jornada de caza, que quería olvidar, él lo hubiera perdonado y ayudado a buscar su lugar en alguno de los muchos negocios que tenía en marcha. Pero siempre rechazó la mano que le tendía. Su odio hacia él ya había tomado un cariz visceral peligroso, que aumentaba dada día; y sabía que nunca podría darle la espalda. Aun así, no pensaba permitir que le hiciera daño a Daisy. Adoptaría medidas drásticas, como echarlo de Befast Palace si no se tomaba en serio sus palabras de la noche anterior cuando lo amenazó de que la dejara en paz.

Dejó la taza en su platillo, se levantó y fue al *hall*. El mayordomo lo esperaba con su levita, guantes y gorro de copa alta. En el exterior, aguardaba su carruaje de ciudad con capota; prefería ir resguardado, ya que todavía el ambiente era algo frío por las mañanas y no cambiaría hasta más entrada la primavera. Un lacayo le abrió la portezuela con el escudo familiar gravado: un león de perfil que se sostenía con las dos patas traseras y sus fauces abiertas enseñaban unos enormes dientes.

Una vez acomodado, pidió al cochero que lo llevara a la residencia de los condes de Hampford, ubicada frente a Hyde Park. El vaivén del vehículo provocó que, en más de una ocasión, se le cerraran los ojos, evidenciando su falta de sueño. Sacudió la cabeza a fin de expulsarse la morriña y se obligó a permanecer despierto.

Mientras, Garrett y Rose se encontraban con su hijo en el estudio de la residencia Hampford. La estancia rectangular era muy masculina, había una chimenea en un lateral y las demás paredes estaban forradas de estanterías con libros. Al lado de la puerta acristalada, que daba al exterior, se encontraba un enorme escritorio con una cómoda butaca donde permanecía sentado Garrett; Rose se hallaba de pie a su lado con su hijo en brazos.

—Vengo a despedirme, el pequeño Garrett y yo vamos a Kingeston House. —El infante gorjeó cuando su papá acarició su mentón, el conde sonrió de oreja a oreja—. Quiero hablar con Rose sobre el granuja de Orson, no creo que le convenga fraternizar con ese hombre.

Garrett bufó.

—¿No crees que tu tía Alexia ya la habrá advertido?

—Creo que sí; tía Alexia no se anda por las ramas, pero a veces es demasiado dura y no quiero que lastime los tiernos sentimientos de Daisy.

—Tu hermana no es consciente de que hay un mundo cruel ahí fuera.

El bebé llevaba un vestido batista blanco a juego con una gorra de la misma tela, con un lazo anudado bajo la rechoncha barbilla. El infante tiró de la cinta y se rio, lo que arrancó las sonrisas de los padres.

—Ve el mundo a través de un cristal rosa —manifestó la hermosa condesa.

—Y lo seguirá viendo de esa manera hasta que la vida la golpee fuerte.

—Oh, espero que ese día no llegue, porque, si no, no levantará nunca más la cabeza.

El conde advirtió la pesadumbre de su esposa, se levantó y abrazó su cintura; el pequeño Garrett alargó la mano y agarró el botón dorado de su chaleco de satén verde esmeralda. El conde besó la frente de su esposa teniendo cuidado de no aplastar a su hijo.

—No te preocupes, tu tía no lo permitirá. Todo saldrá bien.

—Eso espero, porque no quiero que Daisy sufra —comentó ella con la voz rota.

—Ni yo, pero a veces necesitamos un duro golpe de la vida para darnos cuenta de todo lo demás. Por cierto, tengo la mejor condesa del mundo.

Rose alzó las cejas.

—¡Estás muy amable hoy! —repuso con humor.

—Ayer noche evitaste una pelea.

Rose recordó el tenso momento.

—Ah, lo dices por eso. Suerte que las cosas se calmaron, me di cuenta de que mi hermana estaba a punto de llorar y decidí intervenir. Desde luego que mi tía se quedó con las ganas de tirar el vino de su copa a la cara de Orson.

Garrett se carcajeó.

—¡Será mejor no dejar a ese par solos en una habitación! —exclamó divertido.

—Milord, está aquí el marqués de Befast, solicita si puede recibirle ahora —interrumpió el mayordomo desde la puerta abierta.

Garrett y Rose se miraron.

—Desde luego —dijo el conde.

—Yo me voy, os dejaré solos —expuso la dama.

Garrett se despidió de su esposa y de su hijo, a ella la besó con fervor en los labios y al infante le estampó un sonoro beso en su mejilla rosada.

Cameron no tardó en aparecer, entró y ambos se saludaron.

—¿Quieres un coñac, milord, o prefieres un té? —ofreció el conde acercándose a un carrito de madera situado en un rincón de la estancia donde había licoreras con varias bebidas alcohólicas.

—Un coñac estará bien.

—Por favor, siéntate —pidió el conde señalando una de las dos sillas de frente al escritorio.

Garrett sirvió dos tragos.

—Supongo que te preguntarás qué hago aquí —indicó el marqués agarrando su bebida y le dio un sorbo.

Garrett volteó el escritorio y tomó asiento en su butaca.

—Lo cierto es que sí.

Cameron observó el líquido ambarino y pensó que nunca había pedido ayuda a nadie. Siempre había considerado que era capaz de arreglar sus problemas, y así había sido hasta el momento. Había acudido a Garrett por un motivo, ya que solo él podía averiguar la verdad de una sospecha que tenía desde la noche anterior. No pensaba quedarse de brazos cruzados viendo como Orson destrozaba la reputación de Daisy. Ella era un ángel caído del cielo y por nada del mundo dejaría que lastimara a la única persona que había impactado en su corazón de una manera tan fuerte que estaba dejando a un lado el orgullo que la severidad de sus padres había forjado en su interior y había acudido al conde para que lo ayudara.

—Se trata de mi hermano —explicó Cameron, se bebió de un golpe lo que le quedaba de su bebida y dejó el vaso sobre el escritorio—. Anoche actuó de una manera que me hizo sospechar.

—¿Lo dices por el nerviosismo que mostró cuando le pregunté sobre si había visto a mi hermano?

Cameron se acomodó en su asiento, hincó los codos sobre los brazos de la silla y entrelazó los dedos a la altura de la barbilla.

—¿También te diste cuenta? —indagó el marqués.

—Sí, aunque lo intentó disimular.

—Orson me está dando muchos problemas —explicó con pesar—. Dios es testigo de que he hecho lo posible para que enderece su camino, pero él no quiere abandonar su disoluta vida.

—No podemos ayudar a quien no quiere ser rescatado.

—Ojalá Orson fuera como tu hermano Conrad —dijo esbozando una triste sonrisa.

—Siempre nos hemos llevado bien Conrad y yo, él es mi mejor amigo.

Cameron lo miró con sus ojos oscuros destilando pesar, pues su hermano era su enemigo. O, mejor dicho, Orson lo consideraba un enemigo. No quiso ahondar en ese pensamiento, ya bastante doloroso era como para revolcarse en una realidad triste.

—¿Podrías escribir a tu hermano preguntándole por Orson? —pidió el marqués.

El conde dio un sorbo a su bebida, después se acomodó en su asiento. Sonrió.

—De hecho, le he escrito a primera hora, lord, y uno de mis sirvientes ha ido a enviarla. Después de la reacción de tu hermano anoche, tuve la sensación de que algo esconde. Recuerda que la señorita Daisy McJones es mi cuñada; considero a esas muchachas no solo mis cuñadas, sino que son como las hermanas que nunca tuve. Así que haré todo lo posible para que nadie las lastime. Discúlpame si te soy franco, pero tu hermano es un mal hombre, siempre lo fue y siempre lo será por mucho que él jure y perjure que ha cambiado.

Cameron no le llevaría la contraria, sin duda era doloroso que alguien tan intachable como el conde de Hampford se lo dijera a la cara. Pero era la verdad, una verdad que lo llevaba persiguiendo desde el día en que Orson le disparó con intención de matarlo y quedarse con el legado y la fortuna familiar.

—Sé muy bien cómo es mi hermano —reconoció con pesar el marqués—. Y tampoco dejaré que haga daño a la señorita Daisy McJones, ella no lo merece. ¿Me mantendrás informado sobre la respuesta de Conrad?

—Por supuesto, cuenta con ello.

Garrett le volvió a servir otro coñac y hablaron sobre los negocios que tenían cada cual. Se mostraron muy entusiasmados cuando, casi sin querer, hablaron de hacer algo juntos. Ni uno ni otro necesitaban socios para llevar a cabo sus futuros proyectos, tenían dinero de sobra para financiarlos. Pero había cierta conexión entre ellos y comprendieron enseguida que uniendo los conocimientos de uno y otro podían hacer grandes cosas.

Capítulo 5

Lady Julie Cooper pidió a Daisy que la acompañara a la modista, pues tenía que probarse unos vestidos nuevos. La dama seguía con su propósito de buscar la forma de vengarse de las hermanas McJones. Consideraba que por culpa de ellas su vida no era todo lo feliz que había planeado. Por un lado, no perdonaba a Rose que le hubiera arrebatado a Garrett; y, por otro, había propiciado el cortejo de Conrad con su hermana Olivia. La pareja terminó casándose y vivían felices en Georgia, en consecuencia, ella se había quedado sola, viviendo con unos padres que la asfixiaban con sus exigencias de que se casara de una vez por todas.

Cuando Julie miraba el rostro angelical de Daisy, su anhelo por vengarse renovaba las fuerzas. No entendía cómo esas salvajes escocesas eran tan apreciadas dentro de la aristocracia londinense. A fin de cuentas, nunca habían pertenecido a la nobleza, incluso la madre de ella deshonró a la familia huyendo con un bohemio artista a Escocia para poder casarse y estar juntos. Sin embargo, aquello no había sido suficiente para ganarse el ostracismo de la alta sociedad, algo que ella no comprendía. De momento, se había dedicado a ganarse la amistad de Daisy. La iba a buscar a Kingeston House para dar paseos o a tomar dulces y té en Bedford Coffee House, en Covent Garden. Sin embargo, a la duquesa no le gustaba que se relacionara con ella y se aseguraba de que siempre una sirvienta las acompañara para controlarlas e informarla después de sus conversaciones.

Julie estaba sobre una tarima mientras la modista ponía alfileres aquí y allá para terminar de ajustar su vestido nuevo a su silueta. La criada que las acompañaba por órdenes de la duquesa de Kingeston se había quedado fuera junto al cochero de su carruaje, y eso les permitía a las muchachas hablar de lo que quisieran.

—Vas a estar muy hermosa con ese vestido, Julie —mencionó Daisy, sentada en su sofá frente a la tarima.

La lady se miró en el espejo de cuerpo entero y se imaginó con el vestido terminado. Le proporcionaría a su belleza un toque delicado y elegante, como si fuera una diosa. Julie no conocía la palabra humildad y no disimulaba tener una opinión elevada de sí misma. Se sentía orgullosa de su sedoso cabello moreno, de sus ojos grises, de su cuerpo delgado... No entendía

cómo seguía soltera, las damas de su edad que estaban casadas eran mucho más feas que ella. Incluso su hermana, que no tenía ningún atractivo físico destacable, vivía feliz con Conrad. Cada vez que pensaba en ello su furia se reactivaba en su interior. Sin embargo, obligó a su mente a serenarse, pues no quería que Daisy viera que sus verdaderas intenciones eran lastimarla, y no la de crear lazos de amistad.

—Va a ser mi preferido —manifestó la lady con soberbia.

La modista y diseñadora de la obra arqueó una ceja ante el orgullo que mostraba la noble. En realidad, se aprovechaba de ello para sacar más beneficio.

—Tengo una seda nueva, que me ha llegado de Italia, y que combina perfectamente con los tonos del vestido; favorecerá a su belleza a un nivel superior —dijo la modista, una mujer bajita y delgada de mediana edad—. Podría confeccionarle una chaqueta Spencer que será la envidia de Londres. ¿Quiere que se la enseñe?

—Oh, por favor, sí —pidió Julie entusiasmada.

La costurera despareció por una puerta lateral que daba a su almacén y taller.

—Aún no me has contado cómo te fue con el marqués de Befast durante la cena —manifestó la lady en su intento por averiguar algo.

Los ojos turquesa de Daisy refulgieron con intensidad y sus labios esbozaron una sonrisa melosa.

—Fue muy bien... —Se sonrojó al pensar en Orson.

Julie arqueó sus cejas oscuras y sus ojos grises estudiaron a la muchacha. Quiso saber más.

—Por la cara que haces no pongo en duda de que te fue bien. Nunca lo hubiera dicho, el marqués resulta ser una persona bastante gruñona, pero si a ti te gusta...

—Oh, nada de eso. Conocí a su hermano gemelo.

Julie tembló de pies a cabeza.

—¿Or... Orson? —preguntó con voz titubeante.

—Sí. Orson ha regresado de Georgia y lo conocí. —Daisy se encogió de hombros—. Es tan diferente al marqués, me agradó mucho. Estuvo toda la noche haciéndome cumplidos.

Julie se quedó lívida, temblaba como una hoja. Bajó de la tarima y se mantuvo frente al espejo de cuerpo entero, con el objetivo de darle la espalda a Daisy y que no se diera cuenta de lo afectada que se sentía ante la noticia del regreso de Orson. Era el hombre al quien le había entregado su virtud, el único por el cual había sentido algo profundo. Pero él se fue sin ni siquiera despedirse. Escuchó como Daisy se acercaba a su espalda, las miradas de las damas se encontraron en el espejo.

—¿Conoces a Orson, Julie?

La lady tragó saliva. Después de la primera impresión notó que se recuperaba, alzó el cuello escondiendo su orgullo y pensó que, tal vez, había encontrado la manera de vengarse, al menos de una de las hermanas McJones. Se dio la vuelta y la miró.

—Claro que lo conozco, pertenecemos a la misma clase social, es evidente que nos hemos

cruzado muchas veces.

—¿Y qué te parece? Por lo que me ha dicho mi tía es un sinvergüenza, pero él dice que ha cambiado.

—Si lo dice él, será verdad. ¿Acaso te gusta?

Daisy suspiró antes de contestar.

—Sí, mucho y yo a él también le gusto. Ojalá Cameron fuera como él —manifestó suspirando con tristeza, mirando al suelo al recordar que su tía ansiaba que se casara con el marqués.

Julie no se perdía ninguna reacción de Daisy y tomó la determinación de llevar a cabo un plan que le vino de pronto a la cabeza.

—Sabes, tengo una idea para que lo vuelvas a ver.

Daisy alzó el rostro y abrió mucho los ojos.

—¿En serio? Mi tía no me dejará, de hecho, me ha dicho esta mañana en el desayuno que no le permitirá que me corteje. Mi hermana Rose ha llegado después y me ha advertido sobre él. Así que mucho me temo que no hay nada que hacer.

—¿A ti te gusta?

—Sí, mucho; bueno, el marqués también me gusta; lo que no me agrada de él es su carácter, es tan diferente a su hermano. Mi tía y mi hermana no se creen que Orson haya cambiado. Pero tal vez sí haya cambiado. Tú lo conocía de antes, ¿es verdad que era un sinvergüenza?

Julie se dio la vuelta, era consciente del impacto que había causado Orson en ella. En cierto modo se sentía celosa, sin embargo, conocía a ese hombre a la perfección y sabía de cierto que nunca se comprometería con ninguna mujer, de modo que había perdido toda esperanza de que se casara con ella. Era el momento de ser práctica y aprovecharse de la situación. Empezaría por mentirle sobre él para propiciar un acercamiento.

—Un poco, pero también te digo que siempre fue muy perseguido por las damas, y su hermano Cameron le tiene envidia, así que yo no me creería todo lo que dicen.

—Me gustaría conocerlo más y poder hacerme una idea —comentó Daisy.

—Encontraré una solución para que lo puedas conocer un poco.

Daisy abrazó a Julie.

—¡Eres la mejor amiga que puedo tener! —exclamó.

Julie se tensó, no estaba acostumbrada a esas muestras de cariño, ya que nunca había tenido amigas. Por un momento se quedó rígida, pero se obligó a devolver el abrazo. Lo más impactante fue que se sintió bien, una sensación que, desde hacía mucho tiempo, no experimentaba. Sin embargo, su odio pudo más y sonrió con malicia cuando su mente empezó a maquinar un plan para perjudicar la reputación de Daisy.

***

Alexia Kingeston estaba en la residencia de la marquesa de Wendy, una hermosa mansión de dos

plantas de estilo barroco inglés, ubicada a las afueras de Londres. Su buena amiga Lousia había cogido un constipado y había ido a visitarla para hacerle compañía.

Las damas se encontraban en la habitación de la marquesa. Lousia estaba en la cama y tenía unos cojines a la espalda para poder incorporarse. Alexia permanecía sentada en una butaca que un sirviente había acercado a la cama. La estancia era grande y el lecho con dosel se hallaba en una tarima cuadrada. Al frente había una enorme chimenea incrustada, con varios troncos encendidos. Perpendicular, se encontraban dos ventanas vestidas con lujosas cortinas, que en ese momento permanecían corridas. A través de los cristales se podía apreciar que las tierras que rodeaban la propiedad empezaban a tener ese color verde a hierba anunciando que la primavera estaba cerca.

Lousia se tapó la nariz con su pañuelo de encaje y estornudó varias veces seguidas.

—Dios Santo, nunca te he visto tan mal, querida amiga —farfulló la duquesa cabeceando.

—Yo tampoco recuerdo haberme encontrado nunca tan mal —declaró la enferma respirando con agitación debido al esfuerzo que le habían supuesto los estornudos.

—¿Te ha visitado hoy el médico?

—Sí, ha venido a primera hora.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que tengo un pie en la tumba, es cuestión de días.

Alexia palideció, se llevó la mano al corazón al percibir lo deprisa que latía.

—¡Oh, Lousia, eso no puede ser! —balbuceó la duquesa, incapaz de asimilar la noticia.

En ese instante la marquesa estalló a carcajadas.

—Solo por ver tu cara ha merecido la pena la broma —exclamó Lousia entre risas.

Alexia se levantó y la golpeó con su ridículo.

—¡Eres de lo peor!

—Estás aquí para entretenerme. Dios sabe que estoy harta de guardar cama.

Alexia se compadeció de ella.

—Lo sé, por eso te perdono la broma.

A la marquesa le sobrevino un ataque de tos que la dejó sin aliento y que sacudió su cuerpo de arriba abajo. Alexia agarró el vaso de agua que había en la mesita de noche.

—Anda, bebe un poco, querida —dijo la duquesa ayudando a su amiga a sostener el vaso para que diera un par de tragos.

La tos pareció remitir y la marquesa, agotada, se dejó caer en los cojines.

—Pues casi prefiero la muerte que estar enferma —se quejó.

—¡No digas bobadas! Por desgracia aún no te ha llegado tu hora. Dios se lo pensará mucho antes de llevarte al Cielo, sabe que lo volverás loco.

Ambas mujeres rieron. Alexia se sacó un abanico del bolsillo y empezó a refrescar su rostro.

—Aquí dentro hace un calor horroroso —se quejó mirando las vigorosas llamas del fuego.

—Yo tengo frío.

—Claro, porque estás enferma.

—Cuéntame algún cotilleo para entretenerme.

Alexia plegó el abanico.

—¿Sabes que ha regresado el sinvergüenza de Orson Wood?

—Vaya, entonces la virtud de las damas de Londres está en peligro.

—Si solo fuera eso... A mi sobrina Daisy le agrada Orson.

Lousia se incorporó un poco.

—¿Qué? ¡Oh, no! Pues mucho me temo que se te avecinan problemas.

—Lo sé, por eso voy a tomar cartas en el asunto.

—¿Qué piensas hacer?

—Aún no lo sé, pero encontraré la manera de mostrarle a Daisy que es un mal hombre. —Miró a su amiga con intensidad y suspiró—. Pero no todo son malas noticias...

Lousia la miró con interés.

—¡No me tengas en ascuas!

—No quería decirte nada todavía, pero no aguanto más. Tengo que contárselo a alguien. El señor Baley me ha pedido discreción por el momento, pero tú eres como una hermana, no tenemos secretos y...

—¡Deja de andarte por las ramas y suéltalo antes de que me dé un ataque! —interrumpió con desespero.

—Mi hijo Edward ha aparecido y estoy pendiente de que el señor Baley me lo traiga a casa.

Alexia boqueó como un pez.

—No puedo creérmelo... —farfulló.

La duquesa se llevó la mano a la frente en un gesto nervioso.

—Ni yo, pero estoy deseando que sea él de veras.

Lousia hizo una mueca. No quiso decirle lo que de verdad pensaba, pues había cosas muy raras en todo ese asunto que la hacían sospechar. Sin embargo, su buena amiga, una mujer de hierro forjado, capaz de lidiar con cualquier cosa, y que nadie podía engañar, era vulnerable a lo que su hijo se refería. Solo esperaba que todo saliera bien.

***

Alexia Kingeston y Daisy llegaron a Almack’s, un exclusivo salón de baile situado en King’s Street de St. James. Si bien era la primera vez que Daisy acudía al lugar, no la cogió desprevenida el fastuoso ambiente, pues su hermana Rose le había detallado el lugar bastantes veces cuando debutó. La muchacha lucía un lujoso vestido en un tono marfil brillante; su cabello rubio oscuro estaba peinado con un tocado trenzado adornado con un *bandeau* de diamantes al que había complementado con plumas. Por su parte, la duquesa se había ataviado con un vestido de seda color vino. Llevaba en su cabello rubio ceniza un tocado vertical adornado con varios

camafeos.

Las damas entraron. El lugar era enorme, de techo artesonado alto de donde colgaban numerosas arañas de cristal. En cuanto Daisy puso un pie en el interior, varios caballeros se acercaron para solicitarle una danza, que ella apuntó en su carnet de baile. Cameron, ataviado de negro de arriba abajo, a excepción de la camisa de muselina blanca, miraba la escena en un rincón. Cada vez que Daisy sonreía, su corazón acrecentaba los latidos. No entendía la manera en que su cuerpo reaccionaba, pues no solo se trataba de la necesidad que sentía de hacerla suya de todas las maneras posibles, sino que había algo más intenso, algo demasiado grande, que provocaba que su pecho quedara pequeño para un corazón que aumentaba su tamaño cuando la miraba.

El marqués se bebió la copa de *champagne* y la dejó sobre la bandeja de un sirviente que pasó delante de él. Inspiró profundo y se acercó a las damas. Primero saludó a la duquesa, después a la muchacha, e hizo la reverencia de cortesía.

—¿Me reservará un baile, señorita McJones? —pidió el noble.

—Desde luego... —dijo sin mucha efusividad y apuntó su nombre en el carnet.

Daisy no le prestaba atención, ella miraba por encima de su hombro, como si buscara a alguien y él apretó los dientes.

—Si busca a mi hermano, no ha venido —soltó con dureza.

Daisy enrojeció al sentirse descubierta, su tía Alexia la miró y la censuró con los ojos. De acuerdo, ella reconocía que había sido poco considerada, aun así, él se había excedido en el tono.

—¿Ha regresado a Georgia? —preguntó la duquesa con retintín.

Apareció Orson y a Daisy se le iluminaron los ojos.

—Buenas noches, mis bellas damas —dijo haciendo una reverencia.

Alexia achicó los ojos. Si no hubiera estado en un lugar tan público, con toda seguridad le hubiera pedido que se alejara de su sobrina para siempre. Pero no pudo evitar soltarle:

—Ahora mismo le estaba preguntando a su hermano si había regresado a Georgia.

Orson rio; Cameron, sin embargo, tenía las facciones rígidas y sus ojos negros destilaban furia.

—Cualquiera diría que quiere librarse de mí —mencionó en un tono divertido.

—Oh, milord, yo no necesito que se vaya lejos; si hace algo que me moleste, tengo otros medios para deshacerme de usted.

Esta vez fue la duquesa la que se rio tras el abanico que desplegó.

Fue una amenaza en toda regla que congeló la sonrisa de Orson, el ambiente se espesó. Fulminó a la duquesa con la mirada, pensó que era una mujer peligrosa, aun así, no evitaría que llevara a cabo sus planes. Por la recompensa, bien valía la pena arriesgarse.

—¿Tiene en su carnet de baile algún hueco para mí? —preguntó Orson a la sobrina.

Ella sonrió con dulzura, sus ojos turquesa brillaban expectantes.

—Claro que sí... —susurró con timidez, apuntando su nombre en el carnet de baile.

—Está usted preciosa esta noche.

Un destello de agrado apareció en los ojos de la muchacha.

—Gracias, lord Orson Wood, es usted muy amable.

—Cómo no ser amable, usted es mi inspiración, mi bella flor.

El cuerpo de Cameron se iba inflamando poco a poco, tenía los puños apretados a su cuerpo a fin de controlarse. Sin duda, su hermano era todo un galante y ella parecía que caía rendida a sus atenciones, lo advertía por el brillo turquesa de su mirada soñadora. ¿Cómo competir con Orson cuando este poseía un don innato para conquistar a cualquier dama? Pero Daisy no era cualquier dama, y eso era lo que más le frustraba.

La duquesa tampoco estaba muy satisfecha con las atenciones de tan galante varón. Nada la irritaba más que ese hombre cerca de su adorada sobrina. Así que decidió deshacerse de él.

—Disculpe... —mencionó Alexia mirando a Orson con desprecio, ya no se molestaba en disimular su animadversión profunda, por lo que agarró el carnet de baile de Daisy y tachó su nombre—. Mi sobrina no tiene mi permiso para bailar con usted.

Cabe decir que a Orson, Cameron y Daisy se les desencajó la mandíbula.

—Pero tía... —empezó a hablar la joven, roja de la vergüenza.

—Si nos disculpan, debemos saludar a unos conocidos —mencionó su excelencia ignorando las súplicas de su sobrina.

Mientras andaban una al lado de la otra de camino a la zona donde había sillas para sentarse, en las cuales se hallaba un grupo de damas que la duquesa quería saludar, Daisy, con los ojos llenos de lágrimas, mencionó compungida:

—Tía Alexia, ¿por qué has hecho esto?

La duquesa se detuvo; por inercia, la sobrina hizo lo propio.

—Querida, ansío lo mejor para ti, créeme cuando te digo que ese hombre te hará una desgraciada.

—Pero a mí me agrada Orson, me prometiste que si no me gustaba Cameron encontraríamos otro. Ya sé que Orson no tiene título, pero no me importa.

La duquesa suspiró.

—El título es lo de menos, él no es un buen hombre —explicó acariciando su mejilla con la mano enguantada.

—Eso mismo dijiste de mi padre cuando quiso casarse con mi madre.

Dichas palabras fueron puñaladas en el corazón de Alexia. Dejó caer la mano que acariciaba la mejilla.

—Fue una situación diferente —explicó compungida—. Y estoy muy arrepentida de lo que pasó... —añadió con la voz rota.

La sobrina apreció el sufrimiento que habían causado sus palabras en el rostro tenso, cuyas arrugas se habían contraído debido a su dolor, y en su mirada gris clara había un brillo sospechoso. En ese instante se dio cuenta de que la había lastimado y había sido muy poco

considerada. Su tía no merecía ese trato por parte de ella. Se odió a sí misma, ya que no estaba en su carácter provocar mal a nadie.

—Lo siento, tía Alexia, no quería ponerte triste. No ha estado bien echarte en cara algo que ya hemos superado. No entiendo qué me ha pasado y espero que me perdones.

Alexia le sonrió con afecto, haciéndole entender con ese gesto que quedaba todo olvidado. Sabía muy bien que la presencia de Orson estaba cambiando a Daisy. Lo peor era que ella sería capaz de cualquier cosa por él, porque lo creía un ser noble. Debía pensar algo rápido para mostrarle a su sobrina la verdadera naturaleza de ese indeseable. Quizá, si escuchara en otras damas lo desalmado que resultaba ser, tomaría conciencia de que no le convenía. Observó a lo lejos el grupo de nobles, ya casadas, en la zona donde estaban las sillas. Con la excusa de saludarlas, sacaría el tema del hermano del marqués de Befast que había regresado de Georgia. Una cosa llevaría a la otra y terminarían comentando la vida tan llena de excesos que llevaba.

—Anda, acompáñame a saludar a aquellas damas del fondo —pidió su excelencia, agarrando con cariño la mano de su sobrina—. Aún no las he saludado.

Mientras, Orson y Cameron se miraban a los ojos como si estuvieran a punto de saltar uno sobre el otro.

—Tal vez puedas embaucar a una inocente dama como Daisy —soltó el marqués en un tono engañosamente tranquilo—, pero es evidente que a la duquesa jamás lograrás engañarla, por más lisonjas que le lances.

Orson le lanzó una siniestra mirada. Cualquier otra persona hubiera reculado un par de pasos a fin de poner distancia. Pero Cameron eran de los que no se amedrentaban, lucharía por Daisy hasta las últimas consecuencias.

Sin despedirse, Orson se marchó a la terraza, estaba demasiado ofuscado y necesitaba unos segundos para calmarse. ¡Maldita sea! Engatusar a Daisy casi era una misión imposible, pero debía encontrar la manera. Se acercó a la baranda, era una noche nublada y el ambiente estaba tan oscuro que no se apreciaba nada; por suerte no hacía frío.

—Hola, Orson.

Orson escuchó la voz femenina por encima del jolgorio que salía del interior. Arrugó el entrecejo y se dio la vuelta. No vio a nadie.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Acaso no me conoces?

El hombre, de pronto, recordó esa voz.

—Julie...

—Estoy al fondo, a tu derecha.

Orson caminó hacia la negrura, allí donde no llegaba la luz interior que escapaba por las balconeras. A pesar de la oscuridad, logró apreciar el vestido claro de la dama y los ojos grises; su mirada vivaracha relucía por encima de la noche.

Sin pronunciar ninguna palabra, se besaron con ardor. Orson acarició con atrevimiento el

cuerpo de la dama, sabía que no encontraría resistencia. Y así fue: la lady se deshizo como un helado en los brazos del hombre y se acopló al cuerpo masculino; solo la necesidad de aire logró apartar las bocas.

—Te marchaste sin decirme adiós —se quejó ella en un tono pesaroso.

Él acarició sus labios.

—No tuve más remedio.

—Tendrás que compensarme.

Él sonrió, sus dientes blancos brillaron en la oscuridad.

—Lo haré.

—Dejaré la ventana de mi alcoba abierta para que vengas siempre que quieras.

Para gozo de Orson, Julie no había cambiado y seguía siendo la misma dama insaciable. Habían sido muchas las noches que habían pasado juntos, trepaba por el árbol que había bajo la ventana de su alcoba y ella siempre lo esperaba con un ansia voraz. Reconocía que le gustaba retozar con Julie, pero ella solo era una más.

—Después del baile te haré una visita.

—Te esperaré. —Acarició el brazo del hombre—. Te puedo ayudar en tu nuevo objetivo.

Orson se sorprendió, alzó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Quieres seducir a Daisy, lo sé, así que no lo niegues.

—No pensaba negarlo —mencionó acariciando los pechos de ella por encima del delgado vestido; la dama gimió—. Pero no entiendo cómo y por qué quieres ayudarme.

Julie ya hacía un buen rato que había llegado a Almack’s, pero se había limitado a vigilar a Orson y a Daisy desde la distancia. Vio su oportunidad cuando él salió a la terraza.

—Odio a las hermanas McJones y nada me gustaría más que verlas sufrir tanto como tú quieres ver sufrir a tu hermano.

—Buen argumento, desde luego —comentó él, era consciente de que todo Londres sabía que detestaba a su gemelo, pero nunca le habían importado las murmuraciones.

—Me he hecho amiga de esa estúpida. Puedo propiciar encuentros entre tú y ella sin que Cameron y la bruja de su tía se enteren.

Orson se separó un palmo y una comisura de su boca se elevó. Vaya..., la solución a sus problemas había llegado sola.

—¿Harías eso? —preguntó él empleando un tono serio.

—Sí, y ahora mismo voy a demostrártelo. Espera aquí.

Julie entró y buscó a Daisy. En la pista de baile no la vio por ningún lado, creyó que estaría en la estancia contigua, donde se hallaba el bufé, pero tampoco la localizó. Le quedaba el tocador de damas, así que fue hacia allí. Entró y vio a Daisy sentada en una silla con un paño en la mano con la que se debía haber refrescado el rostro. Observó en el lado opuesto a tres damas, una de ellas se estaba retocando su peinado frente al espejo, las otras dos se acicalaban sus vestidos.

—Oh, acabo de llegar a Almack’s y no te encontraba —mencionó Julie; achicó los ojos cuando apreció lágrimas en los ojos de ella, arrastró una silla, la colocó frente a Daisy y se sentó —. Sé que te sucede alguna cosa o, si no, no estarías escondida aquí.

—He escuchado cosas horrorosas de Orson. —Agarró las manos enguantadas de la lady—. Dime si son ciertas.

—Por Dios, no creas todo lo que digan. —Le estrechó las manos—. Lo que sí te puedo decir es que Cameron odia a Orson y siempre le ha hecho la vida imposible.

Julie estaba mintiendo, pero necesitaba hacerlo para que sus planes salieran bien.

—Cameron es un hombre muy taciturno, aunque no lo veo capaz de hacer ciertas cosas.

—Las apariencias engañan, Orson ha sufrido mucho por su culpa. Ya va siendo hora de que tenga suerte.

Daisy sonrió y Julie se sintió eufórica por dentro, ella creería todo lo que le contara, porque confiaba en ella. Las tres damas que había en la zona opuesta salieron del tocador. Sus risas se fueron apagando mientras se alejaban.

—Sabes, eres una buena amiga —expuso Daisy con una sonrisa sincera— y te agradezco que estés a mi lado.

Julie asintió con indecisión. Ella la veía como una amiga de verdad, de esas que están a su lado en lo bueno y en lo malo. Sus entrañas se sacudieron, contempló el rostro inocente de Daisy y sintió pena por ella misma por ansiar destrozarle la vida. Apretó los labios y sacudió la cabeza para sacarse tales pensamientos. Por nada del mundo se echaría atrás en sus planes.

—Estoy un poco acalorada, ¿me acompañas a la terraza? —pidió Julie.

Daisy miró su carnet de baile.

—Me toca bailar con Cameron —mencionó con poco entusiasmo.

Julie miró el carnet.

—¿Te apetece bailar con él?

—Ahora que sé que le hace la vida imposible a Orson, lo cierto es que no.

La lady se levantó y tiró de Daisy para instarla a que se alzara también.

—Entonces, no bailes con él y ven conmigo a tomar un poco el aire.

—No, no sería correcto —mencionó oponiendo resistencia—. Le he prometido un baile al marqués y debo cumplir.

—¡Bobadas!

Salieron del tocador. Julie tiraba de ella, no dejó que se parara en la pista de baile y anduvieron rápido hacia la terraza.

—¡Qué bien, aire fresco! —exclamó la lady dando vueltas sobre sí misma.

Daisy se abrazó.

—Hace un poco de frío —expuso tiritando; se había levantado un ligero aire que agitó con suavidad los rizos que enmarcaban su rostro.

—¿Quiere mi levita, señorita Daisy McJones?

La muchacha se dio la vuelta y se encontró con los ojos penetrantes de Orson. Se había sacado la chaqueta y alargó la mano para ofrecérsela.

—Oh, no..., no hace falta. Yo... yo me voy dentro —farfulló enrojeciendo de pies a cabeza.

—¿Le doy miedo, señorita McJones?

Julie se acercó y se colocó al lado de Daisy.

—Solo está impresionada —explicó la lady.

—Pues le seré sincero —confesó mirando a Daisy—, me agrada causar este efecto en una dama tan excepcional como usted.

Daisy agachó la cabeza, era incapaz de mirarlo a los ojos sin que el cuerpo le temblara, y no era por efecto del frío.

Por las puertas abiertas se colaba la música de un *reel*.

—Sería el hombre más feliz de la tierra si me concediera este baile

—Oh, solo somos dos... —se excusó ella.

—Y conmigo tres, así que somos suficientes —puntualizó Julie—. ¡Bailemos!

Se agarraron de la mano y empezaron a bailar. Daisy se dejó llevar, sus pies se movían solos. Los bailarines iban de aquí y allá, y reían al tiempo que daban pequeños saltos.

Pero de lo que no se percató Daisy fue de que, por casualidad, Cameron la buscaba por el salón para que bailara con él y pasó por frente a las puertas acristaladas abiertas por las que se accedía al balcón. A él llegó la sonrisa de Daisy y fue hacia allí. Al salir se encontró con una escena que le laceró el alma. Se quedó allí de pie observando; ella disfrutaba bailando tanto con su hermano que se había olvidado de que le debía un baile. La rabia fue una brasa ardiendo que lo quemaba por dentro con una lentitud agónica. Su rostro se infló como un fuelle que alimentaba el fuego de su interior y amenazaba con arrasarlo todo.

Cuando ella se percató de su presencia de detuvo al acto, cabeceó con un gesto de disgusto, con la inquietud brillando en sus ojos turquesa de una dama que no se estaba comportando adecuadamente. Desde luego que no podía alegar mucho en su defensa, solo la firme promesa de que no se repetiría y que dejaría a un lado esa conducta tan indigna de ella. Se miraron con intensidad y la muchacha apreció la frialdad demoledora del marqués, tanto era así que se le pusieron los pelos de punta.

Orson y Julie también miraban al marqués con atención. Cameron logró recomponerse, se tensó y, mirando a Daisy, dijo:

—Me debe un baile, señorita McJones.

—No quiere bailar contigo, Cameron. Déjala en paz —intervino su hermano, disfrutando con la rabia que veía en los ojos oscuros de su gemelo.

El marqués aún tenía la mirada clavada en la de ella.

—¿Eso es cierto, señorita McJones? —la retó.

La frialdad del tono provocó que Daisy tragara saliva. Cierto, no quería bailar con él, pero se lo había prometido, así que caminó hacia el aristócrata.

—Será un placer bailar con usted, milord —manifestó ofreciéndole su pequeña mano enguantada; el noble la aceptó.

De camino al salón de baile, Daisy volteó el rostro y miró por encima de su hombro a Julie y, después, a Orson, al que adoró con su mirada para regocijo de la lady y de él. Cameron se dio cuenta e incrementó el paso, arrastrando a Daisy. Iban tan rápido que el frufrú del vestido los acompañó hasta la pista de baile.

Cuando la pareja estuvo lo suficientemente lejos, Julie fue la primera en hablar.

—La tendrás comiendo de tu mano en unos días si dejas que te ayude. —Cruzó los brazos a la altura bajo el pecho—. Puedo propiciar más encuentros como este.

El hombre empezó a imaginar lo que haría con el dinero que le arrancaría a Cameron a cambio de dejar a Daisy.

—De acuerdo, hablaremos de ello cuando vaya a verte después del baile.

Ella le dedicó una sonrisa melosa y enfiló al interior. No era adecuado estar allí fuera sin compañía femenina, y era la reputación de Daisy la que quería destruir, no la suya.

Mientras, Cameron y Daisy empezaron a bailar. Ella percibía la cólera de él a cada giro, a cada paso, a cada compás y se negó a mirarlo. Si estuvieran solos en una estancia hubiera temido por su integridad. El baile transcurrió en una nube de incertidumbre que rodeó a la pareja.

Capítulo 6

Los ojos almendrados de Cameron, negros como la garganta de un lobo, escupían fuego líquido. Entró en Befast Palace a zancadas grandes.

—¿Mi hermano está en su alcoba? —preguntó entre dientes al mayordomo.

—Sí, milord.

Se dirigió a la enorme escalinata pegada a la pared, ubicada en el vestíbulo. En el trayecto tiró su sombrero de copa al suelo, siguieron el mismo destino su gabán y sus guantes, que el mayordomo fue recogiendo. Subió los escalones de tres en tres y no tardó en plantarse frente a la puerta del aposento de su gemelo y la abrió sin contemplaciones. El hedor a alcohol rancio del ambiente fue un bofetón para sus sentidos y emitió una exclamación de asco. Se acercó a la cama y destapó a su hermano, el muy sinvergüenza ni siquiera se había desvestido y llevaba el mismo frac de la noche anterior. En la ropa seguía impregnada el hedor a tabaco, que penetró en sus fosas nasales. Era evidente que había estado toda la noche de juerga.

—¡Orson, despierta!

Los gritos eran tan intensos que retumbaron en la alcoba. Cameron recibió unos ligeros gemidos como respuesta. Se acercó a las ventanas y descorrió las cortinas. La luz intensa del mediodía bañó la estancia, Orson empezó a parpadear y se tapó los ojos con el brazo.

—¡Vete! —exclamó preso por el dolor que le suponían los rayos de sol, era como si le clavaran agujas en la cabeza.

—No pienso, irme. He estado en el White’s; dos de tus acreedores han venido a verme para decirme que yo pagaría tus deudas de juego.

Tal información provocó que Orson abriera un ojo, su hermano estaba frente al lecho y se alzaba sobre él como si quisiera devorarlo vivo.

—¿Le has pagado lo que les debía?

El tono indiferente de su gemelo acabó con la poca paciencia que le quedaba al marqués. Con un movimiento ágil y seguro, agarró a su hermano por la pechera de su arrugado chaleco, lo sacó a volantas del lecho y lo arrinconó contra la pared. Orson no opuso resistencia, gimió al notar cómo la cabeza le daba vueltas y maldijo haberse pasado con la bebida.

—Escúchame bien, porque solo te lo voy a decir una vez: no hay más dinero para ti hasta que regreses a Georgia.

Orson gimió otra vez antes de contestarle. Tenía el cabello despeinado y varios mechones tapaban parte de su mirada oscura.

—No voy a irme —logró farfullar.

Cameron giró el rostro al percibir la peste a alcohol fermentado que salía de su boca.

—Entonces, no voy a financiar más tus excesos.

—No voy a dejar de divertirme por tu culpa.

Acompañó las palabras con una histriónica risita; las aletas de la nariz de Cameron se ensancharon al máximo y su mandíbula se puso rígida.

—Tendrás que hacerlo —soltó con dureza—. He avisado a los clubes y a todos los prestamistas que yo no voy a costear tus vicios y que a partir de hoy mismo perderán el dinero que inviertan en ti.

Ver las facciones desencajadas de Orson fue un triunfo para Cameron. Lo soltó y su hermano tuvo que valerse de la pared para no desplomarse al suelo. El marqués se lo quedó mirando sin comprender cómo era posible que tuvieran la misma sangre. Cabeceó en un gesto que evidenciaba su pesar, después se acercó a la puerta para irse.

—¡Si no cumples con mis deseos de dármelo todo, Daisy pronto será mía! —gritó Orson, provocando que su hermano se detuviera y se diera la vuelta.

—Ambos sabemos que, aunque te lo diera todo, incluso mi vida, no sería suficiente y lastimarías a Daisy de todas formas.

Orson lo fulminó con su mirada, odiaba que su hermano tuviera razón.

—Entonces, disfrutaré ver cómo te retuerces de rabia cuando sea mía.

La ira se reflejó en la máscara endurecida de su rostro y en la pose del tenso cuerpo del marqués. Casi podía apreciarse cada músculo tirante bajo sus negros ropajes. Él era consciente de que había que trazar un plan para que su gemelo no destrozara el futuro de Daisy. Reanudó la marcha y se fue dando un portazo.

Mientras, Orson se quedó mirando la puerta cerrada. Se llevó la mano a su cabello y apartó los mechones que tenía sobre la frente y que tapaban parte de sus ojos. Inspiró con fuerza y sonrió. Había pasado una semana desde el baile de Almack’s y había sido un acierto involucrar a Julie en sus planes. Porque en esos siete días había coincido con Daisy en Hyde Park, Gunter’s Tea Shop en Berkley Square y en Vauxhall Gardens. Había desplegado todas sus armas: le había recitado poemas, le había regalado bonitos ramos de flores y le había dedicado hermosos cumplidos. Pero debía asegurarse de que le diera un *sí* cuando le propusiera matrimonio. Después, contrataría a un falso sacerdote que los casaría. Y debía ser pronto, porque no tenía dinero y lo necesitaba para seguir satisfaciendo el elevado nivel de vida.

De pronto, tuvo una idea.

***

Alexia se hallaba en su alcoba terminando de arreglarse. Permanecía sentada en su tocador y su doncella estaba peinando su cabello con un tocado en la nuca, por el cual se desprendían varios tirabuzones largos que caían sobre su hombro derecho. Pretendía visitar a su amiga Lousia, la marquesa de Wendy, pues quería saber cómo se encontraba. De hecho, había superado el resfriado, sin embargo, estaban pasando por unos días cálidos por la mañana y tormentosos por las tardes, típico de primavera. Los contrastes termométricos podían volver a enfermarla, por lo que el médico le había recomendado que se quedara en casa hasta que el clima fuera más veraniego.

La doncella terminó de acicalarla cuando un ligero golpeteo en la puerta llamó su atención.

—Adelante —ordenó levantándose del taburete y se miró en el espejo de cuerpo entero ubicado en una esquina; estrenaba un vestido de cuello alto en un tono azafrán con encajes blancos a la altura de los pechos y el dobladillo lucía un bordado ornamental.

La batiente se abrió dando paso a la sirvienta que acompañaba a Daisy en todas sus salidas con lady Julie Cooper. No se sentía orgullosa de vigilar a su sobrina, pero no le había quedado alternativa. Daisy seguía sin darse cuenta de que la lady solo la estaba utilizando para alguno de sus planes. Con el pasar de los años, había comprendido que las personas no suelen cambiar de la noche a la mañana; buen ejemplo de ello era Julie y Orson, que seguían siendo dos alimañas.

—Excelencia, ¿quería verme? —preguntó la criada haciendo una reverencia.

—Sí, quería saber si ayer, en la salida de mi sobrina junto a Julie, se encontró de nuevo con Orson.

La sirvienta, una mujer de unos treinta años, cabello rubio y algo corpulenta, no tardó en informar a su excelencia.

—Ayer por la tarde, milady y la señorita McJones fueron al Vauxhall Gardens. Se sentaron a ver una obra de teatro y apareció lord Orson Wood.

La irritación de la duquesa fue evidente. Respiraba a bocanadas largas y en sus ojos se reflejaba una honda preocupación. Orson arruinaría a Daisy si no hacía algo ya mismo.

—Creo que tengo más fácil andar a la pata coja de ahora en adelante hasta Navidad que evitar que Daisy se enamore de ese mal hombre.

—Esperemos que eso no ocurra, excelencia.

—Lo deseo con todo mi corazón —soltó con un gran suspiro—. Hoy, mis sobrinas Lily, Violet y Daisy van a tomar el té a la residencia de los Hampford, no hará falta que las acompañes; por suerte lady Julie Cooper no vendrá. Podéis iros las dos —concluyó mirando a la doncella y a la sirvienta.

Las mujeres asintieron, hicieron una reverencia y se marcharon. Alexia se dispuso a salir de su alcoba, agarró el chal que reposaba en una silla y caminó a la salida. Intentaba no pensar en Daisy, pero le resultaba imposible. Era demasiada casualidad que, cada vez que salía con Julie,

se encontrara a Orson. Supo que esos dos tenían algo entre manos y no pensaba quedarse al margen.

La duquesa caminaba dirección a la escalinata curva cuando irrumpió el mayordomo, el cual se inclinó como dictaban las normas.

—Excelencia, el marqués de Befast me ha dicho si puede recibirle.

Aunque tenía una cita con Lousia, supo que su retraso no enojaría a su buena amiga.

—Claro que sí.

—La espera en el salón principal —informó haciéndose a un lado para dejarla pasar.

—Voy para allá, y llévenos un servicio de té —mandó.

—Por supuesto, excelencia.

La duquesa bajó los escalones, cruzó el *hall* enmoquetado y caminó por el pasillo ancho. Cruzó el umbral de la puerta del salón familiar; la estancia era amplia, las paredes estaban forradas con paneles de madera de calidad. Las alfombras que cubrían el suelo eran piezas lujosas. Los techos artesonados le daban el toque señorial y refinado de su estatus aristocrático. Había enormes ventanales en la pared y la luz de la mañana colmaba la estancia de luminosidad. A ella llegó el aroma a primavera, tibio y cargado de los perfumes que desprendían las flores de su jardín. Inspiró para empaparse de la dulce fragancia, que era una fiesta para los sentidos. Los pájaros cantaban y esbozó una ligera sonrisa.

Cameron se encontraba sentado en el sofá tapizado de damasco con patas cabriolé, ubicado perpendicular a la chimenea. En ese momento estaba apagada, pues la temperatura había aumentado en los últimos días, a pesar de las tormentas de las tardes. En cuanto él se percató de su presencia se levantó e hizo una ligera inclinación.

—Buenos días, excelencia.

—Buenos días, milord —saludó la duquesa, tomando asiento en una de las dos butacas que había frente al sofá.

Cameron se sentó de nuevo; aparecieron el mayordomo y un joven lacayo portando un servicio de té y unos tentempiés. Colocó todo en la mesa de té que se hallaba entre las dos butacas.

—Excelencia, gracias por recibirme sin concertar una visita. Espero que no haya perturbado sus planes.

Alexia agitó su mano al aire.

—Oh, no se disculpe, nada que no pueda aplazar unos minutos. De todos modos, quería hablar con usted de mi sobrina y —carraspeó— de su hermano.

El mayordomo sirvió la infusión a los nobles. Cameron agarró su taza, el joven lacayo le ofreció una bandeja de tentempiés para que cogiera alguno.

—Tengo suficiente con el té. —El sirviente dejó la bandeja sobre la mesita auxiliar que había entre el sofá y las butacas, después él y el mayordomo hicieron una reverencia y se marcharon—. De hecho, venía a hablar de mi hermano, y mucho me temo que no cejará en su empeñó de

inmiscuirse entre la señorita McJones y yo. Orson no es una buena influencia para una dama buena y sensible como ella, por ello pretendo pedirle matrimonio. Pero antes de proponérselo quería saber si usted me da su permiso.

Alexia estaba dando un sorbo a su bebida caliente, miró por encima del borde de la taza a Cameron. Tenía ojeras y sus facciones estaban contraídas, como si hubiera algo que le preocupara en exceso y era evidente que se trataba de su sobrina y Orson. La dama alargó el cuerpo y depositó la taza en su platito ubicado en la mesita auxiliar.

—Sabe que le va a decir que no —declaró ella.

El noble se removió en su asiento, no negaría que ya lo imaginaba, pero escucharlo en voz alta tomaba otra dimensión en su interior. Se sintió fracasado.

—Sé que no le agrado a su sobrina, ella prefiere a Orson, solo hace falta ver cómo lo mira. Sin embargo, yo jamás la lastimaría y creía que usted me ayudaría a convencerla para que me diera el *sí*.

Alexia cabeceó con gesto pesaroso.

—Le prometí a mi sobrina que si ella no lo aceptaba buscaríamos a otro pretendiente.

Cameron enderezó la espalda, el canto de los pájaros que provenía del exterior en ese momento no le brindaba paz. Necesitaba el silencio para pensar.

—¿Entonces, aceptará que se case con Orson si ella se lo pide?

—Yo no he dicho eso, milord. Jamás le daría mi consentimiento a su hermano. Aun así, hay cosas que escapan a mi control y Orson es muy listo. Ha encontrado la manera de cortejar a mi sobrina sin problema. Es evidente que no quiere regresar a Georgia por Daisy, no porque la quiera, sino para lastimarla.

Cameron se quedó rígido y alzó sus cejas oscuras.

—No la entiendo, excelencia.

—Lady Julie Cooper le propicia encuentros «nada casuales» —puntualizó remarcando dichas palabras— cuando ella y mi sobrina van a pasear. Una argucia por parte de su hermano tan miserable como su existencia —soltó con dureza, no podía reprimir sus instintos protectores hacia su sobrina cuando hablaba de ese sinvergüenza—. No permitiré que le haga a Daisy lo mismo que le hizo a la hija del baronet y a tantas otras muchachas inocentes.

—Así que lo sabe...

La dama asintió.

—El baronet era muy amigo de esta familia y me lo contó en confidencia.

—Si le sirve de consuelo, pienso echarlo de mi casa. Sin un lugar donde vivir se verá obligado a marcharse a Georgia.

—No subestime a su hermano, milord. Tiene la astucia de Satanás. La única manera es que mi sobrina Daisy vea con sus propios ojos la naturaleza malvada de su hermano.

—¿Y qué sugiere?

—No lo sé, pero hay que pensar rápido.

Cameron se levantó y se acercó a la ventana, las cortinas se agitaban debido al ligero viento que entraba. Sus cabellos se alborotaron y él se los peinó con los dedos. Se dio la vuelta de golpe y miró con intensidad a la duquesa.

—Creo que he encontrado la manera de que su sobrina vea por sí misma la verdadera naturaleza de Orson. Pero necesito su ayuda.

—Desde luego —manifestó eufórica.

Cameron se volvió a sentar y explicó los planes a la duquesa.

***

Orson saltó de la cama una vez que sus instintos más primarios fueron satisfechos por Julie. La mujer se quedó en el lecho de su alcoba y observó como él se ponía los calzones. Como todas las noches, desde que regresara de Georgia, él se colaba en los aposentos de la dama a través de un árbol que había debajo de la ventana que ella nunca cerraba.

—¿Ya te vas? —preguntó la lady, que se levantó y se puso una bata de muselina.

Orson no contestó de inmediato, siguió vistiéndose, se colocó la camisa blanca, se sentó en el lecho y se calzó las botas altas. La dama se acercó a él y este se levantó.

—Dame un puñetazo en el ojo, y que sea fuerte.

Julie cabeceó.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Necesito tener el rostro magullado mañana cuando me encuentre con Daisy.

La dama colocó una de sus manos en la cadera.

—Orson, te has vuelto loco. ¿Qué vas a ganar con ello?

—Quiero que ella odie con todas sus fuerzas a Cameron; de esta manera, accederá a escaparse conmigo a Gretna Green para casarnos.

—¿Te vas a casar con ella? —farfulló sorprendida.

—Lo tengo que hacer para sacarle dinero a mi hermano.

Julie se lo quedó mirando boquiabierta. Siempre había creído que Orson no se casaría jamás, era alérgico a las relaciones, por eso nunca se hizo ilusiones a pesar de albergar sentimientos por él.

—¿Te has enamorado de ella? —preguntó en un hilo de voz.

Orson echó la cabeza hacia atrás y rompió en carcajadas.

—¿Estás celosa? —preguntó burlonamente en tanto deslizó las manos por la cintura femenina y la atrajo a su cuerpo.

Ella hizo un mohín antes de contestar.

—Un poco, la verdad.

—No tienes motivos, no amo a Daisy —repuso y le estampó un beso en los labios.

—Entonces, ¿por qué quieres casarte con ella?

—Mi plan es contratar a alguien para que se haga pasar por párroco. No será una boda oficial y, cuando salga a la luz, yo estaré lejos con la fortuna que le sacaré a mi hermano. Daisy se verá envuelta en un escándalo y padecerá el ostracismo de la sociedad que se extenderá a las demás hermanas. Se hablará durante años, tal como tú deseabas. Ambos ganamos: yo le saco dinero a mi hermano y tú arruinas la reputación de Daisy. Con un poco de suerte, en la falsa noche de bodas puedo engendrar a un bastardo en su vientre. Por más conexiones que tenga la bruja de la duquesa en las altas esferas aristocráticas nadie querrá casarse con ella.

La dama rodeó con sus brazos el cuello masculino. El plan era perfecto si no fuera porque había un sentimiento en su interior que le impedía sentirse feliz por causar la ruina de Daisy. En los últimos días había tenido la oportunidad de conocerla un poco más y se había percatado de que ella no tenía un gramo de maldad en el cuerpo. Darse cuenta de eso le había supuesto tomar conciencia de su propia naturaleza: era un ser ruin, incapaz de sentir amor por nadie que no fuera por ella y por sus caprichos.

—¿Me llevarás contigo cuando huyas? —preguntó la dama emocionada, con sus ojos grises brillantes de anhelo.

La pregunta había salido sola por su boca al comprender que nunca más podría mirar a Daisy sin sentir asco por sí misma.

Orson la contempló a los ojos, por nada del mucho pensaba cargar con una mujer a cuestas. Sin embargo, no podía negarse, ya que si lo hacía corría el riesgo de que no lo ayudara en la última fase de su plan, así que le mentiría.

—Por supuesto —comunicó—. Con el dinero que saque viajaremos por Francia e Italia.

La lady se emocionó y rio.

—¡Será perfecto! —exclamó feliz, renovando el entusiasmo.

Con un objetivo tan atractivo como el que le proponía Orson, ya nada impediría llevar a cabo el plan.

***

Al día siguiente, después de desayunar, Julie fue a Kingeston House. Por suerte, la duquesa no se encontraba en la mansión y pudo hablar con tranquilidad con Daisy para convencerla de ir de compras sin el permiso de Alexia. Sin embargo, la sirvienta, que siempre vigilaba los movimientos de Julie, las acompañó, para disgusto de esta, alegando que su excelencia le había ordenado ir con Daisy cuando saliera de la mansión.

Hacía una mañana maravillosa, llena de luz, cargada de aromas primaverales. El carruaje aparcó en un lateral de las calles comerciales, cerca de Pall Mall. Los escaparates adornaban los edificios y las damas iban de un lado a otro admirando los objetos, telas, vestidos, complementos... que se exponían.

—Julie, tengo que darte las gracias —manifestó Daisy caminando por la acera. Julie estaba a

su lado y deslizó su brazo por el codo flexionado de su amiga con un gesto cómplice y cariñoso.

La lady volteó el rostro y la miró.

—¿Por qué?

—Porque eres la mejor compañera que puedo tener. Y te prometo que, si llego a casarme, seguiremos siendo amigas para el resto de la vida.

Daisy le regaló una de sus sonrisas más maravillosas; a la lady se le llenaron los ojos de lágrimas. Entendió que era especial para ella y nunca había sido especial para nadie. Su conciencia empezó a martillear en su corazón y le advertía que no cometiera más errores. Notó un dolor en el pecho y respiró hondo a fin de deshacer el nudo que se había formado en su garganta. Su interior se estaba revelando y le dolía, pues nunca había sentido nada parecido. Intentó que no le afectara, pero ya era tarde. No supo muy bien por qué reaccionó como lo hizo, solo era consciente de que necesitaba abrazar a su amiga y confesarle la verdad.

Julie se lanzó a su cuello y la abrazó.

—Daisy, perdóname, pero yo...

No puso continuar, dado que Orson la esperaba frente a un escaparate a unos metros e hizo un gesto con la cabeza señalando la sombrerería. Era el momento de poner el plan en marcha. Tragó saliva, dio un paso atrás y miró a Daisy; por encima del hombro vio al hombre entrar en el comercio. Solo tenía unos segundos para decidir qué camino escoger. Cerró los párpados unos segundos. Quería estar con Orson, viajar a lugares que, de otra manera, nunca vería. Respiró profundo y dijo:

—Allí hay una sombrerería que hace tiempo quiero visitar —mencionó señalando con el dedo el sitio—. Dicen que es la mejor de Londres.

—Entonces, entremos; los sombreros son unas de mis pasiones y necesito un par de nuevos.

Las mujeres caminaron hacia el lugar, detrás las seguía la fiel sirvienta, como una perra custodiando a sus cachorros. Pero, en cuanto las damas entraron, ella se quedó fuera al lado de la puerta.

Dentro de la sombrerería, Daisy no pudo evitar exclamar al contemplar los preciosos sombreros. Había modelos espectaculares, forrados en satén y adornados con plumas y flores. En un rincón, apartado de la puerta de entrada para que la sirvienta no lo viera, estaba Orson.

—Buenos días, queridas damas —saludó el hombre a tiempo que se sacaba el sombrero y lo sujetaba en una mano.

—Buenos días, lord Orson Wood —fingió Julie—. ¡Qué agradable sorpresa!

—Buenos días, lord... —empezó a saludar Daisy, pero se quedó sin habla cuando se percató del ojo inflado y morado del hombre; se acercó y en su rostro se reflejó la preocupación—. ¿Qué le ha sucedido, milord?

El dependiente del comercio, que creyó que iban juntos, se acercó también.

—¿En qué puedo ayudarlos, damas y caballero? —solicitó inclinándose ligeramente.

—Yo necesito un sombrero para mis paseos de tarde —se apresuró a solicitar la lady; con

intención de alejar al hombrecillo enjuto de su amiga y el noble, señaló con el dedo unos modelos que estaban del otro lado de la tienda—. Me gustan esos.

Mientras Julie entretenía al dependiente, Orson se dispuso a llevar a cabo su plan.

—¿Le duele? —preguntó ella con ganas de alargar la mano y acariciar la zona lastimada.

—No tanto como ayer.

—¿Qué le ha sucedido? —Orson se pasó la mano libre por la cabeza y simuló estar preocupado—. Milord, puede confiar en mí.

—Quizá será mejor que me despida. Pienso marcharme de Londres mañana.

Daisy se llevó la mano al corazón con un gesto de pavor.

—¿Se va? —preguntó con lágrimas que no pudo retener en los ojos.

—Después de lo que pasó con mi hermano Cameron ayer, no puedo hacer otra cosa. —Alargó la mano hasta su ojo lastimado y fingió dolor.

Ella arrugó el cejo.

—¿Ese moratón tiene alguna relación con el marqués de Befast?

Orson estaba complacido por cómo transcurría la conversación.

—Más o menos...

—Explíquese, por favor —pidió ella.

—Mi hermano me odia, ayer intentó atentar contra mi vida y me vi en la obligación de defenderme. Sin embargo, no pude esquivar sus puños.

La dama se llevó la mano a la boca ahogando un gemido.

—No puede ser... —farfulló intentando convencerse.

—Le digo la verdad, mi ojo es una prueba más que evidente —declaró acariciándose la zona malherida.

—Disculpe, no creo que mienta. Solo que me resulta increíble.

—No es la primera vez que Cameron recurre a la violencia contra mí. Y, desde que sabe que quiero casarme con usted, su intención es quitarme de su camino a cualquier precio.

La primera reacción de Daisy fue parpadear, estaba atónita. ¿Le estaba pidiendo matrimonio? Su rostro enrojeció y sus ojos turquesa brillaron más que nunca.

—¿Cómo ha dicho?

Orson se acercó a ella y, para su regocijo, la muchacha no reculó.

—Ahora que me marcho y que no volveré a verla nunca más, confieso que la amo, señorita McJones; usted es la estrella que ilumina mi camino y nada me haría más feliz en este mundo que casarme con usted.

La cabeza de Daisy empezó a dar vueltas, una marea de felicidad la sumergió en un tornado de emociones. Comprendió que no podía dejarlo marchar.

—No se vaya, por favor. Hablaré con mi tía, ella debe enterarse de todo esto.

—¿Me está diciendo que siente lo mismo por mí?

La dama agachó la cabeza y escondió su avergonzada mirada. No podía creerse que hubiera

sido bendecida con el amor romántico con el que siempre había soñado.

—Sí... —afirmó en apenas un susurro.

—¡Me hace el hombre más feliz! —exclamó; con el dedo alzó la barbilla de la dama para que lo mirara a los ojos—. Pero su tía me aborrece. Lo nuestro es un amor imposible, un amor cortés que tendremos que llevar en secreto a través de clandestinas cartas.

—No conoce a la duquesa como yo, ella me escuchará. La convenceré de que usted es objeto de la ira de su hermano por culpa de sus sentimientos hacia mí.

—Siento llevarle la contraria —declaró fingiéndose derrotado—. Su tía me advirtió en varias ocasiones que no permitiría que la cortejara.

—Pero debemos intentarlo, ¿no cree? —insistió.

—Quizá haya una solución para que la duquesa acepte nuestro amor. Acompáñeme a Gretna Green y nos casaremos.

Daisy empezó a temblar. Su padre y su madre también tuvieron que huir para poder casarse y estar juntos el resto de sus vidas. En consecuencia, su progenitora rompió todos los lazos familiares y nunca más quiso saber nada de su familia, ni de Londres, sin tener en cuenta que aquella decisión provocó dolor, mucho dolor. Desde luego que quería casarse con Orson, sin embargo, no deseaba de ningún modo lastimar a las personas que amaba: sus hermanas, su tía, su sobrino, su cuñado y su amiga Julie. Unos nubarrones oscuros ocultaron el sol de repente y el ambiente de la sombrerería quedó en penumbra.

—Solo aceptaré si al día siguiente de la boda regresamos a Londres. Quiero que mi familia acabe aceptando nuestro amor. Sé que una vez casados, podremos convencerlos.

Por encima de la cabeza de la dama, Orson guiñó el ojo disimuladamente a Julie para informarla de que Daisy había caído en la trampa.

—Mañana vendré a buscarla al amanecer, ¿podrá salir de Kingeston House sin ser vista?

—Sí.

***

Will Baley y Humphrey Pyn acababan de salir de la prisión de Fleet. El detective había tenido algunos problemas para poder sacarlo de allí. Para retirarle la condena había tenido que buscar a alguien a quien culpar de los robos y encontró a un pobre desgraciado al que emborrachó para que confesara unos hurtos que no había llevado a cabo.

Ambos hombres subieron al faetón de Will. La mañana, soleada y brillante, estaba dejando paso a un mediodía oscuro. Nubes gruesas cubrían el cielo y empezaba a tronar, preludio de la tormenta que se acercaba. El detective agitó las riendas sobre los lomos de los dos caballos para que iniciaran la marcha y puso rumbo a su hogar con rapidez.

Will Baley vivía a las afueras de la ciudad en una señorial casa blanca de dos plantas, con un enorme sótano donde se ubicaban las habitaciones de los sirvientes, la cocina, la despensa y la

lavandería. Tenía un hermoso jardín en la parte de adelante y otro detrás, por el cual se accedía, por un camino empedrado, a los establos y a la cochera donde guardaba su nuevo vehículo.

Tan pronto llegó a su hogar, el mozo de cuadra se encargó del faetón y los caballos. Will le ordenó que limpiara el interior del vehículo, no quería que la mugre que llevaba encima el expresidiario le ensuciara los asientos tapizados en terciopelo granate. El detective amaba su faetón, pues le otorgaba un estatus elevado y quería que estuviera reluciente. En condiciones normales, por nada del mundo hubiera permitido que un hombre como Humphrey hubiera subido, pero no había encontrado otra forma.

En ese momento, un rayo rasgó el cielo negro, el trueno retumbó con tanta fuerza que los cristales de las ventanas retumbaron con intensidad. Humphrey caminó hacia la entrada, pero el detective lo detuvo asiéndolo del brazo.

—Vas a entrar por la cocina. —Lo miró de arriba abajo, sus ropajes eran harapos deshilados por todos lados y sin color, en la tela se advertía una capa de mugre y su cabello rizado castaño claro y su rostro estaban sucios—. Apestas a estiércol y llevas encima la suciedad acumulada de años.

El hombre sonrió con ironía y miró el soberbio hogar del detective.

—Y temes que te ensucie tu bonita casa. Sabes, mi mugre se irá con un buen baño y mucho jabón, en cambio, la tuya, la que tienes en tu corazón, nunca desaparecerá.

El detective alzó la mano para abofetearlo, pero la desafiante mirada verde del ladrón detuvo su brazo.

—Vigila esa lengua. Puedo llevarte de regreso a Fleet y buscarme a cualquier otro. Tengo una lista larga de candidatos. ¿Has comprendido bien?

—Desde luego —mencionó con una mirada punzante.

—A partir de este momento dejas de ser Humphrey Pyn para convertirte en Edward.

El hombre asintió. Empezó a llover con fuerza, las rachas de viento arrastraban las gotas que iban creciendo en intensidad y tuvieron que apresurarse a entrar para no mojarse. Lo hicieron por la puerta de la cocina, el aroma a buena comida hizo salivar la boca de Humphrey. Hacía tiempo que no probaba algo comestible, eran pocas las ocasiones que en la prisión daban de comer en condiciones. A veces, los alimentos que le servían apestaban tanto que no le quedaba más remedio que tirarla al suelo. Las ratas no tardaban en salir de sus escondites para darse un festín. Era raro el día que traían algo que mereciera la pena llevarse a la boca y, cuando sucedía, debía vigilar su espalda para que no se lo arrebataran. Más de uno había encontrado la muerte debido a que no supo defender su plato de comida.

Había una cocinera que estaba frente a los fogones revolviendo el contenido de una olla, que, al sentir la puerta cómo se abría y cerraba, gritó:

—¡Date prisa con las verduras, muchacha! —Se dio la vuelta, abrió los ojos sorprendida—. Oh, es usted, señor Baley, discúlpeme. Pensaba que era mi ayudante.

—Este es Edward, un buen amigo mío que ha pasado por una mala racha. Asegúrese de que

coma y se bañe, instálelo en una de las habitaciones vacías para el servicio. Y que alguien suba a la alcoba de mi hijo y busque entre sus cosas algunas prendas viejas.

—De acuerdo, señor —acató sosteniendo la cuchara que dejó enseguida dentro de la olla humeante.

Humphrey, a partir de ese momento bautizado como Edward Kingeston, se quedó ahí abajo y obligó a su mente a aceptar su nuevo nombre. En tanto, Will subió a esperar a que el chaparrón pasara. Después, le haría una visita a la duquesa para sacarle más dinero.

Capítulo 7

Alexia se hallaba en el salón familiar de pie frente a la chimenea que un sirviente había acabado de encender. Alargó las manos hacia las vigorosas llamas que revoloteaban en el hogar. Después de la intensa tormenta, la primavera estaba en suspenso. El ambiente había quedado sereno y frío; una neblina blanca permanecía inerte sobre la tierra y no tenía muchas ganas de diluirse. Con toda seguridad estaría durante el resto de la jornada y acrecentaría esa sensación de humedad y frío.

Mientras la duquesa hundía su mirada gris clara en las llamas, meditaba en el plan de Cameron que ella llevaría a cabo y rezó en silencio por que funcionara. Gracias a su sirvienta se había enterado de que en la mañana Julie había aparecido por Kingeston House y había convencido a Daisy de ir de compras sin su permiso. Por más que la lady había intentado esconder sus intenciones, la verdad era que la sirvienta había visto de reojo a Orson entrar en la sombrerería en la que, poco después, fue arrastrada su sobrina. Era más que evidente que se había producido otro encuentro y era el momento de poner fin a esa situación.

—Tía Alexia, ¿querías verme? —preguntó Daisy en el umbral de la puerta.

Su excelencia se dio la vuelta.

—Sí, por favor, siéntate —pidió señalando uno de los sofás; su sobrina tomó asiento y ella hizo lo mismo en el que estaba delante.

El rostro serio de su tía puso sobre aviso a la muchacha. Llegó a la conclusión de que se había enterado de su salida por parte de la sirvienta que las había acompañado a ella y a Julie en la mañana. De hecho, no esperaba que no la descubriera, sino que había creído que lo haría más tarde y todavía no había meditado mucho qué decirle, porque estaba demasiado ocupada preparando una bolsa de viaje con lo imprescindible. En realidad, pensaba escribirle una carta a ella y a cada una de sus hermanas, asegurándoles que volvería en un par de días.

—Me han dicho que has salido —mencionó su excelencia.

La sobrina tragó saliva y unió las manos sobre su regazo.

—Tía Alexia, no estabas y pensé que no te molestaría que fuera de compras. Además, tu sirvienta de confianza nos acompañó.

A medida que hablaba, su voz sonaba más apagaba. La culpabilidad por lo que iba a hacer empezaba a formar una bola densa y pesada en su interior.

—¿Te has vuelto a encontrar con Orson? —preguntó, no pensaba andarse con rodeos.

Las mejillas de Daisy se sonrojaron y bajó la vista a sus manos. Era incapaz de mirar a su tía sin mostrar sus sentimientos en sus ojos turquesa. De algún modo, su silencio fue una respuesta afirmativa.

—Daisy, ese hombre no es bueno.

La muchacha levantó la cabeza, no le agradaba que hablaran mal de él.

—No es cierto, tía Alexia. No sé qué te habrá contado el marqués, pero todo lo que te diga de Orson es mentira.

Alexia alzó una ceja con un gesto de incredulidad.

—Vaya, ¿ya lo llamas Orson? Intuyo que hay confianza entre vosotros dos —le recriminó la duquesa.

—Por favor, tía Alexia, dale una oportunidad, permíteme que te enseñe cómo es en verdad y sabrás que el marqués miente como un bellaco.

Alexia suspiró cansinamente. Se levantó y se acercó a la chimenea en busca de calor. Miró las llamas un instante y se dio la vuelta. Su sobrina le rogaba con la mirada y supo que no le quedaba otra que negociar con ella, tal como hiciera con Rose cuando se negó a casarse, pues tenía intención de quedarse soltera para cuidar a sus hermanas.

—Está bien, hagamos un trato.

A Daisy se le iluminaron los ojos, ya que, dependiendo del acuerdo al que llegaran, no haría falta que ella y Orson se escaparan para casarse.

—¿Qué quieres a cambio de permitir que Orson me corteje?

—Lord Befast me pidió permiso para proponerte matrimonio. Tengo que darle una respuesta primero.

Daisy negó con la cabeza.

—No puedo casarme con él, amo a Orson; ya sé que no tiene ningún título, pero ni a él ni a mí nos hace falta.

—Soy consciente de ello y aceptaré vuestra relación a cambio solo de una cosa.

Los ojos de la muchacha se abrieron expectantes.

—¿Qué cosa?

—Te demostraré que él no es digno de tu amor y, si lo consigo, tú aceptarás casarte con Cameron.

Daisy no necesitó nada más, pues sabía que su tía no podría demostrarle que Orson era un hombre infame.

—¡Acepto!

—Bien, pues entonces enviaré a un lacayo con una nota para lord Orson Wood invitándolo a un té esta tarde.

—¡Gracias, tía Alexia! —exclamó eufórica, se levantó, se acercó a la noble y la abrazó con todo el cariño que sentía por ella.

A su excelencia se le inundaron los ojos de lágrimas en tanto la abrazaba. Trató de no sollozar delante de la joven y tragó saliva a fin de retener las lágrimas, que brillaban en sus ojos. Era muy duro haber tomado esa decisión. Se consoló al pensar que lo hacía por su bien. Por nada del mundo quería que acabara como la hija del baronet. Aun así, no podría evitar destrozar el corazón inocente de Daisy, y esa realidad era la que le costaba más de asimilar. Ella era un ángel que esa misma tarde perdería las alas de la inocencia.

—No me las des, querida, no me las des. Todavía no... —susurró la duquesa acariciando la espalda de la muchacha.

—Excelencia, el señor Baley pide si puede recibirle.

Alexia inspiró una bocanada larga de oxígeno. Edward... La cabeza empezó a darle vueltas.

—¿Estás bien, tía Alexia? —preguntó la sobrina al darse cuenta de su estado nervioso.

—Sí, querida. No te preocupes —mencionó acariciando su mejilla y miró al mayordomo—. ¿Viene solo o acompañado?

La duquesa retuvo el aire en sus pulmones mientras esperaba la respuesta.

—Viene solo, excelencia.

—Yo me voy para que habléis con tranquilidad —dijo Daisy.

Alexia asintió.

—Dile que pase —mandó la duquesa al mayordomo mientras la sobrina salía de la estancia.

La noble se quedó allí de pie frente a la chimenea, con una mano apoyada en la repisa. El detective no tardó en entrar, se acercó a su excelencia e hizo la pertinente inclinación.

—Excelencia, traigo buenas y malas noticias —anunció en tanto se enderezaba.

Alexia sentía un frío intenso a pesar del calor del fuego que traspasaba sus ropajes. Empezó a temblar.

—Hable, por favor.

—He encontrado a su hijo en la prisión de Fleet.

—Dios mío... —farfulló con la voz rota.

La dama se tambaleó y el detective se acercó a ella. La sostuvo por un codo.

—Siéntese, excelencia.

Ella asintió y se acomodó en el sofá.

—¿Lo ha visto, señor Baley?

—Permítame que me siente.

—Oh, por favor —pidió señalando el sofá de enfrente—. Disculpe mis modales, pero ahora mismo estoy intentando asimilar sus noticias.

Él también tomó asiento.

—Desde luego, excelencia. Pero no se preocupe en exceso. He sacado a su hijo de prisión y no debe temer por él. Yo me estoy ocupando de su seguridad.

La duquesa apretó sus delgados labios. Solo las formas que acompañaban su estatus lograron que no llorara como una niña desconsolada. Se llevó ambas manos a la boca y controló su agitada respiración. Necesitó unos segundos para recomponerse, después preguntó:

—¿Por qué estaba en prisión? —trató de que su voz no delatara su ansia por recibir una buena noticia, no sabía cómo se tomaría que su hijo fuera un asesino.

—Ha pasado una mala racha. —Se encogió de hombros—. No tenía dinero para comer, por lo que se vio empujado a robar para poder alimentarse.

—Es horroroso... —Se levantó de golpe, en cierto modo se sentía aliviada, porque si le hubiera confesado que su hijo estaba en prisión por asesinato temía desmayarse del disgusto—. Por favor, lléveme con él.

El detective también se alzó.

—Excelencia, él no está preparado. Además, no quiere que lo vea en las condiciones en las que está sumido. Lo ha pasado mal en la cárcel y hablarle de la verdad de su nacimiento no ha ayudado, sino que ha empeorado su estado de ánimo. Piense que siempre ha creído que sus padres eran otros. De momento, necesita un lugar para vivir, ropa nueva y alguien que le enseñe a desenvolverse en un mundo que desconoce. Solo desea que no se avergüence de él, es lo que me ha dicho antes de venir aquí.

Alexia trató de no desesperarse.

—Nunca me avergonzaría de él. ¡Debe decírselo! —afirmó llevándose la mano al corazón, latía de felicidad y de preocupación al mismo tiempo, tenía la impresión de que, de un momento a otro, se le saldría por la boca.

—Cuente con ello, se lo diré. En cuanto esté más recompuesto, vendrá a verla.

La duquesa se llevó la mano a la cabeza con gesto de estar pensando.

—Mientras tanto, necesitará ropa, calzado, un lugar donde vivir de acuerdo con su condición de duque. También le proporcionaré un carruaje; la lista es larga. Mi administrador le dará el efectivo que necesite. También usted recibirá una compensación más que jugosa por encontrar a mi hijo. Siempre le estaré agradecida.

El detective simuló su euforia. Ese dinero le vendría muy bien para costear su refinado nivel de vida.

—No me dé las gracias, excelencia. Es mi trabajo, además, el antiguo duque era un buen amigo y no merecía menos.

—Sin duda, mi esposo Edward se sentiría afortunado de saber que había tenido buenos amigos a su lado.

El detective se despidió y se marchó. Alexia seguía frente al hogar tiritando como una hoja; se abrazó a sí misma a fin de controlar los tembleques. Aun así, sabía que no era frío lo que estremecía su cuerpo. La realidad de que tendría pronto a su hijo en Kingeston House y que desempeñaría su papel como el nuevo duque alimentaba una felicidad que había contenido frente al detective. Se dejó llevar por un remolino interior y lloró a lágrima viva. Pero sus lágrimas nada

tenían que ver con el dolor, más bien era la dicha que salía en forma de gotas saladas, que diluían a su paso toda la oscuridad que había acumulado su corazón durante demasiados años.

—Edward, mi querido hijo... —susurró limpiándose las lágrimas.

La certeza de que pronto lo abrazaría provocó que sus delgados labios se curvaran en una sonrisa.

***

La duquesa de Kingeston estaba teniendo una tarde de lo más intensa y empezaba a notar cómo su cuerpo le pedía una noche de sueño. El problema era que el día no había terminado y antes de que lo hiciera debía lidiar con el granuja taimado de lord Orson Wood. Admitía que si el plan salía bien debería agradecérselo a Cameron. Había que reconocer que el marqués se estaba tomando demasiadas molestias para desenmascarar a su gemelo a los ojos de su sobrina. Empezaba a comprender que el noble, a pesar de mostrar una seriedad extrema en su carácter y atuendo, tenía un corazón bajo esa coraza, un corazón que latía por Daisy.

De momento, la primera parte de plan estaba saliendo a pedir de boca. Orson había aceptado su invitación y en unos minutos llegaría a tomar el té. Quizá hubiera sido más correcto invitarlo a cenar, pero no quería que se le indigestara la comida. Ese hombre sacaba lo peor de ella y temía delatarse y que él intuyera que algo tramaba. Por otra parte, Cameron aguardaba en la biblioteca a la espera del desenlace y había apostado un lacayo en la puerta para que nadie irrumpiera en el interior. Solo faltaba que por un descuido Daisy entrara y lo viera, ya que ella estaba ajena a toda esa puesta de escena.

La duquesa permanecía en el salón principal de Kingeston House con su sobrina Daisy. Estaba atardeciendo y la jornada tormentosa había dejado un cielo tan limpio que la visión de rojos, anaranjados y violetas, que se mezclaban en el firmamento con los últimos rayos de sol, resultaba ser todo un espectáculo digno de admirar. Pero ni tía ni sobrina tenían los ánimos predispuestos para captar la belleza del cielo.

—Quiero que te escondas allí detrás —pidió la duquesa señalando las cortinas descorridas de uno de los ventanales.

Daisy miró a su tía como si se hubiera vuelto loca.

—¿Lo dices en serio? —preguntó escéptica.

Su excelencia la cogió del codo y la llevó al ventanal.

—Estoy hablando muy en serio —explicó al percatarse de que su sobrina la miraba con ojos dubitativos—. Recuerda que hemos hecho un pacto.

—Estás muy rara, tía Alexia. Además, he visto a un lacayo custodiando la biblioteca. No entiendo nada. ¿Qué hay o quién hay que no pueda ver?

A Alexia no le extrañó que a la muchacha no le pasara por alto ese detalle. Sus sobrinas se enteraban de todo, a pesar de que Kingeston era enorme.

—Todo a su debido tiempo, querida. Ahora lo importante es que me hagas caso.

—Está bien —claudicó escondiéndose tras las cortinas de damasco—. Pero sigo pensando que todo esto es muy raro.

Su excelencia se aseguró de que los zapatos no salieran por debajo de las cortinas y que la figura de su sobrina no abultara demasiado. Con cuidado, colocó los pliegues de la tela de una manera que nadie hubiera dicho que había alguien escondido.

—Daisy, querida, prométeme que no saldrás oigas lo que oigas. Lo que estoy haciendo valdrá la pena y en un futuro me lo agradecerás.

—Te lo prometo, tía Alexia —dijo la muchacha tras las cortinas.

—Excelencia, lord Orson Wood acaba de llegar —informó el mayordomo entrando a la estancia.

La duquesa fue a sentarse al sofá con patas cabriolé y tapizado en damasco, como las cortinas, ubicado perpendicular a la chimenea. Entre las dos butacas de adelante había una mesa de té, en cuya superficie ya estaba todo dispuesto para servir la bebida caliente en sus lujosas tazas de porcelana china.

—Hazlo pasar —ordenó la noble sentándose en una de las butacas.

En cuanto el lord entró, no le sorprendió la opulenta estancia de techos artesonados, candelabros de oro, obras de arte en las paredes, estatuas de mármol en los rincones, paneles de madera en las paredes y alfombras lujosas en el suelo. Estaba acostumbrado a la fastuosidad de Befast Palace, que no tenía nada que envidiarle a Kingeston House.

—Buenas tardes, excelencia —saludó Orson.

Se acercó a la dama y, con las manos detrás, hizo una reverencia burlona. Su excelencia fingió no darse cuenta. Se limitó a señalar con la mano tendida el sofá para que él tomara asiento.

—¿Un té, milord? —ofreció ella.

El mayordomo empezó a servir el té en las tazas, alargó una al invitado.

—¿No estará envenenado, excelencia?

Ella lo fulminó con la mirada y el mayordomo alzó las cejas tan sorprendido que casi se le derrama la bebida.

—Lo tendré presente para otra vez que lo invite —mencionó con sorna Alexia.

El noble bufó hastiado.

—Déjenos solos —pidió la duquesa a su mayordomo.

—¿Está segura, excelencia? —preguntó el sirviente ojeando al invitado, lo veía capaz de todo.

—Sí, no se preocupe, no va a pasar nada.

El mayordomo obedeció y pidió al lacayo, que estaba apostado al lado de la puerta, que también se marchara.

—Tengo prisa, excelencia. Debo atender asuntos importantes, como buscar un lugar para vivir. Supongo que sabe que mi hermano me ha echado de Befast Palace.

A la duquesa se le escapó una sonrisa pícara, el noble hizo una mueca de desprecio.

—Conocía sus intenciones. Y lo cierto es que me alegro de tal decisión.

—Nunca le he caído bien.

La dama dejó la taza en la mesita.

—Lo detesto, milord. Es usted un sinvergüenza sin escrúpulos. Lo que le hizo a la hija del baronet no tiene perdón.

—Le hice un favor —ironizó.

—¿Un favor? Casi destroza el futuro de una buena muchacha.

—Esa estúpida necesitaba un escarmiento para que abriera los ojos a la realidad de la naturaleza varonil.

El comentario le dio motivos a la duquesa para pensar que ese hombre era peor de lo que creía.

—¿Y ese mismo escarmiento es el que pretende infligirle a mi sobrina? Es usted tan mezquino...

Orson dejó la taza en la mesita y se alzó.

—No he venido hasta aquí para que me insulten. Le recuerdo que ha sido usted, excelencia, la que ha solicitado mi presencia.

La duquesa también se levantó.

—Deje a mi sobrina en paz —dictaminó con claridad la dama enfrentándose a la mirada colérica del hombre.

Orson echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Sabe, esta vez no tiene ventaja, excelencia. Su poder y sus influencias no evitarán que Daisy y yo nos veamos.

—Es astuto, milord, ha utilizado a lady Julie Cooper para propiciar encuentros nada casuales con mi sobrina.

Orson alzó las cejas, la sirvienta había resultado ser muy sagaz y había informado muy bien a su señora.

—Entonces, ya sabe que todo el tiempo que invierta en separarnos será un tiempo perdido.

Alexia miró disimuladamente hacia el lugar donde estaba escondida Daisy. Había llegado el momento de desenmascarar a tan infame hombre, pero vio que las cortinas se agitaban con ligereza y supo que ella estaba temblando. Por suerte, la luz de los candelabros no llegaba en todo su esplendor a la zona y Orson no se daría cuenta.

—¿Cuánto quiere por dejar a mi sobrina en paz?

Orson estudió las facciones tensas de la duquesa buscando alguna señal que le advirtiera de algún engaño. Sin embargo, su mirada dura evidenciaba que ella hablaba en serio. Torció la boca, su mirada adquirió el brillo de la codicia.

—La cifra que tengo en mente dudo que quiera pagarla.

—Pagaré la cifra que desee a cambio de que deje a mi sobrina y se marche lejos de Londres.

—Quiero medio millón de libras.

Alexia se tensó.

—¿Y promete que desaparecerá de la vida de Daisy para siempre?

—Sí.

Su excelencia no era estúpida. Percibía con claridad la avaricia en los ojos oscuros del hombre, por lo que no quedó espacio para la duda al dar por hecho que, en cuanto traspasara dicha cantidad a su cuenta, volvería a por más amenazándola con seducir a Daisy. Sin embargo, él se llevaría una sorpresa.

—¿Qué quiere que le diga a mi sobrina cuando sepa que se ha marchado para siempre?

Orson se encogió de hombros.

—Lo dejo en sus manos.

—Nunca la ha amado, ¿verdad?

Orson emitió un suspiro cansino.

—Excelencia, del amor no se vive, y yo necesito dinero. Comprenda que soy un hombre con muchos talentos y no puedo evitar que las damas queden embelesadas conmigo. Sería un estúpido si no sacara beneficio de este don.

Se escuchó una exclamación ahogada que provocó que él arrugara la nariz, se dio la vuelta y, de entre las cortinas, vio aparecer a Daisy.

—Tía Alexia, no le des ni una libra a este sinvergüenza —pidió con los ojos anegados de lágrimas.

La noble asintió con la cabeza. Orson las miró alternativamente y no tardó ni un minuto en comprender que todo había sido un engaño. Alexia aprovechó ese silencio para acercarse a la puerta, la abrió y pidió al mayordomo que fuera a avisar al marqués.

—Daisy, la duquesa me ha engañado —mencionó Orson acercándose a la dama, ella dio un paso atrás.

—¡No se atreva a tocar a mi sobrina! —gritó Alexia caminando rápido hacia ellos; Orson era un mal bicho capaz de todo.

—Váyase, no quiero verlo nunca más —exigió Daisy a Orson, notando como toda ella se rompía como un cristal al que tiraban al suelo con fuerza.

Era tanta la vergüenza que sentía la muchacha por haber creído en él que solo deseaba encerrase en su alcoba para no salir nunca más. Todo lo que le había dicho Orson era mentira. Todo. Incluso había mentido sobre Cameron. Y su amiga Julie había participado en el engaño.

—Haz caso a la señorita McJones, Orson —advirtió Cameron entrando a toda prisa.

Orson se giró y miró a su gemelo con un odio visceral. El ambiente, ya tenso, se convirtió en un campo de batalla de miradas amenazantes.

Daisy se acercó al marqués, miró a su tía, después a él.

—Acepto casarme con usted, lord Befast.

Orson negaba con la cabeza, su hermano y la duquesa lo habían engañado.

—Juro que te arrepentirás de esto, Cameron —amenazó cuando pasó por su lado camino a la

salida.

En cuanto lo vio desaparecer por la puerta, Alexia bufó aliviada sin importarle que el marqués estuviera presente. Se agarró al respaldo de la butaca buscando estabilidad. Por un instante creyó que ese egocéntrico ser arremetería a golpes contra Cameron, y no deseaba que su sobrina fuera espectadora de una escena tan horrenda.

—Lo siento, tía Alexia, por no haberte hecho caso —farfulló aguantándose las lágrimas, con la cabeza gacha, un gesto que evidenciaba su decepción.

Su excelencia se acercó a ella, la cogió con cariño de los brazos.

—Tú no tienes que pedir perdón por ser una buena persona.

Cameron contemplaba la escena y percibía el sufrimiento de Daisy. No pudo evitar dedicarle unas palabras.

—Señorita McJones, escuche a su tía, pienso que tiene razón.

Ella levantó la mirada, sus ojos se encontraron y él reprimió una exclamación cuando vio esa preciosa mirada turquesa hundida en el dolor. Él quería acercarse a ella, abrazarla y ofrecerle consuelo, pero se mantuvo rígido y quieto en el lugar, consciente de su estatus. Desde muy niño lo habían educado para mantenerse imperturbable ante los avatares de la vida; las formas lo eran todo en su mundo.

—Seré una buena esposa para usted, milord —se limitó a decir ella.

No añadió nada más y salió de la estancia. Cuando creyó que había salido del campo visual de ellos, echó a correr hacia su habitación mientras un llanto desgarrador la rompía de arriba abajo. Ni siquiera se detuvo cuando por el amplio pasillo enmoquetado, por el cual se accedía a su alcoba, se cruzó con Lily, que salía de la suya. Esta la siguió e impidió que Daisy cerrara la puerta.

—¿Qué te sucede? —preguntó angustiada; su hermana era un remolino de felicidad y solo cuando fallecieron sus padres lloró de esa manera tan desgarradora.

—Quiero estar sola —gimoteó tirándose a la cama y escondiendo la cabeza entre los mullidos cojines.

—No pienso irme hasta que me digas lo que te pasa —aseguró, se sentó en el borde del lecho y acarició la espalda de su hermana—. Daisy, sea lo que sea lo arreglaremos, siempre lo hemos hecho.

El llanto siguió un rato más y amenazó con secar los ojos de la muchacha. Su eco resonaba en las paredes e incrementaba la sensación de desolación que se instaló en la estancia. Daisy se sentó y su mirada enrojecida dio fe de que su llanto nacía de lo más hondo de su ser.

—Ojalá yo fuera como tú —farfulló con voz temblorosa.

Lily cabeceó.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres práctica, no dejas que tu corazón te guie, por eso nunca te equivocas, y cuando te cases lo harás con el mejor hombre posible, a pesar de no amarlo.

Lily bufó.

—Dicho así, suena horroroso. Sabes que lo que ha conseguido Rose y Garrett es muy difícil. Por eso no me hago ilusiones.

—Yo me hice ilusiones y creí que Orson era el hombre de mis sueños —explicó limpiándose las lágrimas que corrían de nuevo por sus mejillas.

—¿Lo que ha pasado tiene que ver con lo que maquinaba tía Alexia?

Daisy asintió, sus labios temblaron, su llanto empezaba a renovar sus fuerzas.

—Tía Alexia tenía razón. Orson no es un hombre digno para ninguna dama —comentó en un tono desgarrador.

—Lo siento... —farfulló contagiándose del dolor de su hermana, agarró sus manos y las apretó contra su cuerpo en un intento de infundirle fuerzas—. Sé que acabarás encontrando a un buen hombre.

—He aceptado la proposición de matrimonio del marqués de Befast.

—¡Pero si no lo amas! —se extrañó, había perdido la cuenta de las veces que su hermana le había dicho que ella solo se casaría por amor, como sus padres y su hermana Rose.

Daisy se encogió de hombros.

—El amor duele y no pienso volver a amar nunca. El marqués es un buen hombre. No necesito saber nada más.

Lily acunó el rostro de su hermana, su mirada negra la contempló con ternura.

—¿Y tendrás suficiente con eso? Tú no eres como yo.

—No cambiaré de opinión.

Por la puerta entró una atolondrada Violet, que se tiró a la cama.

—¿De qué habláis? ¿Puedo quedarme con vosotras? Estoy aburrida —pidió con sus risueños ojos turquesa brillando de dulzura.

Daisy se quedó mirando el rostro inocente de su hermana y deseó regresar atrás en el tiempo, cuando ella también era una niña sin preocupaciones.

—No tengas prisa por crecer, Violet.

Esta no entendió y la miró desconcertada, sin embargo, la niña no le dio importancia, estaba demasiado ansiosa por entretenerse.

—¿Queréis que juguemos al veintiuno antes de cenar?

Lily miró a Daisy.

—¿Qué te parece? —inquirió cogiendo su mano con un gesto que mostraba camaradería.

—Juguemos —mencionó Daisy deseando sacarse de la cabeza la última media hora.

Violet fue corriendo a por una baraja. Por su parte, Daisy se esforzó en adentrarse en el juego, no obstante, su dolor le impedía disfrutar. Empezaba a pensar que el amor no se trataba de una bendición, sino de una maldición creada por el diablo.

Capítulo 8

El sonido estridente de un cajón que se abría de mala manera despertó a Julie. Bostezó y se incorporó; entre la bruma de la somnolencia que cubría su mirada, logró atisbar a Orson.

—Llegas muy tarde hoy —le recriminó muerta de sueño.

Pero él no contestó y la mujer se restregó los ojos a fin de que su mirada gris enfocara mejor. Orson estaba en su tocador y había encendido las velas del candelabro. Su perfil iluminado mostraba una dureza que hasta ese momento ella no le había visto. Cuando contempló que él metía la mano en su joyero y que se introducía las joyas en el bolsillo, se enfadó al dar por hecho que le estaba robando.

—Deja mis cosas donde las han encontrado —le exigió con determinación.

Pero él seguía sin decirle nada, actuaba como si ella no estuviera ahí. Se arrepintió de haber dejado la ventana abierta y se levantó con rapidez. Llevaba un camisón de muselina rosada y sus encantos femeninos se transparentaban. Su cabello moreno lo llevaba suelto, caía sobre sus hombros y contrastaba con su piel blanca. La dama se acercó al lord, este revolvía los cajones de su tocador, y lo agarró del brazo.

—Ya basta, Orson, ¿se puede saber qué haces robando mis cosas?

Orson le dio un empujón y la dama cayó al suelo.

—Cameron me ha echado de Befast Palace y me ha dejado sin dinero.

Julie estaba demasiado afectada por el estallido violento del hombre y guardó silencio. Todavía sentada en el suelo, se arrastró por el trasero y reculó a fin de poner tanta distancia como pudiera. En ese instante, él miraba la calidad de un anillo que había encontrado en uno de los cajones.

—¿No te ibas mañana con Daisy? —preguntó con miedo, no sabía qué esperar, Orson parecía y actuaba como una bestia.

Orson giró la cabeza hacia ella, los ojos oscuros del hombre tenían un brillo peligroso. La musculatura facial se hallaba tan tensa que su rostro parecía tallado en piedra. Julie se tapó la mano con la boca al percibir la maldad cristalizada en su interior.

—Todo se ha ido al traste. La duquesa y mi hermano me han descubierto y esa estúpida

romántica sabe que le he estado mintiendo todo este tiempo.

Julie comprendió que el plan había fracasado. En el fondo se alegraba y comprendió que nunca debía haber participado en ese plan. Quería más detalles, pero el tono violento del hombre la disuadió. Sus ojos negros ansiaban derramar sangre y no deseaba que fuera la suya. A pesar de estar en su hogar no podía pedir ayuda o salir corriendo, pues se descubriría ante sus padres lo mezquina que era. Porque sí, porque estaba tomando conciencia de que ella no era mejor que ese monstruo al que contemplaba como si fuera la primera vez que lo veía. Se levantó y se sentó en la cama mientras observaba a Orson dirigirse hacia su vestidor con el candelabro en la mano. Escuchó los golpes y el revuelo por hacerse con algo de valor de allí dentro y empezó a llorar. Entonces, se percató de que estaba medio desnuda, su camisón dejaba demasiado a la vista; agarró la bata que se hallaba a los pies del lecho y se la puso.

Por fin Orson salió del vestidor y dejó el candelabro sobre la cómoda. Ella lo observó sin decir nada por precaución. Llevaba una bolsa de viaje y supuso que la había llenado de cosas de valor que él vendería. Se abrazó y se lo quedó mirando en tanto se dirigía a la ventana. Antes de salir, se dio la vuelta y la miró.

—Destrozaré a Cameron, lo juro.

***

Era primera hora de la tarde y Rose y Daisy paseaban por el jardín de Kingeston House. Lily se había encargado de informar a la condesa del mal momento por el que pasaba su hermana, por lo que no dudó en visitarla.

—Lo único que te pido es que no te encierres en ti misma —mencionó la condesa.

Rose había deslizado su mano por el brazo de su hermana y paseaban por entre las rosas que empezaban a abrir sus pétalos. El aroma se expandía por el ambiente y el sol de la tarde acariciaba los cabellos de las damas recogidos en lo alto de la nuca, cuyos reflejos rojizos de ambas brillaban como lava líquida.

—Desde el principio tuve un mal presentimiento y mi corazón no estaba equivocado —explicó Daisy.

—¿Y ahora sigues teniendo ese mal presentimiento?

Daisy se detuvo instando a su hermana a imitarla. La miró con intensidad.

—Qué curioso... Ahora ese mal presentimiento se ha esfumado. Lo cierto es que me siento tranquila, muy tranquila.

—Quizá sea una señal.

Reanudaron el paseo, pero Daisy todavía se sentía dolida y no pudo evitar expresar lo que sentía

—No lo creo. El amor no existe, Rose.

—Sí que existe.

Las damas se detuvieron. Daisy miró a su hermana con sus ojos turquesa anegados de un llanto que ella reprimía a duras penas. Desde que había descubierto la verdadera naturaleza de Orson era como si las lágrimas se hubieran quedado para siempre viviendo en su mirada.

—No lo creo —insistió Daisy—. He cometido el error de fantasear con un príncipe que ha resultado ser un asqueroso sapo.

—Entre tanto sapo siempre hay una rana esperando el beso de la dama correcta.

Rose pretendía arrancar una sonrisa a su hermana, pero era evidente que nada, en ese instante, le haría recobrar el buen humor que siempre la había caracterizado. Solo esperaba que la Daisy jovial de antes regresara cuando la herida que le había dejado Orson se curara.

—Seguramente debes pensar que soy una estúpida —farfulló agachando la cabeza—. No solo se ha burlado Orson de mí, sino que Julie, a la que consideraba una buena amiga, también lo ha hecho. Voy a ser incapaz de salir de Kingeston House sin pensar que todos murmuran y se ríen de mí.

—¡No eres ninguna estúpida, sácate esas tonterías de la cabeza! Tú no tienes que esconderte de nadie, no has hecho nada malo, en cambio, ellos sí. Además, ya sabes cómo es tía Alexia, pondrá a toda la aristocracia firme sobre este asunto. También, el marqués de Befast se ha unido en este cometido, no lo olvides.

Daisy levantó la cabeza. Lily y Violet estaban en la sala de música, tenían las ventanas abiertas y de, tanto en tanto, se escapaban las notas de un clavicémbalo y un arpa.

—Cameron no es como me lo describieron Orson y Julie, ahora me doy cuenta. Espero ser una buena esposa para él.

—Sé que no lo amas, pero el amor cuando se cuece a fuego lento dura toda la eternidad.

—Oh, Rose, no me hables de amor. He dejado a un lado mis ideas románticas. Solo me han dado problemas. —Alzó la barbilla—. Ahora pienso ser como Lily: una dama práctica.

—Lily no es como dice, en el fondo cree en el amor tanto como tú y yo. ¿Te acuerdas de aquel crío que aparecía de la nada las tardes de verano cuando éramos unas niñas y jugaba con nosotras?

—Bueno, vagamente. Nunca supimos quién era.

—A Lily le gustaba mucho. Me consta que se prometieron amarse siempre.

Ese secreto logró arrancar una sonrisa a Daisy, y Rose se sintió complacida.

—Seguro que no se acuerda.

—No lo sé, nunca ha hablado de ello, sin embargo, esa frialdad que a veces muestra tal vez sea debido a ese amor perdido.

Rose y Daisy vieron al mayordomo acercarse a ellas, quien hizo una reverencia cuando llegó a la altura de las damas.

—Señorita McJones, lady Julie Cooper está en el salón familiar, dice que tiene que hablar con usted, que es muy importante.

Daisy y Rose se miraron.

—¿Vas a hablar con esa bruja? —preguntó la condesa con los ojos entornados.

El mayordomo carraspeó ante el comentario y a ambas hermanas se le escapó una risita.

—Como has dicho, yo no tengo que esconderme de nadie.

Ambas se dirigieron al salón familiar. Julie se levantó del sofá tan pronto las hermanas McJones hicieron acto de presencia. Las miró alternativamente en tanto ellas se acercaban.

—Lo siento, Daisy. Lo siento mucho —se disculpó en un tono roto.

—¿Que lo sientes? —soltó enfurecida Rose—. Siempre has sido un ser mezquino, tu hermana Olivia lo sabe muy bien, le hiciste la vida imposible y fue una suerte que se casara con Conrad. Las personas como tú nunca cambian, así que ahórrate tus disculpas.

Julie unió las manos sobre su estómago y agachó la cabeza con un gesto culpable. Eso confundió a la condesa, pues había esperado que la lady alzara la barbilla con soberbia para enfrentarse a ella. Sin embargo, en su lugar había una mujer encogida por la culpabilidad en una pose abatida, como si estuviera esperando una sentencia condenándola al patíbulo. Su hermana Daisy pareció darse cuenta también, porque volteó el rostro y la miró.

—Por favor, Rose, deja que hable con Julie —le pidió y, al ver la duda en sus ojos redondos negros, añadió—: Estaré bien, te lo prometo.

Rose asintió, sin embargo, en la mirada turquesa de su amada hermana atisbó dolor, pero también el perdón. Cabeceó, era intrínseco en ella poseer el don de un ángel, pues era incapaz de odiar. El único consuelo que le quedaba era saber que Cameron cuidaría bien de ella y evitaría que la lastimaran. Él había dado sobradas muestras de que esa era su intención. De hecho, la había arrancado de una rapaz como Orson, que la hubiera devorado sin contemplaciones. Así que hizo lo que le pidió y caminó hacia la puerta y, antes de cruzarla, volteó la cabeza y dijo:

—Si me necesitas estaré con Violet y Lily en la sala de música.

Daisy le brindó una sonrisa de agradecimiento y la condesa se marchó cerrando la puerta a su paso.

—Éramos amigas —apuntó Daisy—. Por mi parte fue un sentimiento sincero.

La lady dio un paso al frente.

—Lo sé —corroboró entre sollozos—. No estoy acostumbrada a importarle a nadie y he reaccionado de la peor manera. Te he fallado.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué simulaste ser mi amiga? —pidió con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué me mentiste sobre el marqués?

—Quería lastimarte, a ti y a tus hermanas. Rose se quedó con el conde y ayudó en el cortejo de Conrad con mi hermana Olivia. Mi odio me cegó y Orson me proporcionó la oportunidad de desquitarme.

—Eso es muy cruel, Julie —manifestó limpiándose con el dorso de la mano una escurridiza lágrima.

La lady cerró los ojos y suspiró sintiendo pena por ella misma, porque a Daisy no le faltaba razón y no lo pensaba negar.

—Ahora me doy cuenta de que si no le he importado nunca a nadie es por mi culpa, no por los demás. Soy un ser horrible, y como tal es normal que nadie me aprecie. Pero llegaste tú con la innata inocencia de un ángel y me abriste tu corazón, porque solo los ángeles aman por encima de la maldad.

Daisy negó con la cabeza.

—No, no es verdad. Yo no soy diferente a los demás.

—Sí que lo eres, siempre ves lo bueno en las personas —aseguró agarrando las manos de Daisy.

—Ya ves de qué me ha servido —increpó retirando sus manos. Aún se sentía dolida.

—Ojalá yo fuera como tú. Tienes un don, no dejes que nadie te lo arrebate y siembre oscuridad en tu hermoso corazón.

Daisy esbozó una trémula sonrisa, estaba echando un pulso a sus ganas de llorar.

—Si no te importa, tengo asuntos que atender y debo irme.

—Solo he venido a despedirme —informó entre risas, llanto y temblores de pesar—. Me voy a Georgia, quiero pedirle perdón a mi hermana Olivia. Desde que éramos niñas me porté muy mal con ella. Pero he cambiado gracias a ti y lucharé por tener una relación bonita y especial, como la que tenéis tú y tus hermanas. Solo espero que no me guardes rencor.

Dicho esto, enfiló a la salida en tanto las lágrimas rodaban mejilla abajo.

—¡Espera! —exclamó Daisy.

Julie se detuvo y se dio la vuelta, Daisy se acercó.

—No te vayas todavía. Espera a que me case con lord Befast para marcharte a Georgia. —Sonrió con afecto—. Necesito a una amiga a mi lado.

Así era Daisy: verdad, amor y perdón guiaban su corazón, y siempre sería así. No había espacio para cualquier sentimiento destructivo que se llevaba lo mejor de las personas, convirtiéndolas en esclavos del odio.

Entonces, ambas mujeres se fusionaron en un abrazo fraternal. A partir de ese instante se iniciaría una hermosa amistad basada en la sinceridad, una amistad que sortearía los avatares de la vida con buen humor y que se haría más fuerte con el pasar de los años, como la amistad de Alexia y Lousia.

***

Los días pasaron uno detrás de otro, y era principios de junio cuando Cameron estaba en su estudio dando vueltas como un pájaro enjaulado. Pronto se pondría el sol y al día siguiente se casaba con Daisy. Habían pasado varias semanas desde que Orson, por fin, se fuera de Londres. No sabía dónde estaba y tampoco le importaba. Le había dado muchas oportunidades para que cambiara y enderezara su futuro, pero después de la manera en la que había intentado utilizar a Daisy no merecía su compasión.

En fin, no quería pensar más en él; solo esperaba que con el tiempo se diera cuenta de que no podía seguir por ese camino de excesos y mentiras. En algún momento, la vida lo castigaría por tantas fechorías cometidas, pues, a veces, el destino tenía una manera muy cruda de dar a un individuo lo que se merecía.

Dejó a un lado a su hermano, en ese momento todos sus pensamientos estaban puestos en su futura esposa. Empezó a caminar nervioso por su estudio, le era imposible sentarse y calmarse. En esas semanas la había visto a menudo, pero siempre había otras damas con ellos y no había podido tener una conversación personal. De hecho, no le hacía falta muchas pruebas para saber que ella sería una marquesa excelente. Sus modales eran exquisitos, tenía una belleza delicada y poseía un carácter dulce y cariñoso. Además, la había visto interactuar con su sobrino; la manera de abrazarlo y de hablarle daban fe de que sería una madre increíble y amorosa.

Se preguntó cómo hubiera sido su infancia en el caso de haber tenido unos padres afectuosos. Nunca recibió de ellos una palabra reconfortante o una caricia. Para ellos eran más importantes las formas y seguir haciendo grande su linaje. La dureza que había recibido, por parte de sus progenitores y de los profesores que le asignaron, había dejado un vacío en su interior al que no le había dado importancia. No era una persona ociosa y su día a día estaba lleno de responsabilidades que lo habían tenido muy ocupado y nunca había pensado en ello. No obstante, desde que conocía a Daisy se había dado cuenta de lo grande que era ese vacío, aun así, cuando la tenía a su lado se sentía pleno.

¿Pero ella también notaba esa plenitud en su interior cuando él estaba cerca?

Sinceramente, no podía sacarse de la cabeza que, en cierta manera, se había aprovechado de su desilusión con Orson para obligarla a casarse con él.

Cameron se sentó en su butaca y, algo nervioso, se pasó la mano por la cara. Daisy era como el reflejo de la luna en el mar, bella e inalcanzable, tan radiante y tan perfecta que con solo mirarla su corazón dejaba de latir. Provocaba en su interior un cúmulo de sensaciones que lo dejaban sin aire y le hacía preguntarse si de verdad merecía tal regalo. Un hombre como él, tan serio y taciturno, no podría hacerla florecer y temía que se marchitara si se casaba con ella. Las flores necesitaban el sol, necesitaban la brisa del amor, necesitaban regarlas con la felicidad de las sonrisas. Y él no podía ofrecerle nada de eso porque no sabía amar. No le habían enseñado a amar.

No pudo con su desesperación y decidió hacerle una visita. Con la campanilla, llamó al mayordomo y ordenó que prepararan el landó. Sabía que no eran horas de presentarse en Kingeston House, y menos sin avisar. Aun así, era imperioso hablar con ella antes del enlace. Así que fue a su aposento; la estancia era enorme, completamente de madera, desde los suelos, paredes, hasta el artesonado techo. En el centro de la alcoba, pegada a la pared, se hallaba una tarima en cuya superficie había una espaciosa cama con los postes muy altos y labrados. No tenía dosel, a fin de que la riqueza de la pieza quedara a la vista.

Cameron atravesó la estancia cubierta por vistosas alfombras con detalles dorados. Entró en el

vestidor; la gran mayoría de piezas eran negras, a excepción de las camisas blancas, y en un rincón había dos levitas, una de color azul y otra granate. Se las había mandado a confeccionar a su sastre, pues había percibido como Daisy, a veces, se quedaba mirando la oscuridad que desprendían sus ropajes y creyó oportuno cambiar para que lo mirara con una sonrisa.

Se puso la levita azul y se miró en el espejo de cuerpo entero. Se felicitó por tener el valor de ponerse algo de color. Nunca hubiera pensado que lucir ropa que no fuera negra le pudiera quedar bien, pero le gustaba cómo el azul iluminaba su rostro. De hecho, habían sido muchas las veces que su ayuda de cámara le había recomendado utilizar otro tipo de prendas más coloridas. Pero él siempre le contestaba lo mismo, que, desde joven, decidió vestir oscuro como su padre y abuelo. Era como una especie de tradición familiar que, según ellos, daba respetabilidad a su linaje, aun así, empezaba a ponerlo en duda. Desde luego, el negro le otorgaba la seriedad y responsabilidad que quería transmitir a la gente. Pero la gente había dejado de importarle y solo buscaba la aprobación de Daisy, agradarle a ella era su máxima aspiración.

Cameron llegó a Kingeston House cuando ya era de noche. Violet y Lily acaban de irse a sus alcobas y la duquesa y Daisy también se disponían a hacerlo. Al día siguiente se celebraba una boda y la novia debía dormir para lucir hermosa.

El mayordomo acompañó al marqués al salón familiar, Daisy y Alexia no tardaron en unirse.

—Siento presentarme a estar horas, pero necesito hablar con la señorita McJones antes de la boda.

Las damas se quedaron mirando al noble con cierto descaro mal disimulado. Era la primera vez que lo veían con alguna pieza de ropa que no fuera negra y esperaban que no fuera la última, ya que estaba muy galante. Sus miradas mostraban agrado, pero él se sentía tan nervioso que no logró apreciarlo.

Entonces, Daisy se acercó a él y sugirió sentarse en uno de los sofás; él asintió conforme. En cambio, Alexia se alejó lo suficiente para dejarles algo de intimidad. Se limitó a sentarse en una silla y empezó a ojear un folleto sobre moda. No llevaba su monóculo, así que los dibujos y las letras parecían tener vida propia y bailaban en su mirada envejecida. Sin embargo, no le importaba, pues estaba pendiente de la pareja.

Daisy y Cameron estaban sentados uno al lado del otro, pero guardando las distancias tal como exigían las normas. El marqués quería decirle tantas cosas que, por primera vez en su vida, no tenía ni idea de por dónde empezar. Tal fácil que resultaba hacerlo en su día a día cuando tenía que tratar con gente, y tan difícil que le resultaba en ese instante. Ella pareció darse cuenta y sacó sus propias conclusiones.

—Milord, si no desea casarse conmigo, prefiero que me lo diga sin adornarlo demasiado.

Él arrugó el entrecejo.

—¡No, no, por supuesto que no se trata de eso! —Enfatizó sus palabras negando con la cabeza —. Disculpe si le he dado esa impresión.

—Entonces, ¿de qué se trata? Siento que está muy nervioso y, a decir verdad, es la primera

vez que lo veo en este estado.

Él le agarró las manos en un gesto espontáneo que lo dejó perplejo. Se sintió complacido cuando ella no retiró los dedos. En realidad, era la primera vez que compartían un momento íntimo y eso le dio valor para continuar. El perfume, dulce y tentador, que le recordaba a un pastel bañado con un toque de crema de whisky se abrió paso en sus alborotados sentidos y tuvo que echar mano a toda su fortaleza para no gemir desesperado.

—Sé que está desilusionada, mi hermano la ha herido de una manera muy vil. Me da la impresión de que la estoy presionando para que se case conmigo. Quiero darle la libertad a que decida si de verdad es lo que desea. Una vez que nos casemos, no habrá vuelta atrás y quiero que piense en ello. De hecho, solo tiene hasta mañana para meditarlo con seriedad.

Ella le brindó una sonrisa cariñosa y él contuvo el aliento.

—Sabe, pues yo tengo la impresión contraria. Creo que solo quiere casarse conmigo por esa responsabilidad que le exige comportarse como un caballero. Fue su hermano el que cometió el pecado, no usted, milord.

—Créame cuando le digo que mi deseo de casarme con usted es sincero, muy sincero.

—También es el mío, milord —susurró en un tono tan meloso que acarició los oídos del marqués—. Y disculpe si le he dado una impresión equivocada.

Entonces, ella se aproximó un poco más, sus caras estaban más cerca de lo que exigía el decoro. Alexia levantó la vista e hizo una mueca en tanto achicaba los ojos y los vigilaba para que no se excedieran. A decir verdad, no podía criticar esa necesidad que percibía en ambos por sentirse. Apenas la pareja era consciente del sentimiento de amor que empezaba a echar fuertes raíces en su interior. No pudo evitar rememorar el pasado, pues ella también se sintió de esa manera cuando se prometió con Edward. Los días pasaban tan lentos que se escabullían a los rincones más oscuros del jardín para poder compartir un beso y alguna osada caricia. Sin embargo, apenas quedaban unas horas para la boda, después ya tendrían tiempo de dar rienda suelta a lo que les exigía sus cuerpos. Solo esperaba que se contuvieran.

Daisy miraba a Cameron casi sin pestañear. Era la primera vez que ella lo contemplaba tan de cerca y pudo apreciar sus facciones endurecidas. Pero no tuvo miedo, porque sus ojos oscuros la miraban con una dulzura que no había visto hasta ese momento. Quizá el marqués era algo frío, taciturno, un hombre de pocas palabras que apenas sonreía, aun así, apreciaba en sus pupilas abiertas una calidez capaz de envolverla en un hermoso abrazo. Miró los labios de él, estaban entreabiertos como si esperaran los suyos. Daisy exhaló confundida por cómo su cuerpo estaba reaccionando, tenía miles de hormigas corriendo por su bajo vientre, y le gustaba, mucho. Tragó saliva cuando él se acercó a su boca, el hormigueo creció en intensidad.

—Ejem, ejem... —carraspeó la duquesa, evitando el beso y lanzó una mirada reprobatoria a la pareja—. No os olvidéis que sigo aquí.

Daisy enrojeció. Deseaba que él pegara sus labios a los suyos y había sido tan evidente que agachó la cabeza, avergonzada. Sus pestañas ocultaron su mirada.

—Disculpe mi atrevimiento, señorita McJones —mencionó el marqués incapaz de creerse que hubiera estado a punto de perder el control.

Sin embargo, por dentro se sentía eufórico al percibir que su bella prometida había anhelado que la besara. Ella levantó la cabeza, lo miró luciendo algo de picardía en los ojos que provocó que el noble la adorara todavía más.

—¿No cree que ya va siendo hora de que me llame por mi nombre? —sugirió la dama.

Cameron, en ese momento, pensó que las horas esa noche se le harían eternas. Sin duda, esa mujer iba a ser una bocanada de aire fresco en Befast Palace. Deseaba que llegara el día de mañana y, por fin, poder casarse con un ángel que haría que su vida fuera perfecta.

—Solo si tú también me llamas por mi nombre.

—Hecho... Cameron.

Ambos sonrieron, también era la primera vez que ella lo veía sonreír. Le impactó sobremanera, porque, a pesar de que Orson era idéntico a él, sus sonrisas evidenciaban una realidad demasiado visible. Cierto, empezaba a ver las diferencias entre una sonrisa verdadera y una falsa. La del marqués era sincera y provocaba que sus ojos y facciones sonrieran también. En cambio, la de Orson era fingida y nunca dotó a su rostro de la suavidad que contemplaba en su prometido. Se preguntó cómo había sido tan estúpida de caer rendida a los pies de ese sinvergüenza. Gracias a Dios, tanto su tía como su futuro esposo le habían abierto los ojos. Sin duda, Cameron merecía que le abriera su corazón, sin embargo, temía hacerlo por miedo a que la lastimaran de nuevo.

Capítulo 9

El momento del enlace llegó. El día parecía que había desplegado su mejor versión para felicitar a los novios. El sol lucía radiante y el cielo era una bóveda de un azul brillante bendiciendo a la pareja. Daisy llevaba un vestido en un tono *champagne* de seda con pequeños diamantes bordados en el escote, en el bajo de la falda y en los guantes. Cameron se había ataviado con un frac que se ajustaba a su robusto cuerpo a la perfección. Se casaron repitiendo sus votos en voz alta mientras sus corazones prometían amarse, respetarse y desearse con cada latido. Prometían besarse y abrazarse todos los días. Prometían luz allí donde hubiera oscuridad para el resto de sus vidas.

Después, se celebró una fiesta en Kingeston House. La más selecta aristocracia se unió a la celebración de la pareja. Fueron felicitados por todos y ellos agradecieron las bendiciones. Garrett no quería estropearles el día, pero debía hablar con Cameron y ponerle sobre aviso. Así que, cuando lo vio alejarse de la multitud que lo felicitaba, se interpuso en su camino.

—Necesito hablar contigo —pidió el conde, que no quería andarse por las ramas—. He recibido carta de mi hermano Conrad.

La espalda del marqués se tensó. De su rostro se borró toda muestra de felicidad.

—Vayamos a un lugar más tranquilo —sugirió observando el ajetreo a su alrededor.

Miró a Daisy, que estaba con sus hermanas riendo, y no quiso importunarla.

Cameron siguió a Garrett, se detuvieron al amparo de un muro, conscientes de que allí nadie los molestaría o escucharía. El aire del atardecer acarició el rostro de los hombres, cosa que agradecieron, ya que en el interior predominaba el ambiente caluroso que se empezaba a instalar dentro de los hogares. A pesar del bullicio que se escapaba por las puertas acristaladas abiertas, se podía escuchar los pájaros cantando las últimas melodías de la tarde.

—Ayer recibí una carta de Conrad —explicó el conde; el cabello castaño oscuro que caía con holgura sobre su frente se agitó con el viento—. No quería estropearte este día tan dichoso, pero la gravedad del asunto me ha convencido y es mejor que lo sepas cuanto antes.

—Sabia decisión, prefiero saberlo ya mismo. Supongo que no me van a gustar tales noticias —mencionó en un suspiro largo, adivinando que su hermano lo sorprendería de nuevo para mal.

—Cierto, no te va a gustar —asintió, colocó las manos a la espalda y bufó—. Tu hermano mató a un amigo suyo para poder robarle, era inglés y pertenecía a la comunidad británica establecida allí. Creyó que lo había matado, pero aún estaba vivo. La esposa lo encontró y le dio tiempo de explicarle lo que había sucedido. Tuvo que huir de Georgia y dudo que regrese.

—Siempre siembra dolor allá donde va —se limitó a explicar agitando la cabeza con gesto de disgusto.

Su rostro se mantuvo impasible y no dio muestras de estar sorprendido. Tanto era así que Garrett arrugó el entrecejo.

—Parece que no te ha sorprendido la noticia —se aventuró a decir el conde.

El marqués se lo quedó mirando largo rato, sintiendo la urgente necesidad de confesarle la verdad. A nadie le había explicado nada sobre el atentado que sufrió por parte de su hermano. Ni siquiera a sus padres les confesó lo ocurrido, y cuando fallecieron lo hicieron en la más absoluta ignorancia de cómo era su gemelo. En el fondo siempre había deseado que cambiara, y así lo había esperado toda la vida. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba más cruel se volvía Orson. No había límites para él, lastimaría con crueldad a quien se interpusiera en sus deseos.

—Si quieres que te diga la verdad, no me sorprende que mi hermano gemelo sea un asesino.

—¿Por qué?

El marqués se encogió de hombros.

—Porque ya en el pasado intentó matarme.

Garrett abrió los ojos como platos. Él tenía una relación fraternal con Conrad. Era su hermano, pero también un amigo al cual recurrir siempre. Por ese motivo le costaba entender que Orson fuera tan perverso.

—Es horroroso lo que cuentas —expresó el conde con evidentes rasgos en su rostro que mostraba su sorpresa.

—Lo lleva en la sangre y ahora mi máxima preocupación es mi esposa Daisy. No quiero que se acerque a ella. Mañana mismo, a primera hora, me pondré en contacto con los agentes de Bow Street para avisarles.

—Estás recién casado, Cameron.

—No puedo aplazarlo, tú harías lo mismo en mi lugar. —Su voz sonaba grave evidenciando lo preocupado que le había dejado la noticia.

Garrett asintió, pues tenía razón.

—Te acompañaré y llevaré la carta de mi hermano Conrad como prueba.

La conversación terminó y, mientras andaban de regreso para reunirse con sus respectivas esposas, Cameron no podía dejar de pensar en su gemelo. La certeza de que la maldad era algo intrínseco en su persona había terminado por convertirlo en un monstruo. Orson había traspasado todas las líneas rojas habidas y por haber, y ya nada haría que cambiara, lo sabía de cierto. Se había convertido en un asesino peligroso. Recordó que lo amenazó cuando lo vio la última vez, de modo que debería ir con cuidado. No solo por él, sino por su reciente esposa, ya que no quería

que le sucediera nada.

La fiesta no tardó en finalizar y los recién casados emprendieron el camino hacia Befast Palace cuando la noche ya había extendido su manto oscuro. Nada más llegaron, los recibió el servicio al completo y expresaron sus respetos a la señora del hogar, la nueva marquesa de Befast. Ella quedó asombrada por el lujo que desprendía Befast Palace. No era que no estuviera acostumbrada, puesto que hasta ese momento había vivido en el esplendor de Kingeston House, sino que lo que contemplaba encajaba mucho más en sus gustos personales. Al menos compartía con su esposo un estilo de decoración muy similar. Para ella era un buen comienzo, ya que no podía dejar de pensar que no conocía a su esposo en profundidad y temía no encajar con él. No quiso darle más vueltas, pues era absurdo cuando tendría toda una vida para averiguarlo.

Después, Daisy, acompañada de una doncella, fue a su nueva alcoba. La estancia era enorme de estilo barroco, de techos artesonados y lucían exquisitos detalles en oro. Las paredes estaban forradas, la parte inferior de madera oscura y el resto de un papel con motivos dorados y de terciopelo. La cama era una obra de arte artesanal custodiada por cuatro columnas, de las cuales colgaba un dosel transparente. La estancia disponía de un vestidor en una estancia paralela y un baño con una enorme bañera de oro con patas que haría las delicias de la nueva marquesa.

La doncella ayudó a su señora a cambiarse; se puso un camisón de muselina y encaje transparente. Por último, le cepilló el pelo y no dejó de hacerlo hasta que la marquesa lució una melena rubio oscuro. La luz de las velas hacía resaltar los mechones cobrizos y parecían largas lenguas de lava.

La sirvienta se fue y la nueva marquesa esperó a su esposo. Se sentía nerviosa e, incapaz de quedarse quieta, se acercó a la ventana. La luna rielaba sobre la superficie del Támesis, el ambiente tenía un halo azulón maravilloso y tal estampa calmó sus nervios. Escuchó la puerta abrirse a su espalda y ella se dio la vuelta.

Cameron tragó saliva. Su esposa estaba frente a la ventana mirándolo. La luz de la luna atravesaba su camisón y dejaba entrever sus curvas femeninas. Apretó la mandíbula cuando su miembro se endureció, tan de golpe que sus testículos se tensaron. Experimentó un glorioso placer que lo sacudió de pies a cabeza.

—Hola —dijo él, estaba tan impactado por la belleza de Daisy que era incapaz de pronunciar nada más.

La dama sonrió y contempló a su esposo con cierto descaro. Iba ataviado con una bata de seda negra. No pudo evitar centrarse en su exuberante ingle que la delgada ropa marcaba con demasiada fidelidad.

Sin embargo, él creyó que su mirada de sorpresa se debía a otro motivo. Abrió los brazos para dar más énfasis a sus palabras.

—He encargado un guardarropa nuevo con mucho color. Prometo deshacerme de esta bata negra.

—No pasa nada, de hecho, no me había dado cuenta del color... —Su voz se quebró al tiempo

que se sonrojaba—. Solo que la bata es muy delgada.

Carraspeó y sus ojos turquesa se quedaron clavados en la entrepierna masculina. Después, deslizó su mirada por todo su cuerpo. Intentaba no hacerlo con tanto descaro, pero le resultaba imposible no admirar la musculatura fibrosa de sus anchos hombros y de sus brazos y piernas. Pero lo que en realidad le asombraba era la ingle, cuya tela dejaba entrever un miembro muy generoso, mucho más que los que ella había visto en cuadros y esculturas de varones desnudos.

Cameron alzó las cejas al comprender la situación. Casi se le escapa la risa. Vaya..., su esposa tenía un punto atrevido que le encantaba.

—Espero que lo que estás viendo con tanto interés sea de tu agrado —comentó el noble con un punto socarrón en el tono.

—¡Oh, lo siento! —se lamentó.

Él se apresuró a acortar la distancia que los separaba y, con el dedo índice, le levantó la barbilla.

—No lo sientas, prefiero a una mujer atrevida que a una temerosa.

Ella asintió. El aroma a cedro almizclado con un toque fresco herbal, que desprendía el cuerpo masculino, provocó que a ella se le dilataran sus fosas nasales y que sus sentidos se alborotaran. Ese olor actuó como si fuera un afrodisíaco, en su cuerpo despertó un sentimiento de anhelo desconocido por ella. Sus pupilas se dilataron, respiró con agitación y empezó a temblar.

—¿Te doy miedo? —preguntó él al percibir las sacudidas del cuerpo femenino—. Si te doy miedo, podemos esperar unos días hasta que estés preparada.

De hecho, Cameron estaba librando una batalla contra sus instintos varoniles más primarios, que lo instaban a copular con su esposa de inmediato. Era preso de un deseo feroz, algo que no había sentido nunca por nadie más. Pero su corazón hablaba otro lenguaje y había decidido tomar las riendas de la situación. Tenía claro que no iba a obligarla a cumplir con sus obligaciones como su esposa.

—¡No! —exclamó ella, suavizó el tono cuando continuó—: Sé lo que va a pasar entre nosotros esta noche.

—Me alegro, porque te deseo y me está costando aguantarme; lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo. No soy tan ingenua —mencionó con humor.

Él alzó una ceja.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó el esposo ante el rostro travieso de ella.

Ella le brindó una sonrisa pícara al tiempo que meditaba si contárselo. Era su esposo y pensó que no tenía que haber secretos entre ellos.

—Vi lo que pasa entre un hombre y una mujer en los cuadros de un burdel.

El noble reflexionó que, de todas las respuestas que podía darle, esa era la más impactante, y surrealista. Se le desencajó la mandíbula.

—¿Un... burdel? —manifestó sorprendido.

—Mis hermanas y yo fuimos a uno por una terrible confusión. Rose creía que allí vivía la

mujer que el conde amaba. Pero nada más lejos de la realidad. Garrett siempre amó a mi hermana, esa otra mujer solo era una amiga que lo ayudaba con un problema que se solucionó. Tía Alexia se enfadó muchísimo, tendrías que haber escuchado sus gritos...

La marquesa se detuvo en cuanto su esposo echó la cabeza hacia atrás y rompió en risas. «Sin duda, Daisy es un regalo y ha traído la felicidad a este hogar», pensó él entre un carcajeo sonoro. Nunca había tenido una necesidad tan grande de reírse hasta quedarse sin aire, y lo mejor de todo era que se sentía muy bien.

Sin embargo, ella colocó las manos sobre sus caderas a modo de reprimenda.

—Oh, no te rías. ¡Pasamos un mal rato, en serio!

—Me lo creo, querida esposa —farfulló entre risas; agarrándola de la cintura, la pegó a su cuerpo y ella abrió los ojos de par en par al notar la erección de su esposo.

—¡Oh! —exclamó, había una luz pícara brillando en su hermosa mirada turquesa.

—¿Entonces, no quieres esperar? Es tu última oportunidad, te deseo tanto que cuando empiece no podré parar.

—Yo también te deseo, Cameron, pero tendrás que enseñarme.

El hombre acunó el rostro femenino entre sus manos, besó la punta de su nariz.

—Y tú tendrás que enseñarme a reír más a menudo.

—Hecho... —gimió ella.

El aliento caliente de su esposo cerca de su boca agitó su interior. Empezó a respirar con nerviosismo cuando su boca masculina se pegó a la suya temblorosa.

El primer contacto fue recibido por la mujer con la inocencia de una virgen, pero, en cuanto él amoldó sus labios a los de ella y los instó a que los abriera, toda inquietud desapareció.

La lengua de él penetró y el sabor de la inocencia hizo latir su corazón con frenesí. Fue como alcanzar el cielo sin siquiera volar. Siguió instándola a que enredara su lengua con la suya; sabía de la limitada experiencia de su adorada esposa, pero Daisy aceptó el reto y devoró su boca. Al principio lo hizo con cautela, ambos gimieron, sin embargo, pronto cogió un ritmo feroz y ambos se devoraron por igual. Sus cuerpos se calentaron, la pareja jadeó desesperada, no tenían bastante, ansiaban más mucho más, pero la falta de aliento los obligó a separarse.

—Si esto es el principio, no sé si resistiré hasta el final —gimió ella.

—Lo harás, ambos lo haremos. Tenemos toda la noche.

—Toda la noche...

—Sí, pretendo hacerte el amor toda la noche —dijo con una tierna expresión en el rostro.

—Ahora entiendo por qué nadie habla de esto; desde luego que no es pecado, es..., es como vivir flotando.

Cameron rio, su esposa era bella por dentro y por fuera. Tenía la sensación de que su vida cambiaría para siempre esa misma noche y nunca más sería oscura y sin risas. Cameron pensó que era el momento de seguir adelante, por lo que dio un paso atrás y se quitó la bata, que cayó y se quedó en el suelo como si se hubiera formado una charca oscura.

—Puedes mirar lo que quieras. No tengo nada que no hayas visto en esos cuadros. —Agarró las manos de su esposa y las posó sobre su torso fibroso cubierto por un ligero vello oscuro que contrastaba con su piel blanca—. Tú eres lo que más me importa en esta vida, Daisy. No sé si seré el esposo que anhelas, romántico y considerado, pero me esforzaré en ser ese hombre.

—No tienes que cambiar por mí —manifestó acariciando el torso de su esposo, este gimió al sentir los dedos de ella tatuar su piel con su tibieza.

—Hace tiempo que tendría que haber cambiado, ahora lo sé, lo supe en el momento que te vi. Solo espero que me ayudes y tengas paciencia.

—¡Por supuesto! Ambos haremos que nuestro matrimonio funcione.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de la cicatriz que tenía sobre el corazón. A pesar de que quedaba disimulada por el vello, se podía apreciar con claridad los relieves de una depresión en la piel.

—¿Qué te pasó? —preguntó ella.

Acarició la cicatriz y el pecho del marqués se estremeció. Posó la mano sobre la de ella para que se detuviera. El dolor por el pasado se había acumulado en el lugar, sin embargo, su tacto parecía aliviar una herida que no había curado.

—No quiero hablar de ello.

—No debe haber secretos entre nosotros.

—Y no los habrá, te lo prometo. —Acarició la mejilla de la dama en una caricia que pedía comprensión—. Solo que esta noche es nuestra y no quiero que nadie nos la estropee.

—¿Me hablarás de ello algún día?

—Sí, cuando no me duela tanto.

Ella hundió su mirada en la de él y advirtió un sufrimiento que iba más allá de lo físico. En un gesto espontáneo, Daisy posó sus labios en la cicatriz y la besó. A Cameron le cogió desprevenido y, cuando ella se volvió a incorporar y sus miradas quedaron frente a frente, el noble le dijo:

—No sé si merezco una esposa como tú.

La marquesa contempló el semblante apuesto del hombre. Sus ojos negros, otrora refulgiendo oscuridad y severidad, la contemplaban con adoración. Su mirada estaba enmarcada por unas espesas cejas oscuras. Sus pómulos eran fuertes y siempre había advertido la musculatura de ese lugar tenso debido a su carácter frío. Sin embargo, esa noche sus facciones estaban relajadas y, cuando sonreía, todo su semblante adquiría la forma de un rostro perfecto. No pudo con su necesidad por sentirlo y, a pesar de que ella era alta, tuvo que ponerse de puntilla, rodeó el cuello de su esposo con sus brazos y besó los labios masculinos.

El fresco y húmedo tacto provocó que Cameron deslizara el camisón por los hombros de su esposa y la delicada pieza cayó al suelo. Después, pasó su brazo por debajo de las rodillas femeninas y la alzó. Se acercó al lecho con ella a cuestas, estaba con las sábanas apartadas y la depositó sobre el mullido colchón.

A la luz de las velas de los numerosos candelabros distribuidos por la estancia, su esposa parecía un ángel. Su cabello rubio oscuro largo permanecía esparramado sobre la almohada clara y emitía destellos rojizos. Su piel blanca estaba iluminada por un halo de blancura radiante y la dotaba de una cremosidad tentadora. Los pechos coronados por unos pezones rosados y sus piernas esbeltas provocaron que la deseara de una manera salvaje.

—¿Estás preparada?

Ella le sonrió, deslizó la mirada por el cuerpo desnudo de Cameron y se detuvo en el centro de su anatomía. Sus pupilas se dilataron: todo él era dureza y tentación hecha carne.

La dama no tenía la menor duda de que lo que más deseaba en ese momento era a su esposo. Él, y solo él, era lo que más había ansiado en la vida y apenas había sido consciente hasta ese momento.

—Sí.

Cameron se tumbó con delicadeza a su lado, ella se giró hacia él y se apretó contra su cuerpo. La mujer pudo percibir los espasmos de su miembro apretar contra su vientre y la sensación le agradó. Notó las manos de su esposo sobre sus pechos y ella contuvo el aliento cuando pellizcó con suavidad sus pezones. Pronto los dedos fueron sustituidos por la lengua y la recién casada se estremeció de placer. Las erectas cumbres rosadas lucieron un aspecto húmedo a pasión y, mientras su esposo seguía torturando la zona con su atrevida lengua, deslizó la mano por el hueco del vientre femenino, y no paró hasta introducir sus dedos por los rizos oscuros de la ingle.

El corazón de la dama se aceleró ante la osada caricia y bajó los párpados. Su pudor inocente la instaba a cerrar los muslos para salvaguardar su secreto más íntimo, pero le gustaba demasiado lo que le hacía Cameron y la necesidad de más y más provocó que dejara las piernas abiertas.

Los intrépidos dedos acariciaron la hendidura del sexo femenino. Sus yemas resbalaban por los húmedos pliegues y arrancaban gemidos a la mujer. Ella abrió los párpados cuando percibió que su esposo hundía sus dedos en su interior y clavó las uñas en los hombros masculinos.

—¿Estás bien? —quiso saber él creyendo que la lastimaba de alguna manera.

—Oh, muy bien, no pares... —jadeó, presa por un placer burbujeante que le erizó el pelo de la nuca.

La dama lo miró a través de la bruma del deseo. Su esposo tenía el rostro tenso, en su mirada oscura había un brillo feroz y su espalda estaba cubierta por transpiración debido al esfuerzo de contenerse. Se estaba controlando y comprendió que la necesidad de él era tan grande como la de ella, pues notaba un creciente palpitar entre sus piernas que le provocaba ansiar más caricias. Fue entonces cuando Cameron se colocó de rodillas entre los muslos de su esposa. Agarró la pequeña mano de Daisy y la posó sobre su miembro erecto.

—Tócame, tócame... —pidió él con voz ronca de deseo.

La mano femenina se acopló en la redondez del miembro. Ella abrió los ojos y miró el gran falo de su esposo. Estaba duro y tenía un tacto aterciopelado en la punta. Resiguió con el índice la fina piel y pronto notó una humedad cálida cubrir la punta redondeada.

—Oh, Dios, ¡es maravilloso! —jadeó él enfebrecido, con su cuerpo tan caliente que pensó que ardería allí mismo.

Camerón se tumbó sobre ella y guio su miembro hacia la entrada del sexo femenino. Daisy resopló a la espera, entonces notó que algo enorme, duro y caliente entraba con lentitud. Ella buscó los ojos de su esposo, estaban enfebrecidos de placer y emitió un jadeo en tanto, con un movimiento de pelvis seco y feroz, introdujo su virilidad erecta hasta sus entrañas, arrastrando la barrera de su virginidad.

Una llamarada de fuego sacudió el cuerpo femenino y su grito quebrado provocó que él se quedara quieto. Pegó sus labios a los de su esposa y la besó con ternura.

—Lo siento... —se disculpó Cameron en un tono roto.

Sin embargo, el hombre estaba luchando con su necesidad por embestirla y sus músculos se tensaron de una manera dolorosa. Ella jadeaba con tanto ímpetu que no podía hablar, se agarró a sus brazos y le sonrió. Él no necesitó más para continuar.

Movió la pelvis y empezó la danza amorosa. Entraba y salía, al principio lentamente, pero la necesidad de hundirse hasta el fondo lo instó a deslizar las manos por debajo de las nalgas de su esposa, para alzarla y que sus acometidas penetraran hasta las entrañas. Las embestidas fueron ardientes e implacables. Él salía para introducirse con más ferocidad, ofreciendo a su esposa todo de él: su cuerpo, su pasión..., su alma.

La mujer se arqueó cuando notó fuego líquido en las venas. No podía parar de mover su pelvis en busca de la de su esposo para que la embistiera sin piedad. Necesitaba quemarse en la ardiente pasión que él había provocado en ella. Un remolino de placer sacudió sus entrañas cuando notó que flotaba, se apretó a su esposo y lo abrazó fuerte. Cameron la embistió una última vez y se vio arrastrado hacia el mismo lugar que su esposa. Gritaron sin saber si quiera que lo hacían. Solo eran conscientes del fuego abrasador que notaban por dentro y que los dejó casi sin sentido.

Poco a poco, esas llamas calientes abandonaron sus cuerpos. El labio de ella rozó el de él. Se besaron con la cándida sensación de haber estado en el paraíso. Entonces, Daisy se puso a llorar. Cameron se alzó y la miró compungido al pensar que le había hecho daño.

—¿Por qué lloras? —preguntó, con sus facciones tensas debido a la preocupación.

La noble se limpió las lágrimas, le brindó una sonrisa al tiempo que acariciaba su rostro.

—Porque soy una estúpida. Y una ciega. Dejé de creer en el amor, pero siempre lo tuve cerca.

Cameron se tumbó a su lado y la abrazó.

—Mi dulce esposa. Ambos hemos estado ciegos.

***

Amanecía y a Cameron le daba la impresión de que había muerto y renacido al mismo tiempo. Por increíble que pareciera, se sentía más vivo que nunca y sabía que era su adorable esposa la que causaba ese efecto sobre él. La miró mientras dormía, y no pudo sino admirar la belleza

tranquila de su rostro. Bajo las sábanas seguía desnuda y su hombría pronto le hizo notar las ganas que tenía de ella.

Sin embargo, después de la noche de pasión que habían pasado debía dejarla descansar, pues la siguiente noche estaría de nuevo entre sus muslos disfrutando del delicioso placer que ella le brindaba. En realidad, nunca se cansaría de Daisy, era imposible; y había hecho la firme promesa de cuidarla y protegerla hasta su último aliento.

Cameron era consciente de que tenía que mantener a Orson lejos de ella. Conociéndolo como lo conocía, y sabiendo que la maldad guiaba cada una de sus intenciones, intentaría vengarse y no quería que lo cogiera desprevenido. Había quedado con Garrett y ambos hablarían con los agentes de Bow Street para que pusieran en marcha la captura de Orson. La justicia debía ajustar cuentas con él; de acuerdo en que se enfrentaba a la horca, pero se había convertido en un asesino y era cuestión de tiempo que matara a más inocentes. No podía permitirlo; su apellido, de hecho, recibiría las consecuencias, pero había dejado de importarle el buen nombre de la familia, pues sus pensamientos solo estaban concentrados en mantener a su esposa segura. Así que se levantó y se vistió a toda prisa, ni tan solo pidió al ayuda de cámara que lo ayudara. Una vez preparado, dio instrucciones al servicio de que dejaran dormir a su esposa y que no la molestaran.

Sin embargo, la marquesa no tardó en despertarse. Las emociones del día anterior y de la noche que acababa de pasar junto a su esposo la tenían entusiasmada. Quería reunirse con él cuanto antes, por lo que se limitó a coger un vestido camisero de manga corta, floreado en tonos amarillos y rosas, y se vistió a toda prisa sin ayuda de la doncella. Después remetió una pañoleta de muselina blanca en el escote. El cabello se lo recogió en un moño alto y enmarcó su rostro con un puñado de rizos.

Cuando fue al comedor de desayuno, estaban el mayordomo y dos lacayos apostados. Se decepcionó cuando el primero le informó que el marqués había salido a hacer un recado importante de buena mañana y que intentaría no llegar muy tarde. Ella comunicó que esperaría a su esposo para desayunar. Le gustó la decoración floral de las paredes, el techo tenía vigas de madera y le daban ese toque acogedor que tan bien le iría para empezar el día. Una mesa ovalada se hallaba en el centro de la estancia, las sillas estaban tapizadas con los mimos motivos florales que el papel que cubría las paredes.

También disponía de una chimenea encastrada en la pared, en ese momento no ardía ningún fuego. Los días ya eran calurosos, por lo que las puertas acristaladas que daban al exterior permanecían abiertas para que entrara el fresco de la mañana. Ella se acercó, apoyó el hombro en el marco, el jardín era precioso y muy vistoso, con estatuas aquí y allá y esculturas florales. A lo lejos divisó el río Támesis, lo que más le gustó fue el embarcadero; a pesar de la distancia, lograba apreciar varios botes amarrados y sonrió complacida. Le pediría a su esposo dar un paseo por el río en cuanto volviera.

La nueva marquesa presentía que sería muy feliz en Befast Palace y no entendía cómo se

encaprichó de un hombre como Orson teniendo a su lado a Cameron infinitamente mejor. Lo atribuyó a su poca madurez y a su manía de mirar las cosas a través de un cristal de colores. Pero había aprendido la lección, no toda la gente poseía buenos sentimientos. El mundo, sin duda, no era el lugar perfecto que ella siempre había creído.

Sin más, miró a su alrededor, se percató de que la cabecera de la mesa era el lugar de su esposo, ya que había varios diarios dispuestos a ser ojeados durante el desayuno. Se acercó, se trataba del *Edinburgh Review*, el *Times* y el *Quarterly Review*, y, sin nada más que hacer, se sentó en una silla y empezó a leer las noticias. Estaba dispuesta a ser una buena esposa y una buena marquesa para que su esposo se sintiera orgulloso de ella. Debía mantenerse al corriente de los acontecimientos políticos de Londres. Además, pretendía convertirse en una excelente anfitriona y en la confidente de su esposo para brindarle apoyo en los momentos buenos y malos.

Daisy no se había dado cuenta de que el marqués había llegado. La estaba observando desde el umbral de la puerta. Se sorprendía por la manera en que su deliciosa esposa daba vida a la estancia. No hacía ni un día que vivía en Befast Palace que ya todo olía a ella, a ese aroma delicioso a pastel cremoso con un toque de whisky anunciando que en su hogar habitaba la felicidad. Le arrancó una sonrisa cuando ella arrugó en entrecejo por algo que estaba leyendo.

—¿Es interesante lo que está leyendo?

Ella levantó los ojos del diario, su boca se alargó en una magnífica sonrisa mientras sus ojos se dilataban de goce.

—¡Oh, ya has llegado! —exclamó en un tono de júbilo, se levantó y se tiró a los brazos de su esposo.

La pareja se fundió en un pasional beso sin ser conscientes de que estaban el mayordomo y dos lacayos apostados para servir el desayuno.

—Me he sentido tan sola cuando me he despertado y no te he visto a mi lado —se quejó ella esbozando un mohín.

—Creí que dormirías hasta tarde —explicó él besando su mejilla, todavía abrazados—. Pero ya he visto que estabas ocupada con mis lecturas de todas las mañanas —manifestó con un deje de humor en la voz.

Ella echó un vistazo a los diarios de la mesa.

—Oh, quiero ser la esposa perfecta y estar al tanto de todo, pero es muy aburrida la política.

Cameron echó la cabeza atrás y se rio abiertamente. Ella lo miró embobada, los músculos de su rostro provocaron que se relajara dotándolo de una virilidad que hizo suspirar a la mujer de placer. Hasta los sirvientes los miraron de reojo, no era muy habitual ver al marqués de tan buen humor.

—Ya eres la esposa perfecta —sentenció él—. Y serás una gran marquesa.

—Me estás otorgando dotes que aún no sé si tengo —musitó pasando el dedo índice por la ligera barba de su esposo.

—Solo hace falta mirarte para saber que no estoy equivocado —manifestó abrazándola con

más fuerza—. ¿Has desayunado?

—No, te estaba esperando.

—¿Qué te parece si desayunamos fuera? Hace una mañana estupenda.

Ella abrió los ojos complacida con la idea.

—Oh, sí, y después ¿podemos dar un paseo en uno de los botes que tienes en el embarcadero?

—Por supuesto, tus deseos son órdenes para mí, mi bella flor. —Miró en dirección al mayordomo—. Prepare una cesta con comida, mi esposa y yo nos vamos de pícnic.

Al cabo de una hora los recién casados estaban bajo un enorme fresno. Habían extendido una manta, la cesta de mimbre estaba abierta y ella fue sacando la fruta fresca, queso y los sándwiches que colocó sobre un plato. La cocinera les había puesto una botella con té que todavía se mantenía tibio, y sirvió dos tazas.

Cameron tenía la espalda apoyada en el tronco y su esposa se sentó frente a él, con los pies recogidos bajo su vestido floreado. Ella dio un mordisco a su sándwich mientras pensaba que el exterior de Befast Palace se asemejaba a un paraíso. Los jardines eran espléndidos y lucían la eclosión de la vida en todos sus matices. Las mariposas revoloteaban por entre los pétalos de las flores. Gran variedad de pájaros cantaba sus melodías rindiendo un precioso homenaje a un día soleado. Las aguas del Támesis relucían como si la superficie estuviera cubierta de piedras preciosas.

—He tenido una idea y me gustaría saber tu opinión —dijo Cameron sacando a su esposa de sus pensamientos.

Ella tragó antes de hablar.

—¿Qué idea?

—Poseo unas tierras en Edimburgo y da la casualidad de que está cerca de la casa donde tú vivías de niña. Me gustaría construir un palacio que llevara tu nombre.

Ella mostró una sonrisa de oreja a oreja, incapaz de creerse lo que le estaba diciendo.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó anonadada; dejó el bocadillo en el plato y su cuerpo temblaba de emoción.

—Muy en serio... —Agarró la mano de su esposa, tiró de ella y la sentó sobre su regazo—. Podrás construirlo y decorarlo a tu gusto. Será nuestra residencia de verano. Es mi regalo de bodas; mi mayor deseo es pasear por donde tú lo hacías de pequeña, que me enseñes los rincones que te hacían feliz. Y el día que tengamos hijos quiero que ellos sepan el motivo de por qué su madre es tan especial. Tuviste una familia maravillosa y es la misma que deseo formar contigo.

—Cameron... —Sus ojos estaban al borde del llanto.

—No llores, mi bella esposa. Te mereces esto y mucho más.

Ella tomó la iniciativa y acercó sus labios a los de él. Daisy había aprendido deprisa la noche anterior y supo provocar a su esposo con su lengua traviesa y sus manos osadas, que buscaron en la ingle de su esposo la evidencia dura de que sus caricias le gustaban.

Cameron gruñó con desesperación, como un animal en celo. La tumbó de espaldas sobre la

manta, le quitó la ropa interior y se colocó entre sus muslos abiertos. La penetró con lentitud para después embestirla con ferocidad al tiempo que sus labios se unían con el mismo anhelo.

Y entre jadeos y embestidas culminaron una unión que los dejó sin aliento un buen rato. Después se tumbaron de frente, ella no podía dejar de mirarlo.

—No sé cómo no me di cuenta —musitó ella.

—¿Cuenta de qué? —preguntó acariciando su mejilla.

—Tú y Orson sois gemelos, pero, si os pusieran juntos uno al lado del otro, ambos con barba, sabría quién eres tú. Ahora veo la diferencia: la luz sale de tus ojos; en cambio, Orson nunca tuvo esta mirada.

A Cameron se le atascó el aliento en sus pulmones. Su bella esposa tenía una sensibilidad que pocos mostraban tener. Empezaba a darse cuenta de que la amaba ya desde la primera vez que la vio en Vauxhall Gardens. El marqués bufó antes de hablar.

—Mi hermano y yo nunca tuvimos la infancia de la que tú gozaste. Mis padres fueron muy severos y muy exigentes. En cierto modo, comprendo que Orson sea como es. A pesar de que no pasamos por ninguna privación, nunca recibimos una caricia de nuestros progenitores.

No entendía por qué lo estaba defendiendo después de todo lo que había hecho. Pero no podía evitar pensar que su carácter no soportó la infancia que tuvo.

—Eso no es excusa, tú no eres como él a pesar de haber recibido la misma educación.

—Tienes razón, pero no puedo evitar sentir cierto pesar —admitió.

—Es normal. Lleváis la misma sangre.

—Ya basta de hablar de mi hermano, te he prometido dar una vuelta en uno de los botes amarrados —dijo levantándose y ayudó a su esposa a que se alzara también.

—¿Ya sabes utilizar los remos? —preguntó la dama caminando hacia el embarcadero cogidos de la mano.

—¡Oh, me estás ofendiendo! Desde pequeño que subo a esos botes.

—¿Me enseñarás?

Un ruido de unas ramas rompiéndose, como si alguien las pisara, llamó la atención del marqués. Se detuvo, apoyó el dedo índice en los labios de su esposa para que guardara silencio. Estuvieron a la expectativa un par de minutos, pero salvo los pájaros y el ruido del agua del río chocar en los botes, no se escuchó nada más.

—¿Qué sucede, Cameron? —preguntó ella, su esposo no dejaba de mirar a todos lados con rostro preocupado.

Él se centró en ella y meditó si decirle lo que en realidad temía. No quería preocuparla, sin embargo, pensó que entre ellos no debía haber secretos, tal como le pidió ella la noche anterior.

—Se trata de Orson. Esta mañana no estaba cuando te has levantado porque fue a Bow Street. Mi hermano mató a un buen hombre en Georgia para robarle, por eso regresó; en realidad, escapaba, ya que la víctima antes de morir lo acusó.

Daisy se llevó la mano a la boca.

—Es horrible...

Él deslizó las manos por la cintura de ella.

—No quiero que te haga nada; si ha sido capaz de eso, lo es de cualquier cosa.

—A tu lado siempre voy a estar segura —mencionó muy convencida.

El marqués sonrió, le gustaba que su esposa confiara en él.

—Vayamos a navegar un rato.

Cogidos de la mano, echaron a correr hasta el embarcadero entre risas y bromas. Sin embargo, no muy lejos de allí, escondido entre unos matorrales, estaba Orson. Miraba a los recién casados como si tuviera cuchillos en los ojos en vez de pupilas. Apretó los puños al tiempo que su mandíbula quedaba dura como una roca. En silencio, se prometió estropear la felicidad de la pareja muy pronto.

Capítulo 10

Había pasado una semana desde que los marqueses de Befast unieran sus vidas para siempre. En Kingeston House la vida seguía su curso. Era media mañana, el sol lucía en un cuadro azul sin ninguna nube que perturbara sus intenciones de caldear el ambiente. Alexia, sus sobrinas y Lousia —que acababa de llegar— estaban en el jardín. La marquesa y la duquesa se hallaban sentadas en unas cómodas sillas con cojines en la glorieta; de tanto en tanto, refrescaban sus rostros con los abanicos, ya que hacía calor.

En cambio, Lily y Violet jugaban al críquet. Bueno, lo estaban intentando, porque dos personas no eran suficientes para llevar a cabo un partido. Sin embargo, eso no fue motivo para que una lanzara la pelota mientras la otra intentaba golpearla con el bate. La duquesa sabía que sus sobrinas echaban de menos a Daisy; ya habían pasado por ese mismo trance cuando Rose se casó, pero no dejaba de resultar doloroso. Las cuatro hermanas siempre habían estado muy unidas, en todos los sentidos. Actuaban como si fueran todas una sola; por ello, cuando faltaba alguna de ellas, era como si hubieran amputado una extremidad y andaban cojas una buena temporada. Por este motivo la duquesa era más permisiva con Lily y Violet y, en su afán de que no echaran en falta a Daisy, esa mañana había permitido que se saltaran las clases.

—¿Cómo está Daisy? —preguntó Lousia mirando a las jóvenes que buscaban la pelota que habían perdido por entre unas flores.

—Ayer fue a tomar el té y Daisy está espléndida, sus ojos brillan más que nunca y su piel rebosa salud.

Apareció el mayordomo portando una bandeja con limonada.

—Al final se va a enamorar de su esposo.

—Contaba con ello. Cameron, con Daisy a su lado, ha cambiado totalmente y parece haber rejuvenecido. Ya no es el hombre taciturno de antaño.

—Hacen una pareja muy bonita.

Ambas mujeres agarraron su vaso con el refresco. El mayordomo hizo la reverencia protocolaria y se marchó.

—¿Sabes que el marqués le va a construir un palacio a mi sobrina en Edimburgo para

convertirla en su residencia de verano? Daisy está emocionadísima.

—Eso es una declaración de intenciones. Es evidente que él la ama.

—La ama desde el primer momento que la vio en Vauxhall Gardens. Ese día lo vi en su dura mirada, algo empezó a transformarse en su interior. Por eso lo incluí en la lista de pretendientes.

—Qué bonito es el amor y cómo cambia a las personas. —Dio un sorbo a su limonada.

—A nosotras también nos cambió.

—Nos hizo más humanas, desde luego. De pequeñas nos educaron para ser sumisas y no mostrar sentimiento alguno. Predominaban las formas por encima de todo lo demás. Es como vivir con una cotilla mental y termina por asfixiarte.

—Enamorarme de mi esposo significó entender más a mi difunta hermana Jane. Y cuando conocí a sus hijas lo comprendí todo: el amor es lo único que vale la pena experimentar. Todo lo demás carece de sentido.

La conversación se detuvo de inmediato, pues el mayordomo apareció caminando por el jardín acompañado por dos hombres. Alexia centró toda su atención en los desconocidos; a pesar de no tener la vista muy bien, reconoció a Will Baley. Al caballero tan elegantemente vestido que iba caminando a su lado no lo conocía, pero sacó su conclusión después de recordar la última conversación que tuvo con el detective. Su corazón dio un vuelco, se levantó y las pulsaciones incrementaron el ritmo a medida que se acercaban. Empezó a respirar con agonía en tanto los ojos se inundaban de lágrimas. Lousia se percató de la conmoción de su buena amiga y, apoyándose en el brazo de su silla, se alzó y se acercó a ella.

—Alexia, ¿qué te sucede? ¿Estás bien? —preguntó acongojada, apoyó su mano en el brazo de su compañera.

Pero la duquesa no le prestaba atención. Ella tenía sus ojos grises claros clavados en el desconocido que, en ese momento, junto al mayordomo y al detective, subían los escalones de la glorieta. Ambos se miraron un largo rato y la dama aprovechó esos instantes para tragar saliva.

—¿Edward? —preguntó casi en un sollozo.

—Sí, madre.

***

Daisy y Cameron recibieron la noticia de la aparición de Edward —el duque de Kingeston— con sorpresa, como Lily, Violet, Rose y Garrett. No tuvieron tiempo de conocerle, pues tía Alexia partió de inmediato al castillo Kingeston con su hijo, los acompañó Lousia. No quiso dejar a su buena amiga sola, ya que continuaba pensando que todo era muy raro y no quería que la lastimaran. Lily y Violet se quedaron con los condes de Hampford, algo que las hizo muy felices, puesto que pasarían mucho más rato con el pequeño Garrett.

Sin embargo, a pesar de los últimos acontecimientos, la vida seguía para todos. Daisy y Cameron regresaban de su paseo a caballo. Habían recorrido el curso del río Támesis y se habían

detenido a descansar un rato. Después, emprendieron el regreso a casa, instaron a los caballos a que fueran al trote. No obstante, Cameron puso el suyo al galope y, cuando pasó por al lado de su esposa, le guiñó el ojo y le sonrió con picardía. Ella soltó una carcajada, puso su montura al galope también y, cuando estuvo a la misma altura que su esposo, le dijo:

—¿Me estás retando a una carrera?

—Sí —contestó con humor instando a su équido a dejarla atrás.

La marquesa emitió una exclamación de indignación, ¡estaba haciendo trampas! Espoleó a su animal y galopó con especial maestría. No tardó en alcanzar a su esposo y ambos fueron a la par, se miraban y reían mientras los animales volaban. Justo entonces, Cameron redujo un poco la marcha, lo necesario para darle cierta ventaja a su esposa para que ganara.

La marquesa se detuvo y desmontó, él solo tardó un puñado de segundos, también bajó del caballo.

—Eres un tramposo —le recriminó Daisy con humor.

—¡Pero si has ganado!

—Por eso lo digo, me has dejado ganar —aseveró colocando una mano en la cintura.

Cameron se rio.

—Creí que te alegrarías.

—Y me alegro.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —inquirió alzando las palmas.

—Otro día hazlo con más disimulo —manifestó dándole un golpe en el pecho a modo de reprimenda.

Cameron cabeceó y empezó a reírse.

—La vida junto a ti va a ser divertida —soltó entre risas.

Ella se unió al buen humor de su esposo.

—Eso espero, querido. —Abrazó la cintura del marqués—. Que todos los días junto a mí sean inolvidables.

Se besaron con lentitud, un beso que sabía a vida, un beso que solo se daban los corazones sinceros. Después, fueron a pie para pasear un rato con las riendas de los équidos agarradas en las manos para que los siguieran. Encontraron unas rocas y se sentaron. Observaron a los cormoranes de negro plumaje bucear en busca de comida. Sobre ellos había un grupo de gaviotas también dispuesta a pescar. El aire mecía las plantas en un vaivén hipnótico.

Daisy suspiró y miró a su esposo.

—¿Nos vamos? Hace calor, me siento pegajosa y quiero darme un buen baño. Recuerda que he invitado a Julie a cenar, viene a despedirse, y no la veremos durante unos meses.

—¿Mañana parte a Georgia?

Ella asintió mientras se ataba el cordón de su bota.

—Quiere pedirle perdón a su hermana y ganarse su amistad.

—Aún me parece un milagro que haya cambiado. Y es gracias a ti.

Ella sonrió antes de contestar.

—No creo que yo haya tenido nada que ver. Todos llevamos la bondad en el interior, unos tardan más que otros en darse cuenta.

Su esposo se acercó a ella y la agarró por la cintura.

—Eres demasiado modesta. Si no te hubieras cruzado en la vida de ella, dudo que hubiera cambiado.

—Creo que en esto no nos pondremos de acuerdo —mencionó risueña.

—¡Qué terrible! ¡Nuestra primera discrepancia! —se mofó el marqués.

Ella se rio y Cameron la alzó del suelo y giró sobre sí mismo.

—¡Ya basta de dar vueltas que me voy a marear! —se quejó con humor.

El noble se detuvo, dejó que su cuerpo resbalara por el suyo y, al notar las curvas femeninas, a ambos se les dilataron las pupilas en tanto gemían de expectación.

—¿Qué te parece si nos damos ese baño juntos? La bañera es suficientemente grande para los dos —sugirió pasando sus labios por el cuello de su esposa.

—Entonces, regresemos cuanto antes —susurró con la piel erizada de placer.

Fueron hacia los caballos y detrás de estos, de pronto, salió un individuo. Ella emitió un grito cuando reconoció a Orson, que empuñaba un arma.

—Hola, hermano y cuñada —rabió con un matiz de burla en el tono—. No me invitasteis a la boda. —Chasqueó la lengua—. Eso no se le hace a un hermano, Cameron.

—Sabes muy bien que no hubieras sido bienvenido —soltó su gemelo entre dientes, mirando la pistola con intensidad.

El marqués agarró a su esposa para colocarla tras su espalda y protegerla con su cuerpo, pero el grito de su hermano lo detuvo.

—¡Detente ya mismo o disparo! —amenazó apuntándolo.

Daisy empezó a temblar y su esposo maldijo a su hermano.

—¿Qué quieres, Orson?

—Te lo dije una vez: lo quiero todo. Hasta tu vida, pero antes de morir quiero ver cómo te retuerces de dolor —reclamó con una punzante mirada de envidia que brillaba como el fuego del infierno.

—Mi vida es tuya si dejas en paz a mi esposa.

—Tú eres un artista desafiando a la muerte, no sé cómo hiciste para sobrevivir a la bala que te disparé.

El recuerdo de lo acontecido en el pasado provocó que las facciones del marqués se tensaran, su rostro tomó un aire peligroso. El aire cálido agitó el cabello ondulado que caía sobre su frente.

—Yo no diría tanto. Tuve suerte.

Daisy empezó a hacerse preguntas. ¿Acaso había intentado matarlo en el pasado? Miró a su esposo, él observaba a su hermano con la cautela de un puma.

—¿Tu hermano te disparó? —le preguntó.

—¿No se lo has contado, Cameron? —dijo Orson con sorna.

—Sí, me disparó, casi consigue su objetivo, pero no lo logró —confesó el marqués sin mirar a su esposa, debía tener sus ojos puestos en su gemelo para anticiparse a cualquier movimiento.

Ella agitó su cabeza, se sentía horrorizada.

—Esa cicatriz en el pecho... —musitó comprendiendo que su esposo no quisiera hablarle de ello cuando le preguntó en la noche de bodas—. Fue tu hermano, ¿verdad?

—Sí —afirmó echándole un vistazo rápido.

La dama apretó los labios, centró toda su atención en Orson. Empezaba a comprender por qué Cameron había sido un hombre taciturno, oscuro, sin felicidad en su interior. Tuvo unos padres que no le dieron cariño y un hermano que lo quería muerto. Volvió a observar a su esposo, su perfil se había endurecido debido a la tensión del momento, incluso podía percibir la rigidez de sus músculos bajo sus ropajes. Lo admiró por tener la fuerza interior suficiente para no dejar que los infortunios que había padecido no hubieran oscurecido su alma por completo. Cualquier otro, en su lugar, se hubiera convertido en un ser lleno de amargura. Se le saltaron las lágrimas al darse cuenta de que amaba a ese hombre más que a su vida. Él estaba dispuesto a morir por salvarla, pero ella también estaba dispuesta a sacrificarse por él.

—Ya basta de charla —amenazó con dureza Orson.

—¡No! —gritó la lady, miró a su atacante suplicándole con los ojos—. Por favor, no le hagas daño. Haré lo que quieras a cambio.

Como respuesta, Orson emitió una risotada histriónica, la misma que emitiría una persona enajenada.

—Vaya, Cameron, tengo que felicitarte —gruñó mientras seguía riendo de manera grotesca—; esta boba rematada te ama.

Cameron quiso salir hacia a él por insultar a su esposa, pero ella lo detuvo agarrándolo de la chaqueta de montar.

—No lo hagas —le rogó—. Es lo que busca —expresó mirándolo con preocupación.

—¡Qué sorpresa! No es tan estúpida como creía; hazle caso, hermano —aseveró Orson.

—Ya basta, deja que se vaya, arreglemos nuestras diferencias tú y yo.

Orson fulminó a su hermano con sus ojos negros.

—¿Dejarla marchar? Ella pagará por ti —amenazó con una sonrisa de creerse mejor que su gemelo.

Cameron tragó saliva y empezó a respirar angustiosamente. Debía ser cauto y reaccionar deprisa, porque intuía lo que pretendía. Pensó que debía ganar tiempo en tanto miraba el cañón plateado refulgir con intensidad a la luz del sol.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el marqués.

—Cuando ella muera, tú lo harás lentamente y, entonces, todo será mío.

Orson alzó el brazo y apuntó a la marquesa en tanto ella se llevaba las manos a la boca. En el momento que apretaba el gatillo, Cameron saltó como un tigre sobre ella, empujándola hacia al

suelo. Ese movimiento evitó que la bala la tocara, sin embargo, alcanzó al marqués, que se desplomó sobre la hierba como si fuera un saco de harina. El grito de Daisy se unió con el del disparo, el eco se extendió por todo el lugar como si fuera el gruñido de una terrible bestia. Los caballos se asustaron; Orson estaba tan obsesionado por hacer daño a su hermano que no fue consciente de que estaba demasiado cerca de ellos. Los animales, al no poderse liberar de las correas enredadas en un matorral, alzaron las patas, con tan mala fortuna que al descender patearon a Orson. Esté cayó al suelo, pero los équidos seguían con su afán de liberarse y, a pesar de que el hombre intentó escabullirse arrastrándose sobre la tierra, las patas que se agitaban desesperadas patearon una y otra vez el cuerpo y la cabeza del hombre, y no dejaron de hacerlo hasta que se calmaron.

Sin embargo, Daisy apenas era consciente de ello. La mujer se arrodilló frente a su esposo. Por entre sus cabellos ondulados oscuros escapaba un reguero de sangre.

—¡Cameron, Cameron! ¡Mi vida, por favor, abre los ojos!

Pero él no abría los ojos y temió lo peor. Corrió hacia el río, cogió el dobladillo de su vestido y lo rasgó para hacer un retal. Mojó la tela y fue hacia su esposo con premura, refrescó su rostro y le limpió la sangre que caía por la sien. No se atrevía a tocar su cabeza a fin de evitar lastimarlo más. Las lágrimas corrían por la mejilla de la dama como torrentes desconsolados dispuestos a inundar todo a su paso.

—Oh, Cameron, por favor, despierta. No me dejes sola. Te amo demasiado... —confesó llorando desconsoladamente.

La dama era consciente de que su esposo se había instalado en su corazón. Si lo perdía su vida quedaría vacía. Fue entonces cuando un leve movimiento en los párpados cerrados de su esposo le renovó la fe perdida. Respiró con intensidad y sonrió, acunó el rostro de su esposo entre sus delicadas manos.

—Cameron, abre los ojos, por favor, ábrelos.

Él sonrió y con lentitud fue abriéndolos.

—Me duele la cabeza —mencionó intentando llevarse la mano al lugar donde palpitaba con fuerza.

—Te llevaré a casa, necesitamos ayuda.

—Escápate, Orson... —Apenas podía hablar, cada sonido era un puñal que clavaban en su cerebro.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que Orson había desaparecido. Estaba tan aterrada por la posibilidad de perder a su esposo que no había caído en ello. Miró a la dirección donde había estado. Se llevó el puño a la boca y lo mordió para evitar gritar. Orson estaba debajo de los caballos, cubierto de sangre y de polvo. Fue fácil llegar a la conclusión de que lo habían pateado hasta provocarle la muerte.

—Orson ya no nos puede hacer daño.

—¿Qué? —Intentó levantar la cabeza, pero un dolor agudo lo evitó.

—Te llevaré a casa —dijo ella al verlo sufrir.

La lady se levantó y fue hacia los caballos. Se cargó de valor y miró a Orson para verificar si de verdad estaba muerto, tenía la cabeza y la ropa cubiertas de sangre. Los ojos permanecían abiertos, era evidente que había fallecido. Se agachó a su lado y le cerró los párpados. Se levantó, agarró a los caballos por las riendas y se acercó a su esposo.

—Necesitaré que me ayudes —pidió ella agachándose, deslizó la mano por debajo de su nuca para incorporarlo—. No puedo levantarte sola.

Cameron asintió. Se movió, pero el dolor de cabeza era insoportable. Lo ignoró y apoyó el codo en el suelo. Siseó de dolor; aun así, poco a poco, y con la ayuda de su esposa, logró sentarse. Descansaron unos segundos, después, el marqués agarró las riendas de su caballo para impulsarse hacia arriba. Logró alzarse, se recostó en el lateral del caballo y cerró los ojos a la espera de que el mareo desapareciera. Algo más recuperado, abrió los párpados y fue entonces cuando Cameron vio la silueta inerte de su hermano en el suelo. Ella miró hacia donde lo hacia su esposo.

—Está muerto, los caballos lo patearon.

Cameron no dijo nada, pero su mirada oscura mostraba dolor por la pérdida, una perdida sin sentido. Era un final predecible para un hombre que no había sabido vivir. Su esposa era consciente de su pesar, pero en ese momento no había espacio para lamentaciones, y menos para el luto. Sus esfuerzos y pensamientos estaban en llevar cuanto antes a su esposo al hogar. Por lo que lo ayudó a ponerle un pie en los estribos, después él se impulsó y logró montar en el caballo. Aun así, se inclinó hacia delante y se agarró al cuello del animal al percatarse de que la cabeza le daba vueltas.

Enseguida, montó ella, cogió las riendas del caballo de su esposo y emprendieron la marcha. Lo hicieron muy lentamente, por suerte Befast Palace no quedaba muy lejos. Llegaron al cabo de media hora y, en cuanto el servicio se dio cuenta de la gravedad, todos se pusieron en marcha. Fueron a buscar al médico, que estaba libre y acudió de inmediato.

Mientras lo visitaba, Daisy, que se había cambiado y se había puesto un vestido celeste de verano con rayas blancas, esperaba fuera de la alcoba. Se paseaba de un lado a otro con los nervios a flor de piel, no podía dejar de temblar. Por nada del mundo quería perder a su esposo.

En todo ese breve tiempo que habían pasado como casados, había notado el cambio que se había dado en Cameron. Ya no quedaba nada del hombre serio y taciturno que conoció. Sonreía muy a menudo. Le encantaba que ella le mostrara la belleza de las flores, y los crepúsculos del verano con sus hermosos colores, y lo relajante que resultaba pasear por entre la naturaleza. Eran cosas que él nunca se había detenido a apreciar, porque nadie le mostró lo que era vivir de verdad.

Por su parte, él le había enseñado a confiar de nuevo. Después de lo sucedido con Orson, creyó que nunca más su corazón volvería a latir con tanta fuerza. Como en ese instante, porque solo era consciente de que amaba a su esposo con locura. Era su príncipe, su amor verdadero, ese

amor en el que ella siempre había creído y con el que había sido bendecida. Porque sí, porque el amor verdadero existía y era mucho mejor de lo que imaginaba.

El doctor, por fin, salió; la dama se acercó rápido a él con desesperación y lo avasalló con preguntas.

—Doctor, ¿está bien? ¿Ha sufrido alguna grave herida? ¿Se recuperará? ¿Su vida está en peligro? Por favor, dígame la verdad, necesito saber la verdad.

—Milady, tranquilícese, o será usted la que caerá enferma.

—No me tranquilizaré hasta que sepa cómo está mi esposo.

El doctor, un hombre alto, cabello blanco, enjuto y sonrisa agradable, con cierta joroba debido a la edad, la miró con ternura.

—Milady, su esposo está fuera de peligro, solo tiene un fuerte dolor de cabeza. Por suerte la bala pasó rozando la sien y tiene una herida que curará con los cuidados adecuados.

La dama se tapó la cara con las manos y lloró aliviada.

—Lo siento, doctor, pero estaba muy asustada —confesó entre hipidos; con un pañuelo se limpió las lágrimas.

—Me hago una idea, milady. No tiene por qué disculparse.

—Le agradezco de todo corazón que haya venido tan rápido.

—Mañana volveré a curar la herida —informó el médico y comprobó que el maletín que llevaba en la mano estuviera bien cerrado—. Y asegúrese de que descanse y no haga esfuerzos innecesarios.

—De acuerdo, doctor. ¿Le apetece un trozo de tarta y una taza de té antes de marcharse?

—Desde luego, se lo agradezco —mencionó con una gran sonrisa.

—Lo acompañaré abajo y pediré al mayordomo que se lo sirva.

Daisy hizo ademán de ponerse en marcha, pero el médico la detuvo apoyando su mano en el brazo de ella.

—Usted vaya con el marqués, sé que desea estar con él. Yo mismo pediré al mayordomo ese trozo de tarta. Sabe, soy muy goloso, tal vez me tome dos —dijo con humor.

Tal comentario arrancó una sonrisa a la dama.

—Puede llevarse otro trozo para su casa, si quiere. Solo tiene que pedirlo.

El doctor alzó la mano libre y la agitó al aire.

—Desde luego que no, eso ya sería abusar de su hospitalidad.

—Entonces, me aseguraré de que mañana, cuando vuelva, nuestra cocinera haya preparado un surtido de tartas de varios sabores.

—Es usted encantadora, su esposo ya me ha advertido que tiene el corazón de un ángel y empiezo a pensar que no exageraba —mencionó con cariño.

Dicho esto, hizo una reverencia y se marchó. Ella corrió a la alcoba; cuando abrió la puerta, se encontró a su esposo medio incorporado, tenía varios almohadones sobre su espalda. Su rostro estaba blanquecino y mantenía los ojos cerrados. Parte de la cabeza se hallaba envuelta en

vendas. Ella se acercó con cautela, se sentó a su lado. El marqués se despertó al sentir un peso en el colchón y abrió los ojos.

—Daisy... —musitó.

—No, no hables —pidió cogiéndole de la mano, se la llevó a la boca y la besó—. Tenía tanto miedo de perderte.

—Solo es un rasguño, no quiero que te preocupes. —Miró a su alrededor—. ¿Se ha ido el médico?

Ella sonrió antes de contestar.

—Sí, está abajo comiendo un trozo de tarta. Por lo visto es un goloso, el mismo me lo ha confesado.

Cameron soltó una carcajada, pero se detuvo esbozando una mueca cuando notó pinchazos en la cabeza.

—Dios, qué dolor —se quejó llevándose la mano al lugar de la herida.

Ella se levantó y humedeció un paño en la jofaina. Se acercó a su esposo y le refrescó el rostro.

—¿Mejor? —Él no contestó y ella se dio cuenta de que tenía los ojos puestos en la porción de pecho que salía del escote de su vestido—. ¡Camerón, no debes estar muy mal cuando miras mis pechos! —le aseveró ella.

—Te recuerdo que acordamos bañarnos los dos en la bañera después del paseo —se defendió con socarronería—. Así que debes un baño.

Ella se rio.

—Eres incorregible. Tendrás ese baño y muchos más. ¡Cómo negarle algo al hombre que me ha salvado la vida y que por poco pierde la suya!

—Te deseo incluso estando mal —dijo en un tono seductor y puso la mano de ella sobre su erección para que comprobara su anhelo—. Podrías levantarte la falda y subir a horcajadas...

—Ya basta, mi señor marqués —le interrumpió, dándole un manotazo a su hombro a modo de regañina—. Hasta que estés mejor no reemprenderemos nuestros escarceos amorosos. Así que ponte bien pronto, y eso significa quedarte aquí en la cama haciendo reposo.

—Está bien, pero solo si tú me haces compañía.

—Sabes que me quedaré aquí contigo.

Lo besó en los labios con ímpetu, su esposo la abrazó con fuerza y devoró su boca.

—No sé qué hubiera hecho si mi hermano te hubiera lastimado. —Acunó su rostro al tiempo que su mirada expresaba con calidez lo que sentía.

—Lo debiste pasar mal por culpa de tu hermano. —Miró al lugar donde estaba la cicatriz, escondida bajo la camisa.

Él cogió la mano de su esposa y la posó sobre la cicatriz.

—Ya no me duele. Nunca más me va a doler.

—Siento lo de tu hermano; en el fondo, tú también lo sientes.

—Llevábamos la misma sangre, pero siempre fuimos diferentes. Tal vez si mis padres hubieran sido como los tuyos.

La lady depositó su dedo en los labios de su esposo para silenciarlo.

—No, no te tortures con esos «tal vez». Ambos fuisteis educados de la misma manera y tú no eras como él. La vida no es perfecta.

—Tal vez la vida no sea perfecta, pero tú has hecho que mi mundo sea perfecto. Te amo, Daisy. Con toda mi alma. Con todo mi corazón. Y juro hacerte feliz y protegerte hasta mi último aliento.

A ella se le escaparon lágrimas de felicidad.

—Yo también te amo, amor mío.

Y entonces se besaron, fue un beso largo, apasionado y caliente, con el que sellaron su amor.

***

Los días fueron pasando y llegó finales de julio. La más selecta aristocracia, entre la que se encontraban los condes de Hampford y los marqueses de Befast, habían sido invitados al festival de fuegos artificiales y a una selecta cena que se celebraba en Vauxhall Gardens para cerrar una nueva temporada. Lousia Foster, tía Alexia y su hijo Edward, el nuevo marqués de Kingeston, no acudirían al evento, pues seguían en el castillo Kingeston. Cabe decir que la alta sociedad seguía conmocionada por la aparición del hijo perdido de los duques y ansiaban su regreso para ponerle rostro. Sin embargo, eran conscientes de que tendrían que esperar a la siguiente temporada. A la gran duquesa de Kingeston le encantaba hacer todo a lo grande, y en esta ocasión no sería diferente.

La marquesa de Befast estaba en la alcoba preparándose para el evento, una doncella la estaba ayudando a ponerse un vestido de muselina lavanda cuando un mareo amenazó con tirarla al suelo. Solo la rápida intervención de la sirvienta evitó que lo hiciera. Daisy se sostuvo del brazo de su doncella mientras se acercaba a la cama y se tumbó. Cerró los ojos, pues las paredes daban vueltas a su alrededor. Entre tanto, la criada fue rauda a buscar al marqués.

Cameron no tardó en aparecer, se acercó rápido a su esposa y posó su mano sobre la frente de ella para asegurarse de que no tuviera fiebre.

—Amor mío, ¿estás bien? —preguntó él con verdadera preocupación, notaba su corazón salirse del pecho.

Ella abrió los párpados y le sonrió con dulzura.

—Estoy mejor que nunca —manifestó feliz.

Su esposo la miró desconcertado.

—No lo entiendo. Tu doncella me ha dicho que estabas muy mareada y que te habías tumbado en la cama.

—Solo ha sido un mareo, y no será el último. —Su boca se alargó en una enorme sonrisa—.

Estoy embarazada.

Cameron ni siquiera parpadeó debido a la feliz sorpresa.

—¿Vamos a ser padres?

El marqués temblaba debido a la emoción y se sentó a su lado.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó la dama emocionada.

Cameron se levantó y empezó a ir de un lado a otro con las manos en la cabeza.

—¡Un hijo, un hijo; no puedo ser más feliz! —vitoreó entre carcajadas.

Después de la primera impresión que lo había dejado loco de felicidad, se acercó a su esposa y la besó con el ansia de un hombre enamorado.

—Te quiero —dijo él.

—Yo también te quiero —dijo ella.

Se abrazaron, volvieron a besarse y se empaparon de la dicha de un futuro prometedor.

Porque sin amor la vida no merece ser vivida.

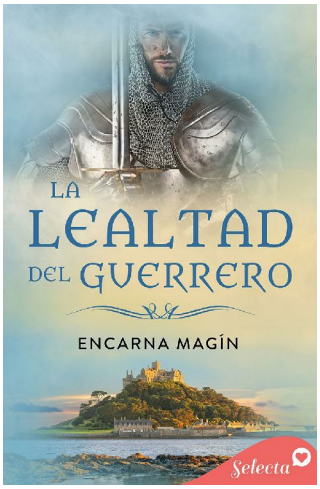
Fin

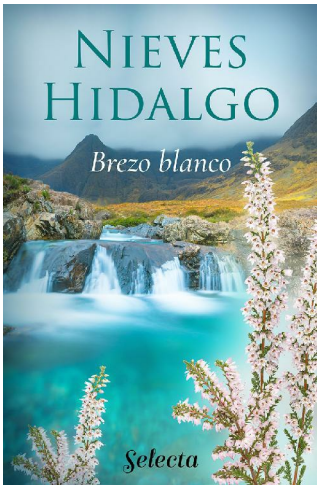
Si te ha gustado

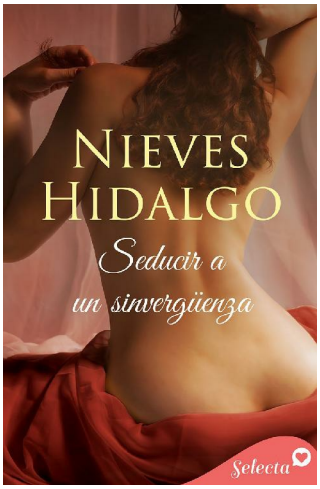
Un marqués para Daisy

puedes disfrutar de estas

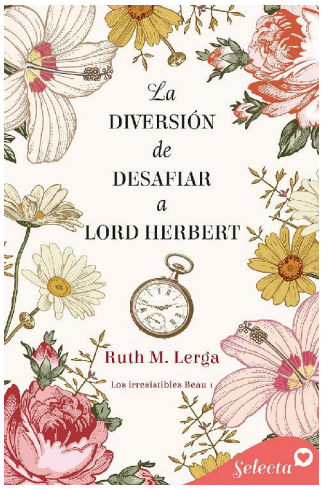


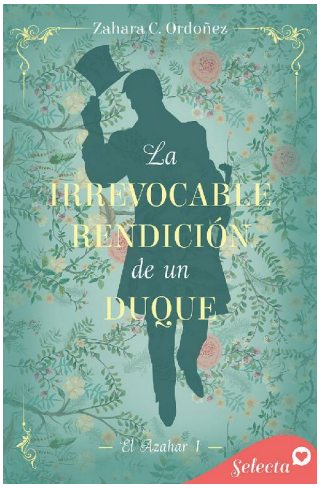


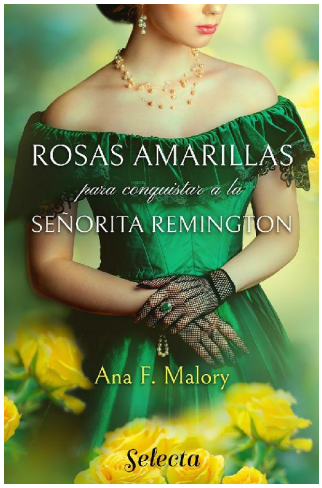




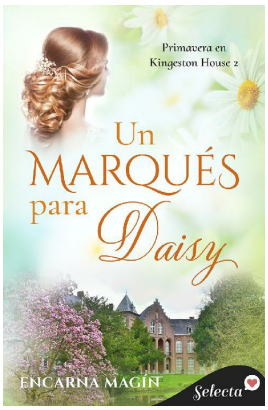

NIEVES HIDALGO
Serie Un romance en Londres
EDICIÓN LIMITADA
Rivales de día, amantes de noche
Ódiame de día, ámame de noche
Días de ira, noches de pasión
Lili, la intrépida hija del duque
Alex, la indómita sobrina del conde
Selecta


La DIVERSIÓN de DESAFIAR a LORD HERBERT
Ruth M. Lerga
Los irresistibles Beau 1
Selecta


Zahara C. Ordoñez
La IRREVOCABLE RENDICIÓN de un DUQUE
— El Azahar I —
Selecta


ROSAS AMARILLAS
para conquistar a la
SEÑORITA REMINGTON
Ana F. Malory
Selecta

Ella se rendirá a sus caricias y él se rendirá a su dulzura. Pero solo el amor verdadero podrá rescatarlos a los dos.



La señorita Daisy McJones es la siguiente de las hermanas en buscar marido y el azar la une al **marqués Cameron Wood**. Sin embargo, ella se enamora de su hermano gemelo Orson Wood.

Pero no todo lo que reluce es oro y la crueldad de uno de los hermanos destrozará a Daisy. La dama dejará de creer en el amor y tomará la decisión de casarse con un hombre que no ama. Pero pronto se dará cuenta de que su esposo no es lo que parece y que lo juzgó erróneamente: hay una razón poderosa para su malhumor. Poco a poco, y casi sin darse cuenta, la pareja creará un vínculo intenso, que se verá amenazado cuando el pasado de él regrese con la promesa de destruirlo todo.

¿Será suficiente la atracción física para borrar el dolor o, por el contrario, ambos reconocerán sentir mucho más?

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.



Edición en formato digital: julio de 2023

© 2023, Encarna Magín
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-84-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un marqués para Daisy

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Encarna Magín
Créditos